This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

789
A321
ze

OBRAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ÚLTIMOS ESCRITOS

Es propiedad del Autor.—Quedan hechos los depósitos que marca la ley.

ÚLTIMOS ESCRITOS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Bachiller en Filosofía y Teología, &., &.

Más viajes por España.
(De Guadix á Granada. De Guadix á Almería.
De Granada á Málaga. De Málaga á Cádiz.)—Las horas.
Prólogo á las poesías de Ros de Olano.
La fuerza física, social y moral.—Necrología de Cruzada
Villaamil. — La redacción de *El Belén.*
Amistades hispano-americanas.—*Los Lunes* de *El Imparcial.*
Pensamientos sueltos.—Diciembre.—Versos.

(SEGUNDA EDICIÓN)

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1891

Á MIS HIJOS

PAULINA, PEDRO, MIGUEL, CARMEN

Y PETRA

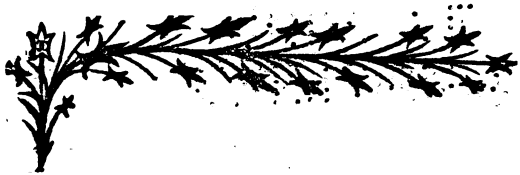
Recuerdo de su amantísimo padre

PEDRO.

343335

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 2191

MÁS VIAJES POR ESPAÑA



I.

DE GUADIX Á GRANADA.

Los tres primeros viajes de mi vida fueron en burro, esto es, á la morisca pobre...—¡Mi buen padre, que santa gloria haya, tenía demasiados hijos para tener también muchos caballos!

El burro... *de regalo* (llamémosle así) que su merced nos había cedido á los muchachos más pequeños, y en que solíamos ir, por turnos de dos y hasta de tres jinetes simultáneos, á comernos, al pie de fábrica, las uvas *de ojo de liebre* á que debía su celebridad nuestra inolvidable viña de las *Angosturas de Paulenca,* llamábase *Lucero,* y fué el que me sirvió de cabalgadura para los mencionados tres viajes.

Principiaron éstos por una excursión

de dos días, que hice en calidad de escudero de mi propio padre, al *Marquesado del Cenet,* ó sea á varios pueblecillos enclavados en las faldas septentrionales de *Sierra Nevada*...—¡Catorce años tenía yo entonces, y aún me parece estar viendo los amenísimos barrancos de *Géres* y de *Aldeire* y las inmensas moles de hielo del *Mulhacem!*... ¡Tal impresión dejaron en mi ánimo!—También recuerdo vivísimamente el soberbio *Castillo de Lacalahorra,* alzado sobre el pueblo del mismo nombre...—Data el *Castillo* de los días de la Reconquista; pertenece á los Duques del Infantado, y habitábalo entonces un su deudo y administrador... Mohosas armaduras de los últimos tiempos de la espada y gruesísimos cañones de los primeros tiempos de la pólvora hablaban allí todavía de antiguas y santas guerras, y realizaron, por tanto, á mis ojos de poeta incipiente, todos los cuadros bélicos que ya había yo imaginado y soñado, leyendo, á escondidas de mis juiciosos padres y maestros, las *Novelas de Walter Scott,* una detestable traduc-

ción en verso castellano de *La Jerusalem libertada* y la *Historia del Rebelión y Castigo de los Moriscos,* escrita por Mármol; libros que me prestaba en secreto una señora casi mayor, medio casada y medio viuda, que habría sido totalmente guapa, y que aún cuidaba mucho sus manos, sus dientes y su calzado; la cual se complació largo tiempo, no sé por qué, en aumentar mi afición á lo heróico y maravilloso, para acabar luego por darme á leer ciertos librejos menos ideales y cristianos... que constituían el fondo reservado de su biblioteca.

Mi segundo viaje en burro fué á los *Baños de Alicún,* distantes seis ó siete leguas de mi ciudad natal, y á donde no fuí á bañarme, aunque *Alicún,* en árabe (según Nebrija), quiere decir «*la Salud,*» sino escapado del hogar paterno (primera salida mía á lo D. Quijote), á fin de admirar, en unión de otros zagalones imberbes, caballeros también en sendos jumentos, las grutas de estalactitas y estalagmitas donde nace el agua bicarbonatada cálcica que hace allí milagrosas curas

desde la dominación de los Moros... *inclusive.*—Perfectísimamente recuerdo la emoción poética que me causó esta romería... ¡Si Sierra Nevada, pocos días antes, me había parecido la Amaltea andaluza, depositaria de la abundancia y la fecundidad, las grutas de *Alicún,* situadas al opuesto confín de la diócesis en que vine al mundo, me parecieron los Reinos de la Muerte, quiero decir, los Infiernos de Plutón (de que ya me había hablado Virgilio durante el segundo curso de latín), ó más bien nuestro propio Infierno católico, que por entonces era mi única y constante pesadilla.

Tercero y último viaje en burro:—Á *Granada,* el otoño de aquel mismo año (1847), á graduarme de bachiller en Filosofía.

¡Granada!...—En muchos libros he hablado de su hermosura, superiormente descrita además en prosa y verso por grandes literatos de todas las naciones... Me limitaré, pues, aquí á declarar, lisa y llanamente, que nada he visto en España, ni en Francia, ni en Suiza, ni en la hechi-

cera Italia, que sea comparable con aquella vega siempre verde, con aquellos cármenes siempre floridos, con aquella sierra siempre nevada, con aquellas nobilísimas torres de color de oro, con aquel Palacio soñado por los genios de Oriente y con aquel cielo de amor que todo lo cobija; y, dicho esto acerca de la antigua corte de los Alhamares, paso á hablar del *camino,* nada más que del camino, de Guadix á Granada.

Setenta y nueve veces lo he recorrido, la mayor parte de ellas á caballo, y ni una sola han dejado de maravillarme los singularísimos y variados cuadros que ofrece á la vista aquel trayecto de diez leguas escasas.—Principiad por haceros cargo de que el tal camino corta, á media altura, el más importante estribo de la colosal *Sierra Nevada,* en cuyos misteriosos barrancos penetra,—cuyas vírgenes aguas ve saltar espumantes de risco en risco,—á cuyas pedregosas cresterías asciende,—por cuyas plácidas mesetas se dilata,—en cuyos encinares á las veces se oculta...—Comienza la ascen-

sión, al terminar el redondo valle de Guadix, por la pendientísima *Cuesta de Diezma,* trazada en zig-zag sobre una masa de arcilla, que forma como la peana de la verdadera Sierra y que no es más que el sedimento resultante de diluvianas inundaciones. Posteriores aguas torrenciales, que necesitaron salida, rompieron á su vez, á todo lo largo y en toda su profundidad, esta masa arcillosa, abriendo allí cierta especie de tajo de mis pecados, por cuyo borde meridional pasan hoy (¡demasiado cerca!) las redobladas *eses* del camino, mientras que la opuesta pared del pavoroso derrumbadero recrea vuestros ojos, y como que os seduce y atrae, con el mayor prodigio de toda la jornada; prodigio tan singular y raro, que el buril lo ha reproducido en muchos libros de viajes, así nacionales como extranjeros.

Porque es el caso que las lluvias, al caer sobre aquella pared vertical, han labrado la greda, ora por percusión oblicua, ora por filtraciones iniciadas en lo alto, fingiendo, en una extensión de me-

dia-legua, las más elegantes y menudas tallas de la arquitectura gótica—junquillos, hornacinas, doseletes, agujas, portadas, torres;—y, como la greda ó arcilla tiene igual color que el mármol viejo, resulta completa la ilusión con que se admira aquel interminable templo sin culto, denominación ni fieles, que parece pertenecer á un mundo fantástico.

Casi á la mitad de la jornada, después de pasar unos medrosos encinares, llamados el *Chaparral de Diezma,* y poco antes de llegar á la más poética y morisca de todas las ventas andaluzas, cuyo justificado nombre es *El Molinillo,* hay dos cerros que sirven como de tambores ó contrafuertes á la gran ciudadela central de la Sierra y que también son dignos de largo estudio... ¡Todos los colores y matices de que nuestra madre y profesora la Naturaleza hace gala en minerales, flores y plumas, están allí, como en paleta de pintor, mezclados, pero no confundidos!... Parecen, pues, aquellos cerros dos magníficos y descomunales ramilletes, cuyas intensas y bien concer-

tadas tintas recomiendo á mi amigo el eminente paisajista Häes.

Respecto de la cumbre ó *divisoria,* llamada los *Dientes de la Vieja,* me referiré á las primeras páginas de mi novela *El Niño de la Bola,* donde (guardadme el secreto) he descrito aquel sublime paraje, sin revelar su nombre.—Los tales *dientes* son, como quien no dice nada, las mismísimas crestas de la alta sierra, el riscoso y mellado perfil que desde lejos se la ve dibujar en el cielo, un laberinto, en suma, de blancos peñones plantados de pie en mitad del camino, á la manera de fantasmas interpuestos entre dos horizontes.—Pues imaginaos ahora aquella cumbre, tal y como yo la ví por primera vez, á la edad de catorce años y pico, á media noche, á la luz de la luna, asustado, con sueño, en burro, llevando un mundo de quimeras poéticas en la imaginación y oyendo á los arrieros hablar de asesinatos y robos ocurridos cerca de tal ó cual de aquellos dólmenes, y decidme si no está plenamente justificado el que treinta años después la eligiese para tea-

tro de la presentación de mi trágico *Manuel Venegas.*

En cambio, nada más risueño y gracioso que el cuadro que ví al salir el sol, cuando todavía nos faltaban dos leguas para llegar á *Granada.*—Llevábamos ya bajados por aquella parte dos tercios de la altura á que habíamos subido por la otra... La sierra iba de vencida... Sin embargo, entre la Capital y nosotros se interponía aún la estribación subalterna en que se asienta el pintoresco pueblecillo de *Huétor-Santillán...* Pero he aquí que de pronto los cerros comienzan á separarse, determinando una depresión triangular de la línea del horizonte y dejando ver á lo lejos una *pañoleta* (así la llaman mis paisanos) del horizonte subsiguiente, ó sea un vistoso y alegre pedazo de la amplia vega granadina....—Ocho ó diez leguas de extensión, al menos por enfrente de nosotros, tendría aquella otra comarca que fulguraba, allende el maravilloso rompimiento, como un país de las *Mil y una noches...*—«Todo aquello que ves (me decía mi buen padre, cabalgan-

do á mi lado y dándome mucha conversación para que no me durmiera), todo aquello está más allá de *Granada*... La parte verde y menos distante, donde relucen aguas, es la famosa *Vega* de la ciudad. En cuanto á la misma *Ciudad*, puede decirse que ya estamos casi encima de ella. Dentro de una hora descubriremos á nuestros pies la *Alhambra* y el *Generalife*.»

¡Granada! ¡la Alhambra! ¡el Generalife!... ¡Qué nombres para mí, que ya había leído, gracias á la susodicha señora casi mayor, la *Historia de los bandos de Zegríes y Abencerrajes*, por Pérez de Hita, y la novela de Martínez de la Rosa, *Doña Isabel de Solís*, y millares de versos antiguos y modernos acerca de la Cruzada de Occidente!... ¡Para mí, que en materias *políticas* (léase históricas ó historiales) era entonces mucho más moro que cristiano!

Llegó, por último, el ansiado momento... Llegó el momento de descubrir á *Granada*, y su *vega*, y la *Alhambra*, y el *Generalife*, y *Santafé*, y *La Zubia*, y

cien otros pueblos y caseríos, primero desde las alturas de *El Fargue,* y después desde las de *Fajalauza...* y fué tal allí mi emoción, que, para hacérosla comprender enteramente, creo lo mejor no deciros nada, sino remitiros á la admirable pintura que de aquel panorama hizo Chateaubriand en su romántica novela, de venta en todas las librerías, titulada *El Último abencerraje.*

Porque habéis de saber que el Moro denominado «*el último abencerraje*» llegaba también por el *camino de Guadix* cuando descubrió la Ciudad de las mil torres.

II.

DE GUADIX Á ALMERÍA.

Prescindiendo de otras idas y venidas (á caballo, ó cuando menos en mulo) desde Granada á Guadix y desde Guadix á Granada, donde comencé la carrera de abogado, que muy luego dejé por la de teólogo, pues así juega el hombre con su suerte, ó la suerte juega con los hombres, tócame hablar ahora de cómo ascendí á viajar *en galera,* ó sea de mi primer viaje de Guadix á Almería, verificado en Abril de 1854.

Érase la galera de aquéllas de alto bordo, en que los viajeros no van sentados, sino tendidos, y tendidos en verdaderos colchones; galeras enormísimas, en que caben hasta diez y ocho yacentes, sin necesidad de que nadie yazga por completo encima de otro; galeras tiradas por diez

ó doce mulas que no han trotado jamás ni sido esquiladas ni limpiadas; galeras, dentro de cuyas *bolsas,* ó colgando de sus varas por la parte exterior, van cajones, baúles, arcas, cestos, catres de tijera, guitarras, sartenes, calderos, trébedes, leña para guisar, y hasta un par de cántaros de agua... algunas de estas cosas en la previsión de un atranque que impida llegar á los pueblecillos ó ventas del camino y obligue á vivaquear en medio del desierto.

Porque es de advertir que el *camino de Guadix á Almería* no existe ni ha existido nunca más que en el nombre... Márchase la primera hora por el álveo de un río, cuando el río lleva poca agua; y, si lleva mucha, no se hace el viaje, y en paz: éntrase luego en el lecho de una rambla, si la rambla está enjuta; y, si no está enjuta, se naufraga, como pudiera naufragarse en el canal de Mozambique; pero supongamos que esté enjuta: camínase allí sobre movedizas arenas, arrastradas por frecuentes, asoladoras avenidas, dándose muchas veces el caso de que el últi-

mo aluvión torrencial haya abierto profundas zanjas, ó improvisado verdaderos montículos, lo cual obliga á la galera á retroceder en busca de otro derrotero; y así continúa el llamado *camino,* causando los correspondientes vuelcos y atascos, hasta que se llega muy cerca de Almería, donde... hace ya cosa de medio siglo que se aburren en la inacción unos comienzos de carretera.

Séame lícito detenerme aquí dos segundos para deplorar una vez más el triste destino de aquella desventurada provincia. ¡Ninguna otra hay en España, donde, á la hora presente, en el año de gracia de 1883, se desconozcan todavía, no ya los caminos de hierro, pero hasta los *coches-diligencias!*—Proyectos no han faltado nunca, ni faltan hoy. Carreteras principiadas hay varias. Los hijos ó representantes de aquel país hacen grandes esfuerzos por remediar tal estado de cosas. Pero la situación actual es la que digo: ¡Almería está *incomunicada por tierra* con las adyacentes capitales de provincia y con la capital del Reino, si

hemos de entender por *comunicación* cualquiera vía directa por donde puedan marchar carruajes acelerados! En una palabra: ¡para venir de Almería á Madrid, hay que principiar por *embarcarse,* el raro día que algún vapor tiene la bondad de tocar en aquel puerto, de paso para otra costa de España!—¡Lo mismo, mismísimo, ocurriría si Almería fuese una isla como la de Alborán ó como la de Cuba!

Volviendo ya al camino de *Guadix á Almería*, ó más bien á mi viaje de 1854, diré que invertí en él cuarenta horas para andar cosa de quince leguas.—El *primer día* salimos de Guadix muchísimo antes de que amaneciera (¡y cuenta que á fines de Abril amanece ya bastante temprano!), y á las seis de la tarde, ó sea catorce horas después, hicimos alto, al remate de unas llanuras estériles y desiertas, en el pueblo denominado *Doña María*, donde teníamos pensado dormir, pero donde en realidad no dormimos, por no entrar esto en los cálculos de las no sé cuántas miriadas de pulgas que ha-

bían adoptado la buena idea de establecerse en el *Parador público,* á fin de alimentarse con sangre de pasajero.—En cambio salieron á relucir las tres guitarras que iban á bordo; y como entre la tripulación no faltaban dos ó tres buenas mozas, y el ventero tenía varias hijas muy guapas, y érase una templada noche de primavera, y algunos apenas habíamos entrado en quintas, se bailó hasta cerca del amanecer, que, ya rendidos de sueño y de fatiga, nos acostamos todos los viajeros de ambos sexos, á obscuras y como Dios quiso, en la todavía desenganchada galera, la cual emprendió, al cabo de una hora, su segunda majestuosa jornada.

Más agradable aún que el anterior fué este otro día de viaje, pues los pasajeros nos tratábamos ya como hermanos, y algunos con intimidad todavía más dulce, mientras que el terreno iba quebrándose y hermoseándose progresivamente según que penetrábamos en la estrecha garganta que abre paso á la cálida y montuosa tierra de Almería.—No recuer-

do en qué *venta* medio almorzamos, luego que hubimos descabezado el sueño, y desde entonces fueron varias las cuestas que algunos y algunas subimos á pie, mucho más de prisa que la galera, cosa que nos permitía sentarnos á esperarla en las cumbres, si no preferíamos tomar por algún atajo ó trocha que nos consintiese también descender al vallejuelo próximo en menos tiempo que las ya indicadas doce mulas: es decir, que los más sueltos y fogosos hicimos andando casi toda esta segunda jornada.

En cuanto al aspecto del paisaje, dijérase que habíamos entrado en territorio africano. Pitas é higueras chumbas mostraban sus feroces pencas en los barrancos expuestos al Mediodía, y elegantes palmeras se destacaban á lo lejos sobre un claro horizonte, ¡que ya era el horizonte del mar! Los hombres que allí nos salían al encuentro usaban, en lugar de pantalón largo ó de calzón corto, aquella especie de doble enagüilla de lienzo blanco que no pasa de la mitad del muslo y que lleva el nombre de *zaragüelles*... y

con esto y con la faja encarnada y el desabotonado chaleco de vivos colores, si no parecían moros de Marruecos, parecían moros de Trípoli ó de Túnez. Las venteras, en fin, y las moradoras de los pueblecillos ó *aduares* por donde pasábamos, nos miraban con unos enormes ojos negros en que relucían todas las fiebres de los sedientos arenales, mientras que su pálida y morenísima tez y sus gallardos cuerpos, muy bajos de talle, traían á la memoria bíblicos asuntos de famosos cuadros y grabados.

Hasta para los hijos de Granada, todo aquello ofrecía novedad y hechizo; pues hay que advertir que la provincia de Almería tiene más de levantisca y de murciana que de andaluza, ora en la vestimenta, tipo y lenguaje de sus indígenas, ora en la fisonomía y productos del terreno... Yo de mí sé decir que, lo mismo en 1854 que cuando, en 1861, después de conocer algo el África, hice á caballo mi segundo viaje á Almería, sentí allí emociones más propias de Oriente que de Europa, más semíticas que ja-

féticas, más muslímicas que cristianas.

Llegamos á la Capital, donde mi ilusión no tuvo límites en lo relativo á estos ideales africanos que tanto imperan siempre en la fantasía de los granadinos.—*Almería,* con sus casas bajas y cuadradas, esto es, de un solo piso y sin tejados; con sus blanquísimas azoteas (pues allí se abusa tanto del enjalbegado de cal como en los pueblos oficialmente moros); con sus tortuosas, estrechas y entonces no empedradas calles; con sus penachos de palmeras, campeando en el aire, entre erguidas torres, sobre las quebradas líneas horizontales del apretado caserío; con su caliente atmósfera, su limpio cielo, su fúlgido mar y su radiante sol, que en aquel momento declinaba hacia el ocaso; *Almería,* digo, era la odalisca soñada por nosotros los poetas del otro lado de la gran Sierra; era la visión oriental que á mí me había sonreído á lo lejos, siempre que fuí á conversar con lo pasado en las alcazabas y palacios moriscos de Guadix y Granada; era, en fin, un espejismo producido por la costa de enfrente, á cuyas

ciudades, blancas también, y también coronadas de palmeras, fueron á morir sin poder ni ventura los expatriados descendientes de Alhamar *el Magnífico,* y entre ellos aquel heróico Muley Abdalá *el Zagal,* que llevó el título de «Rey de Almería.»

No se crea, sin embargo, que, considerada *socialmente,* la ciudad que describo tiene también algo de berberisca y antieuropea... Muy al contrario: es una de las poblaciones más cultas de España; lo cual proviene de que, hace mucho tiempo, *se buscó la vida por mar,* á falta de comunicación *terrestre* con el mundo civilizado, y entró en íntimas relaciones industriales y comerciales con Inglaterra, ni más ni menos que Cádiz y Málaga, á las cuales se parece muchísimo (especialmente á la última) en el orden intelectual y moral. Quiero decir con esto que las personas acomodadas de Almería viven un poco á la inglesa, piensan un poco en inglés, son tan corteses y formales como los más célebres comerciantes de la Gran Bretaña, y consideran indispensable to-

mar mucho te, mudarse de camisa todos los días, leerse de cabo á rabo un periódico, afeitarse, cuando menos, cada veinticuatro horas, y hablar mejor ó peor la lengua de lord Byrón. Combinadas estas graves formas con la viveza y gracia andaluzas (de que los hospitalarios hijos de Almería no pueden despojarse, por mucho que se afeiten y por blancos y tiesos que lleven los *foques),* resulta un conjunto agradabilísimo de buenos modos, ingenio, seriedad y gitanería que no inventara ni el mismo diablo... En cuanto á las hijas de la Ciudad, diré que este *andalucismo britanizado* no puede ser más seductor y delicioso, y que, por consecuencia de él, las almerienses (del propio modo que las malagueñas y gaditanas) son una especie de *ladys* agarenas, que, desde el piso alto, reinan sobre sus padres y maridos, afanados siempre en el escritorio del piso bajo...

Recuerdo que, cuando, siete años después, volví, según he dicho, á Almería, y penetré de lleno, como ya más hombre, en los mejores círculos de su sociedad,

me admiré muchas veces de encontrar allí todos los encantos de los más elegantes palacios madrileños. Letras, música, política, bolsa, novedades de todo género, eran asunto familiar y constante en las tertulias de aquella ciudad semicolonial, *itinerariamente* divorciada del resto de la Península... Y recuerdo también haber pasado horas de amenísima conversación y sibarítico bienestar en una especie de Casino secreto, llamado el *Costum* (nombre inglés desfigurado, que en español significa *aduana),* donde sus quince ó veinte socios y tal ó cual afortunado forastero se reunían á fumar legítimo habano, tomar indiscutible moka, leer excelentes periódicos y revistas de todo el mundo, y dormir la siesta en mecedoras butacas...—¡Ay! ¡Más de la mitad de los que me agasajaron se han muerto!—¡Reciban mi cordial saludo los que aún existen!

En esta segunda visita á Almería observé que ya iban empedrando sus calles, y que se edificaban muchas casas de más de un piso, al uso moderno europeo, lo

cual no me entusiasmó en manera alguna, pues que privaba á la ciudad de su carácter árabe...—Pero volvamos á la primera visita, á la de 1854, no sea que, por detenerme demasiado á hablar de la segunda, caiga en la tentación de referir cierto lance, que no merece pasar á la Historia, en que dos inocentes vertieron su sangre, al rayar el día, dentro de un cercado de higueras chumbas, por un quítame allá esas pajas...

Nada he dicho ni diré del efecto que en Almería me produjo la vista del *mar,* porque ya lo había yo contemplado en Málaga en 1853, como ya relataré dentro de poco, cuando me toque hablar de mi primer viaje en diligencia y en vapor.—Por lo que toca á monumentos artísticos almerienses, os recomiendo que, si alguna vez hay camino para ir á aquella ciudad, visitéis sus viejas *murallas* árabes (si ya no las han derribado todas), y que os fijéis con preferencia en las de la parte Noroeste, donde también hay restos de una *Alcazaba* muy notable, con hermosas *cisternas,* y una capilla que fué *Mez-*

quita.—Tampoco dejéis de ver la *Catedral,* gótica de las postrimerías de este orden arquitectónico, y la cual, por fuera, más parece fortaleza ó castillo que templo cristiano. *Fortaleza* es efectivamente, construída exprofeso por tal arte, que sirviese, como sirvió largos años, al propio tiempo que para el culto de Dios, para defenderse de los hombres; quiero decir, para rechazar á los piratas berberiscos y turcos, dueños del Mediterráneo y azote de sus costas cuando se empezó á erigir esta iglesia, lo cual fué con alguna anterioridad á la batalla de Lepanto y á la consiguiente decadencia de la piratería musulmana.

Y nada más me ocurre contar de Almería, como no sea que contiene *fábricas* de desplatación, de fundición, de espartos y de otras cosas; que su riqueza procede principalmente de *Sierra Almagrera,* abundantísima en minas de plata, y de *Sierra de Gador,* abundantísima en minas de plomo; que, extendido hoy en sus campos y en los limítrofes el cultivo de la caña dulce, la provincia fabrica y exporta

ya mucho azúcar, y que, no obstante las continuas y malhadadas emigraciones á Orán (á que sólo pondrá término la construcción del proyectado ferrocarril), la capital, que hace cincuenta años se quedó reducida á 18.000 moradores, tiene hoy bastante más de 30.000, los cuales no reciben las cartas de esta villa y corte sino á las *cinco fechas* de haber sido echadas al correo.

III.

DE GRANADA Á MÁLAGA.

Éste fué mi primer viaje en *diligencia*... Mas no creáis que en una de esas diligencias de mala muerte, que ahora se usan, llamadas también *góndolas,* que sólo recorren caminillos provinciales ó vecinales, sino en una de aquellas ambulantes casas de tócame roque, comparables á los antiguos navíos de tres puentes, que fueron arrumbadas por la aparición del ferrocarril, como los tales navíos por las fragatas de vapor, y que recorrían suntuosas carreteras de primer orden, venían de un tirón desde Cádiz hasta Madrid, iban de otro tirón desde Madrid hasta Bayona, y eran por ende asombro y maravilla de todos los pueblos del tránsito.

En Enero de 1853, cuando yo fuí en di-

ligencia desde *Granada á Málaga,* no había en España más camino de hierro que un trozo en Cataluña y el de Aranjuez á Madrid. La diligencia, pues, seguía siendo respetabilísimo vehículo, particularmente aquéllas, como la de que se trata, compuestas de dos *berlinas*, *interior, rotonda* y *cupé,* en que cabían veintidós viajeros, amén del *mayoral,* arrellenado en el *pescante,* y de los dos pasajeros supernumerarios que solían compartir con él aquella especie de trono, y del *zagal,* que de vez en cuando se sentaba en algún estribo, y de la pareja de guardias civiles que se colgaba de tal ó cual correa, y de los tres ó cuatro valientes que, en último apuro, se *acomodaban* dentro de la *vaca,* entre los baúles y maletas, y del *postillón* ó *delantero,* de quien hablaré con ocasión de viaje más solemne...: total, 28 ó 29 tripulantes.

Doce, catorce y hasta diez y seis caballos ó mulas tiraban de aquel arca de Noé montada sobre ruedas, y á fe que yo no podré olvidar nunca y que hoy recuerdo con un placer indefinible tantas y tantas

noches fantásticas como pasé en mi juventud dentro de tales coches-monstruos, oyendo entre sueños, sobre todo cuando ya era el segundo ó tercer día (!) de empaquetamiento y tortura, el trote acompasado de las diez y seis uniformadas bestias; al mayoral, que *les hablaba* en su común idioma; al zagal, que rugía, moliéndolas á palos, y al postillón, que cantaba entre dientes la rondeña, todos ellos medio dormidos también, como si el propio viaje fuera asimismo un sueño ó pesadilla de que todo el mundo despertaba un poco cada vez que se mudaba tiro...

Pero concretémonos al viaje de *Granada á Málaga,* que apenas fué un ensayo ó muestra de semejantes emociones, dado que en él sólo se pasaba una noche en claro, y contentaos con las únicas particularidades que recuerdo de aquella peregrinación, á saber: que relevamos tiro en pueblos tan interesantes como *Santafé* y *Loja,* sin ver de ellos más, en tal noche, que el sucio velón y los belicosos empleados del *Parador de diligencias;*

que, á las ocho ó las nueve de la mañana, después de afanarse mucho el ganado para subirnos á lo alto de una sierra, almorzamos en *El Colmenar,* villa muy populosa y alegre, y que, al poco rato, descubrí desde aquellas alturas, allá muy lejos, lo menos á cuatro leguas de distancia, una especie de *subcielo,* más azul que el cielo mismo y que el cerco de montañas del horizonte...

¡Era el mar! ¡El mar, que por la primera vez aparecía ante mis ojos! (1). ¡El mar, la patria de todos y de nadie; el más allá de España y de Europa; el elemento intermedio entre los Continentes ó pedazos habitables del globo terráqueo y los reinos de la muerte ó de la inmortalidad; la parte del Planeta extraña á nuestra vida, y en cuyas soledades no somos, ni seremos jamás otra cosa, que unos temerarios, importunos y asustados huéspedes!

Debería callarme todo lo demás que pensé al descubrir el mundo marino... pero voy á decirlo, aun á riesgo de que

(1) No se olvide que este viaje es de fecha anterior al de *Guadix á Almería.*

lo califiquéis de extravagancia. Parecióme que había salido de una cárcel; que acababa de obtener un ascenso en mi carrera de hombre; que había llegado á no sé qué especie de mayor edad; que era más grande, más libre, más dueño de mis acciones, menos mortal, menos esclavo de los poderes de la tierra... Y presentí de golpe y confusamente los inefables larguísimos coloquios que había de entablar tantas y tantas veces con las olas, alborotadas ó serenas, durante mi azaroso tránsito por la vida... Presentí los días de meditación y éxtasis que había de pasar, en solitarias peñas del Cantábrico, en encantadas playas del mar andaluz ó del Tirreno, ó bien enfrente del Adriático, desde las arenas del veneciano *lido,* preguntando al mundo de las aguas por una felicidad mayor que las engañosas y precarias de la fugaz existencia terrestre... ¡Y bien sabe Dios que la susodicha mañana estuve á punto de llorar en aquel cupé ó sotabanco de la diligencia de tres pisos, donde, tan lejos ya de la casa paterna, iba yo acercándome á *Málaga,* en

busca del vellocino de oro de la gloria!...

Porque he de advertiros que esta expedición era la segunda jornada de mi primer viaje al paraninfo de las Letras; era un rodeo para trasladarme á Madrid; era mi verdadera salida de D. Quijote; era, en fin, consecuencia de haber abandonado pocos días antes mi hogar, contra los consejos de mis benditos padres, á los diez y nueve años y algunos meses de edad, llevando en el baúl una *reputación manuscrita* (según dijo cierta pupilera madrileña, con relación á otro personaje por mi estilo) y poseedor de tan poco dinero ó cosa semejante, que, habiéndome tocado la quinta algunas semanas después, tuve que volverme más que á prisa de Madrid á Guadix, en busca del perdón y del bolsillo del autor de mis días, antes de que el Gobierno de S. M. me declarara *prófugo*.—Iba yo, pues, á *Málaga* la mañana que digo, á embarcarme para Cádiz, donde poseía parte de un periódico literario que érame preciso organizar de modo que me sostuviese en la Corte, y he aquí la razón de que me pusiera tan

melancólico la remota aparición del *mar* —símbolo para mí de *lo desconocido,* en aquel solemne cuanto arriesgado viaje al reino de la Fama y de la Fortuna.

Una hora después desaparecieron todas mis preocupaciones y tristezas... Habíamos llegado cerca de una agria pendiente, denominada la *Cuesta de la Reina,* ya muy vecina á Málaga, desde donde se descubre de pronto y á vista de pájaro toda la ciudad, toda su campiña, todo su puerto poblado de mástiles, todo su mar, dentro y fuera del espigón del Muelle, que remata en la nombradísima *Farola,* y luego una gran extensión del Mediterráneo y hasta vagos asomos de la costa africana... Parecía que el mar estaba verticalmente debajo de nosotros: ¡tan empinada es la cuesta que nos separaba de sus orillas! Reverberaba el sol en aquella inmensa lámina de agua, como en disforme espejo... La orla de blanquísima espuma que, en playas y peñas, marcaba los límites de la tierra y de las olas, semejaba la fimbria de armiño de aquel dilatado manto azul con reflejos de

plata. La ciudad, blanca, pintoresca, graciosa, parecía un lujoso broche del manto verde de los campos... Y todo ello, ceñido por vistosas montañas á la parte del Norte y cobijado por un cielo purísimo y espléndido, componía un magnífico panorama que me llenó de júbilo y entusiasmo.

.....

Muchas veces he estado después en Málaga, y aun he residido en ella meses enteros, según consta del *Diario de un Testigo de la Guerra de África,* del cuadro de costumbres *Lo que se ve por un anteojo* (1) y de otras varias obras mías... Pero nunca sentí ni comprendí tan hondamente su naturaleza y carácter, especialísimos en Andalucía, sobre todo en contraposición á Granada, como en ésta mi primera y rápida visita. Porque lo que más llamó mi atención desde luego, aunque estaba prevenido por la fama, fué el sello fabril y comercial de la población, material y moralmente considerada... ¡Resultaba

(1) Incluído en el tomo de *Cosas que fueron.*

tan nuevo y tan asombroso todo aquello para un granadino que nunca había salido de su provincia!

Pero esta observación merece mayor comentario, y lo voy á hacer por medio de un paralelo. En la decaída y relativamente pobre tierra de Granada, el ideal de todos los espíritus se cifraba todavía en la Historia, en lo pasado, en la nobleza de los pergaminos, en la majestad de tal ó cual monumento... Para su afortunada rival Málaga, el ideal estaba en lo presente, en lo moderno, en el trabajo, en el capital, en el crédito, en el valor industrial ó comercial de la *firma*... Los granadinos hablábamos á todas horas de Boabdil, de los Reyes Católicos, del Gran Capitán, de Tendilla... Los malagueños se extasiaban hablando de los Heredias y de los Larios, como luego habían de extasiarse también hablando de los Loring... En Granada todo era devociones, fantasías, sentimentalismo, leyendas, sesiones literarias, conmemoraciones históricas... En Málaga, el orgullo local consistía en haber exportado aquel año

250.000 quintales de pasas, 200.000 quintales de vino, 300.000 arrobas de higos secos, millón y medio de limones y otro millón de arrobas de hierro en barras, etc., etc., etc.

Esta manera de ser de los malagueños se revelaba, y sigue revelándose, en el aspecto de la ciudad, lujosa y de edificaciones modernas, abundantísima en esos obeliscos de ahora llamados *chimeneas de fábricas,* en ricas tiendas y vastos almacenes, y pobre, muy pobre, de monumentos artísticos. Además, todo lo dicho en el capítulo precedente acerca de la vida social de las clases acomodadas de Almería tiene aplicación á *Málaga,* aunque en escala muy superior. También aquí predomina el estilo inglés en gustos y costumbres, con tanta más razón, cuanto que son muchos los verdaderos ingleses, ó hijos de tales, que se hallan establecidos en la ciudad. Estos hijos, britanos por su padre y malagueños por su madre y por su crianza, constituyen un tipo *sui generis* de formidables recursos para los negocios, en el cual, al frío jui-

cio del inglés, se unen la gracia y travesura de Andalucía y aquella táctica especialísima para hablar y discutir que distingue á las gentes de Málaga, por cuya virtud ó por cuyo vicio los hechos se escurren entre las manos como anguilas, la lógica es perpetua esclava de la elocuencia, y la verdad tiene algo del azogue...

Aprovecharemos, pues, la ocasión para asentar como axioma que lo más notable de *Málaga* son los malagueños. Ni en Sevilla, ni en Cádiz, ni en Córdoba, donde la gracia fluye á borbotones de todos los labios, causan tanto asombro los donaires de la conversación, particularmente en la clase baja. ¡Qué imágenes tan pintorescas! ¡Qué prontitud y qué ingenio en el discurso! ¡Qué chiste en el calificativo! ¡Qué expresión en el gesto y en el ademán! ¡Qué maestría para hacer lo blanco negro! ¡Qué arte para pasar de lo patético á lo jocoso, y viceversa, según las necesidades del caso! ¡Qué salidas! ¡Qué quiebros! ¡Qué escamoteos del tema y de la moral del debate! En cuanto á las mala-

gueñas, ya lo sean genuinamente, ya estén ingertas en inglés ó en alemán, nada se me ocurre que exponer, sino bendecirlas con toda mi alma, reconociendo y declarando que adunan tantos arbitrios de imaginación y estilo como los malagueños y algunas cualidades íntimas y sólidas que á ellos les faltan; es decir, que tienen juntamente garbo y juicio, sal y ternura, gitanería y conciencia, lo cual las hace envidiables y temibles á un propio tiempo, como todo aquello que es superior al hombre...

Largas horas podría seguir hablando de *Málaga,* donde he residido después, como literato y político aventurero (en 1854), como militar (en 1859), y como pacífico bañista, con mujer é hijos (en 1870); os describiría su clásico *Paseo de la Alameda,* poblado de elegantes damas á pie, á caballo ó en coche, y os diría sus nombres y apellidos, sus nobles prendas y otras particularidades, por haber tenido el honor de tratarlas en saraos, teatros y tertulias; atravesaríamos el Guadalmedina, para visitar el célebre y ruidoso ba-

rrio del *Perchel,* asiento de la tunantería más fina y más graciosa del universo-mundo, inclusa la de aquellos diablos que siempre están cantando y riendo en los muelles de Nápoles, y recordaríamos, al subir al *Castillo de Gibralfaro* (donde estuve encerrado un mes por mi voluntad ó por dar compaña á un queridísimo preso militar y político), otra especie de barrio que había antes de la *Coracha,* y que, según me cuentan, ya no existe, cuyo nombre era *El Mundo Nuevo.* Allí contemplé muchas veces, en 1854, cuadros más inmorales, hediondos y terribles de los que suelen ofrecer á la espantada vista aquellos húngaros y gitanos nómadas que acampan á las afueras de nuestros pueblos, por negárseles en ellos hospitalidad, de miedo á toda clase de infecciones... *¡La Corte de los milagros,* de Víctor Hugo, se quedaba en mantillas, comparada con aquellas gentes que se encenagaban, cual si fuesen cerdos con alma, en la mugre, en el vicio y en el crimen, á pocos pasos de las más pulcras y lujosas calles y plazas de la capital!...

¡Comprendo que haya desaparecido *El Mundo Nuevo!*

También os describiría, si dispusiera de más páginas, el bien acondicionado *Círculo Mercantil,* que tiene mucho de club ó casino inglés, y donde siempre he sido galantemente tratado; *la Plaza de Riego,* con el monumento del infortunado General *Torrijos* y compañeros mártires; la hermosa *Plaza de la Constitución;* la *Aduana,* edificio que honra á Carlos III, como todos los de su reinado; la *Catedral,* el *Teatro,* la *Plaza de Toros,* y muy especialmente las *Atarazanas,* la *Alcazaba* y el citado *Castillo de Gibralfaro,* nobilísimos padrones históricos de la augusta Málaga de otras edades... Pero tan prolija tarea no cabe en este bosquejo de superficiales recuerdos míos, y se halla desempeñada además en varias obras, comenzando por las antiguas *Conversaciones históricas malagueñas* del presbítero D. Cecilio García de la Leña (1792), y acabando por las modernas *Guías.*

Concluyamos, pues, diciendo á coro

con la musa popular de la patria de los mejores boquerones del mundo:

¡Adiós, Málaga la bella...

bien que no estemos nosotros en el caso de completar tan sentida copla, que prosigue del modo siguiente:

Tierra donde yo nací!
¡Para todos fuiste madre,
Y madrastra para mí!

Y, cantada esta copla, refiramos el viaje marítimo que emprendí al otro día desde *Málaga á Cádiz.*

IV.

DE MÁLAGA Á CÁDIZ.

Como la presente *odisea* (no me cansaré de repetirlo) tiene más bien por asunto mis casuales y personalísimas impresiones que la descripción y pintura exacta de las cosas *dignas de verse, pero que no llegué á ver,* en tal ó cual ciudad ó camino, y estoy resuelto á prescindir hasta de las siete maravillas del mundo, si no topé con ellas ó no las estudié al paso, resulta, mis queridos lectores, que muy poco habré de deciros acerca de mi estreno del mar; pues, aunque fué en buque de vapor y en cámara de popa, cual correspondía á un poeta bien nacido, que echaba á volar con poquísimo dinero, creyéndose, sin embargo, que todo el mundo era suyo, hice la primera mitad de aquel viaje tan desdichada y prosáicamente como el *Don*

Juan de lord Byrón, cuando las náuseas no le dejaban responder con protestas de amor á la carta de despedida de *Doña Julia*...

Mi Julia, quiero decir, mi ideal poético en aquella travesía era principalmente la *Costa de África,* para cuya devotísima contemplación desde el barco tenía yo atirantadas y templadas, hacía más de un mes, todas las cuerdas de mi morófilo espíritu, proponiéndome, en cambio, cerrar los ojos y bajar la frente cuando pasara por delante del aborrecido *Peñón de Gibraltar,* perenne afrenta de nuestra patria y escarnio de las augustas sombras de Guzmán el Bueno y de Gravina... Mas cata aquí que la desventura, ó sea el espantoso temporal que reinaba en el Estrecho, trastornó de tal modo las cosas, según que ya había trastornado mi cabeza, que apenas pude divisar á *Ceuta* y á *Tánger* entre las nieblas del horizonte y del mareo, mientras que me ví obligado á permanecer nada menos que veinticuatro horas enfrente de la plaza robada á España por Inglaterra...

¡Veinticuatro horas, sí, estuvimos anclados en el puerto de *Algeciras,* aguardando á que fuera posible pasar del Mediterráneo al Océano! Montañas de agua habían sustituído á las que en otro tiempo debieron de enlazar á Ávila y Calpe y servir, por tanto, de puente entre África y España... ¡El *Estrecho* estaba cerrado otra vez por una barrera infranqueable, como antes de la titánica empresa de Hércules, del Lesseps de la fábula! Más claro: el *estrecho* había vuelto á ser *istmo.*

¡Ojalá hubiera sido aquel accidental fenómeno un hecho definitivo y cierto! ¡Ojalá nunca volviera aquella angostura á dar paso á naves procedentes de la mar atlántica; que así no volvería á entrar en el Mediterráneo, en el piélago latino y musulmán, la aborrecida bandera inglesa! ¡Así no seguiríamos viéndola tremolar en la abrupta *peña* que jamás dejaremos de considerar española, y en cuyo cerco y para cuyo asalto estaremos obligados siempre los hijos de los Fernandos y Alfonsos á derramar torrentes de sangre!

¡Oh vergüenza! ¡Casi todos los pasajeros de nuestro buque, españoles en su mayoría, aprovecharon aquella larga *arribada* para tomar botes y encaminarse á *Gibraltar,* cuyas singularidades y *encantos* querían ver y acaso aplaudir! ¡Yo no entré entonces, ni he entrado nunca, en la plaza maldita! ¡Tres veces más he cruzado delante de ella; diez días estuve en una ocasión frente á sus muros, con motivo de otra borrasca, y jamás se me ha ocurrido la abominación de desembarcar pacíficamente en el territorio nacional ocupado por el extranjero! ¡Lo que siempre hice fué maldecir, como maldigo, á los moradores de las vecinas ciudades españolas que llevan provisiones al *Peñón*, que medran con tan execrable comercio, que no viven en continua resistencia pasiva contra el acto aleve que nos arrebató á *Gibraltar* y contra la ingratitud europea que no nos lo devolvió en el Congreso de Verona!

Harto conozco los inútiles, aunque heróicos, esfuerzos hechos en los reinados de Felipe V y del pundonoroso Carlos III

para recobrar lo que tan fácilmente nos había sido robado; harto sabida tengo la infortunada historia de aquellos sitios y de aquellos combates navales; harto me consta que no tenemos hoy suficiente fuerza marítima para declarar la guerra á los ingleses, destruir sus escuadras, bloquear el Peñón y rendirlo á cañonazos ó por hambre... Pero entre el guerrear cuando es imposible, y la amistad cuando es bochornosa, hay un término medio: hay el enojo, hay la incomunicación, hay la no interrumpida protesta. España, á costa de los mayores sacrificios, debería vivir privada de toda relación particular ó política con Inglaterra. Nuestro Gobierno, en todos los discursos de la Corona, al abrirse las Cortes, debería decir en substancia: «El estado de nuestra Hacienda y de nuestra Marina no nos consiente por ahora emprender la reconquista de Gibraltar; pero seguimos proclamando nuestro derecho á la faz del mundo, con invariable propósito de convertirlo en hecho tan luego como nos sea posible.»

Ni creo que ningún buen español juzgue que todo es poesía y locura, cuando perpetuamente estamos oyendo hablar á nuestros poetas, prosistas y oradores de «las glorias de Sagunto y de Numancia, y de las de Zaragoza y Gerona,» con énfasis y despreocupación tales, que harán sonreir á los quietos y tranquilos poseedores de *Gibraltar*.—Por otra parte, no estoy solo en esta actitud de toda mi vida: muchísimos compatriotas conozco que darían toda su sangre y toda su hacienda á trueque de que España recobrase aquella plaza de guerra... ¡No se ha extinguido, no, ni se extinguirá nunca la raza de los Palafox y de los Álvarez! Y, en fin, con inmenso júbilo he leído últimamente una obra titulada *Las Llaves del Estrecho*, de mi buen camarada D. José Navarrete, en la cual este ilustrado escritor y valiente soldado descubre á nuestro patriotismo grandes horizontes de esperanza respecto del cáncer que corroe hace ciento ochenta años la honra y la vida de la nacionalidad española...—¡Ánimo, pues! *¡Sursum corda!* ¡Y sintamos, cuando menos,

la llamarada de la ira, en tanto que llega el día de la venganza!

Con que volvamos á nuestro viaje de 1853.—Mejorado el tiempo, y después de haber hecho por mi parte una visita de dos ó tres horas á la limpia y alegre ciudad de *Algeciras,* de anchas calles y graciosos edificios, mas donde será horroroso estar viendo á todas horas á *Gibraltar* cargado de cadenas, levamos anclas al día siguiente, y seguimos navegando hacia Cádiz.

No sin algún remordimiento, más propio de la justicia en abstracto que de las inconsideradas alegrías del patriotismo, saludé el espectro de *Ceuta,* de aquella plaza *marroquí* ocupada por España; y en verdad os digo que, al ver alzarse, tan fortificada y adusta, entre las nieblas del Estrecho, la ciudad que tanta sangre inútil ha costado á los mahometanos, parecióme oir una especie de respuesta á mis imprecaciones contra *Gibraltar*... Pero dejé á los ciegos de África el cuidado de maldecirnos á los españoles, y me entregué á codiciosas ideas respecto

de aquellas costas, y muy particularmente respecto de *Tánger,* cuya sombra blanqueó muy pronto á lo lejos de un modo vago y misterioso...

Parecía la antigua capital un fantasma árabe, envuelto en cándido alquicel, y me recordó los grandes tiempos de Granada, Guadix y Almería...—¡Aquélla era África! ¡Allí estaban los moros! ¡Allí se confundían poéticamente nuestro pasado y nuestro porvenir!... Indefinible melancolía conturbaba mi alma... Amaba y aborrecía al par á aquellas gentes...—«*¡Volveré!...*» No pude menos de decirles con el pensamiento, al perder de vista el litoral africano... Y, en efecto, siete años después entraba en Tetuán, bajo la victoriosa bandera de O'Donnell.

También había saludado con orgullo y veneración á *Tarifa,* teatro de la memorable hazaña de Guzmán el Bueno... Pero no tardó en volver á contristarse mi corazón, cuando me señalaron entre la bruma el luctuoso *Cabo de Trafalgar...*

¡Cuánto heroísmo y cuánto infortunio en aquellas aguas! ¡Allí fueron vencidas

por Nelson las escuadras española y francesa! ¡Allí perecieron nuestros ilustres vicealmirantes Gravina y Churruca! (1). Pero allí muriótambién aquel día el gran Nelson, el más insigne marino de Inglaterra... Todos los beligerantes compartieron, pues, el luto de tan costosa batalla, y, en cuanto á gloria, para graduar la que en ella alcanzamos, basta saber que los altivos ingleses guardan y enseñan como una joya histórica el casco de nuestro navío *San Juan*. Sobre la puerta de la cámara del comandante han esculpido el nombre del héroe que supo morir allí, combatiendo y mandando, sin tolerar que se arriase la bandera, aunque el buque, acribillado á balazos y haciendo agua, amenazaba sumergirse... «*Churruca*» dice en letras de oro aquella inscripción; y como señal de mayor respeto, nuestros animosos vencedores no permiten que

(1) Gravina no murió durante el combate, como Churruca, sino por resultas de no haber permitido que le amputasen el brazo que allí le destrozó un proyectil enemigo.

nadie penetre en la náutica estancia sino con la cabeza descubierta.

Verdaderamente, donde los hombres y las naciones demuestran más sus grandes cualidades, es en el vencimiento...; y España, en buena hora lo diga, ha infundido siempre admiración y hasta escrúpulos de conciencia á sus más potentes vencedores. ¡Recuérdense las ya citadas catástrofes de Sagunto, Numancia, Zaragoza y Gerona, donde sólo cadáveres y ruínas ó altaneros mártires entregamos á los conquistadores! Pues lo mismo aconteció en este desastre de *Trafalgar*. ¡No! no se dirá nunca de nosotros que somos «*más que hombres en el triunfo y menos que mujeres en la derrota...*» No se dirá que hemos comido pan á manteles, mientras que el extranjero profanaba nuestro territorio. «*Saber morir*» era todo lo que Tirteo pedía á los espartanos... Y en *Trafalgar* demostraron Gravina, Churruca, Álava, Escaño, Alcedo, Alcalá Galiano, Vargas, Cisneros, Valdés, Argumosa y mil héroes, que es mucho mejor caer matando, que verse obligados á apelar á un

tardío suicidio, recurso estéril del bochorno,—como al cabo apeló no sé dónde el almirante francés Villeneuve, visto que no le era posible consolarse de haber sobrevivido á las Escuadras aliadas de que él era General en Jefe.

.....

Á todo esto, llevábamos ya largo rato de haber salido del Estrecho de Gibraltar y de tener ante los ojos el Océano... ¡el Océano, el mar sin límites conocidos, el piélago de inexploradas lontananzas al Norte y al Sur, y cuyo primer valladar al Oeste había que buscar en la remota América!

Figuraos mi satisfacción y mi orgullo... ¿Qué era el Mediterráneo, de donde tan dificultosamente acabábamos de salir, comparado con aquellas interminables soledades de agua que se desplegaban ante nuestra vista? ¡Un lago medido por pulgadas, y cuya historia de miles de años sabe ó supo el género humano hora por hora, capítulo por capítulo! Entonces fué, pues, cuando comenzaron á cuajarse en mi imaginación aquellos espontá-

neos ó impremeditados versos que pocos días después formaban parte de mi oda *Al Océano Atlántico:*

¡Tú eres el mar sin término ni calma
Que en sus delirios concibió la mente!
¡Tú eres el viejo atleta poderoso
Á cuya voz rugiente
Tiemblan los hemisferios!
¡Tú eres el mar incógnito y profundo
Que dilata sus líquidos imperios
De Norte á Sur, de un mundo al otro mundo!
¡Tú eres el mar de incierta lontananza,
Patria sin fin del pensamiento solo,
Guardador de la América fragante
Y de los blancos témpanos del polo!...

. . . . . .

Del Austro al Bóreas tu poder alcanza
Y desde Ocaso á Oriente...
¡En tí se mira el sol, desde que ardiente
De tu puro zafir trémulo nace
Hasta que, mustio, tras el lento día,
Vuelve á tus brazos y en tu seno yace!

. . . . . .

Pero dejémonos de complacencias seniles en las habilidades de la juventud (sabéis que no tenía veinte años cuando escribí estas coplas), y volvamos á nuestra navegación.

El Océano estaba todavía agitadísimo.

y volvió á encolerizarse más y más, según que avanzaba la tarde... Había, pues, cerrado ya la noche en un temporal deshecho, cuando descubrimos, entre las sombras de cielo y mar, una prodigiosa constelación de luces que se reflejaban en el agua y que parecían la iluminación de inmenso navío donde se diese nocturna fiesta...

¡Era *Cádiz!* ¡Era la *taza de plata,* que dicen todos los andaluces! ¡Era la *perla de Andalucía,* que dicen los ingleses! ¡Era la *nereida de Occidente,* que dijeron los antiguos griegos! ¡Era la ciudad más requebrada del mundo: aquélla que mereció á lord Byrón, en la *Peregrinación de Childe Horold* y en el *Don Juan,* tan extensos, lindos y sensuales piropos! «*Tierra querida de Febo y del Dios del Amor*»...; como la denomina el gran poeta, después de haber hablado largamente en uno y en otro libro de los encantos de las gaditanas, de las corridas de toros, de la mantilla española y del heroísmo de nuestros abuelos contra Napoleón; á lo cual habría podido añadir en otra obra

el de nuestros padres contra Angulema.

Desfavorable fué la hora en que yo divisé á *Cádiz* por primera vez. Hay que descubrirla á lo lejos, en un día de sol (como pude verla más adelante, ora al abandonarla por mar al mes siguiente; ora al acercarme á ella siete años después, procedente de la rada de Tetuán; ora al contemplarla días y días desde Rota, sobre todo al caer la tarde, cuando los fulgores horizontales de Poniente la hacen reverberar entre las ondas azules...) Parece entonces fantástico palacio de nácar y oro, que surge del brillante Océano, á la evocación de algún Genio de *Las Mil y una noches*... Relucen como piedras preciosas todos sus cristales; semejan filigranas de plata sus blancas azoteas; ciñe cándida orla de espuma sus graciosas murallas y elegantes castillos, y destácanse sus torres sobre el propio mar, no sobre el cielo, para que la Ondina no deje en modo alguno de pertenecer á las salobres aguas...

Pero penetremos en *Cádiz,* como, en efecto, penetramos... al día siguiente, por

no habernos consentido el temporal desembarcar aquella noche, sino meramente echar anclas, y eso á duras penas, en su renombrada bahía...

Cádiz, urbanamente considerada, es un modelo de poblaciones. Limpieza ejemplar en calles y plazas, personas y cosas; regularidad y gracia en su caserío, todo él adornado del más suntuoso herraje verde en cancelas, rejas y balcones; buen piso; ausencia absoluta de tejados, por los que suplen azoteas blanquísimas, que reciben del cielo el agua potable; decorosos templos; casi ninguna cuesta; hermosos casinos; notables establecimientos benéficos; una temperatura deliciosa, sobre todo en invierno; gran cultura y gracia en los habitantes, bien que excesiva la gracia en la gente de poco pelo, capaz de engañar con sus donaires y facundia al viajero más experimentado; seguridad personal completa, debida á una policía perfectamente organizada; agradabilísimas plazas con arbolado; paseos y jardines; dos teatros, en uno de los cuales había á la sazón muy agra-

dable compañía de ópera; Plaza de Toros (yo no soy partidario de que se supriman estas fiestas, aunque las presencio poquísimas veces), y los bastantes coches para una ciudad no grande y sin afueras.

Esto de no tener afueras, de no tener campo, de terminar todas sus vías principales en el mar, es el gran inconveniente en *Cádiz;* pues resulta monótona al cabo de poco tiempo, no obstante la amenidad y fino trato de sus hijos y de sus hijas. El único escape ó recurso para los bucólicos es la *Puerta de Tierra*, ó sea el istmo arenoso que allí principia que sirve de asiento á una carretera de primer orden y en que no se carece de algún esparcimiento... Sin embargo, aun allí mismo, de lo que verdaderamente se disfruta es de la vista del Océano, del inmediato contacto con sus olas y de unos pescados ó mariscos, rociados con manzanilla de Sanlúcar, que hacen olvidar en ocasiones los imperios de Flora y Ceres. La *pescadilla* (merluza impúbera), los *ostiones* (ostras grandes) y las *bocas* de la Isla (mariscos sumamente gustosos) son las

principales víctimas de estas meriendas, en que la morisca guitarra y el canto de la *caña* y del *polo* traen á la memoria todo lo bueno que hay en el mundo, ó, más bien dicho, se llevan de la memoria todo lo malo, supliendo por los monumentos artísticos que escasean también en la antigua *Gades.*

Con todo, nada es tan fácil y barato, particularmente ahora que hay ferrocarril, como disfrutar de las mencionadas delicias. Enfrente de la ciudad bloqueada por las aguas está la noble y linda hija del Guadalete, ó sea el *Puerto de Santa María,* verdadero paraíso en todos conceptos. ¡Allí hermosos jardines; allí magníficas arboledas; allí deleitosas huertas; allí feraces campos; allí monumentales bodegas; allí la *Fonda de Vista-Alegre,* que es un modelo en su clase; allí quintas, allí paseos, allí de todo!

Cuando estuve por primera vez en aquel país, se iba al *Puerto,* en vapor ó en falucho, en tres cuartos de hora... «*¡De Cádiz al Puerto!*» decían los cantos populares llamados *caleseras,* refiriéndose

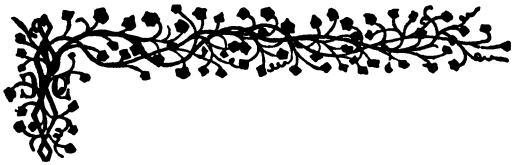
con especialidad á la complacencia de ir á los celebérrimos «*Toros del Puerto,*» que es como quien dice «de este *Puerto* por antonomasia,» término preferido de las peregrinaciones macarenas.

Pagué yo el debido tributo al Aranjuez ó al Versalles de los gaditanos, y con tal motivo cúpome entonces la honra, varias veces renovada después, de visitar, no sólo el *Puerto de Santa María,* sino todos los pueblos y fortificaciones circunvecinos, cuyo panorama general hay que admirar, á lo lejos, desde la alta torre de Tavira, situada en el centro de *Cádiz...* Visité, pues, la gloriosa *Isla de León,* ó Plaza Fuerte de *San Fernando,* y su muy sonado *Observatorio astronómico;* las Salinas, que hacen allí las veces de huertos ó de marjales; el famoso *Arsenal de la Carraca;* el preciosísimo *Puerto Real;* el sitio que ocuparon los castillos del *Trocadero,* orgullo de la patria, y las márgenes de aquel infausto río que dió su nombre á la gran catástrofe del imperio godo-español.

Cuatro semanas me retuvo aquella vez

en su seno la ciudad de Hércules.—¡Imagínese cualquiera (después de saber que, á favor de la cariñosa hospitalidad de un distinguido amigo, entré desde luego en relaciones con muy distinguidas familias) cuánto gozaría yo en la población que es juntamente emporio de la gracia, de la cortesía y de la belleza!—Treinta y un años han transcurrido desde entonces... ¡Treinta y un años! ¡Toda una vida!—¡Y, sin embargo, me conmueven hoy de tal manera los recuerdos de las delicias que allí me depararon la Naturaleza, la civilización y la suerte, que juzgo necesario en este momento soltar dos minutos la pluma, á fin de que mi imaginación pueda hablar á sus solas de unos particulares que en modo alguno interesan á los lectores, máxime habiéndose muerto tantísima gente desde aquella fecha!

LAS HORAS



El hombre tiene exagerada idea
Del dolor y el placer: vendrán las horas,
Y ellas sabrán sacarte bienhechoras
Del espanto y dolor que te rodea.

(AYALA.—*Rioja.*)

I.

PRETERICIONES Y PROGRAMA.

Se ha escrito ya tanto y tan doctoralmente acerca de todas las cosas visibles é invisibles (suponiendo que en el mundo haya algo visible en totalidad, ni obscuridades absolutas para la prodigiosa intuición del alma humana), que bastan y sobran algunos minutos de trabajo físico, como, v. gr., hojear libros compuestos por el prójimo y copiar de ellos disimuladamente juicios y noticias, para que el hombre más ignorante y obtuso, sin necesidad de haber manejado el

telescopio, el microscopio, la balanza ni el alambique, pueda aparecer de pronto más sabio que Lepe, que Lepijo y que su hijo, ante los espantados ojos, con gafas ó sin ellas, de esos escritores y preceptistas sin humanidades que sólo conocen las comedias y zarzuelas de repertorio, las poesías modernas de mayor fama, tal ó cual novela mejor ó peor, los libretos de *Otelo, Fausto* y *Macbeth* (pero no las grandes obras de que están sacados) y toda la inútil predicación contra el idealismo, que todavía no ha enseñado á sus autores á escribir un libro que pueda leerse...

Por ejemplo: si yo quisiera engañar á semejantes literatos y críticos, echándosela de filólogo, matemático, astrónomo, relojero, canonista, etc., etc., hoy que pienso zurcir un artículo titulado *Las Horas,* no tendría más que extractar habilidosamente, y vender como descubiertas por mí, todas las noticias lingüísticas, históricas, geográficas y litúrgicas que acabo de hallar en mi propio despacho con sólo abrir media docena de libros

ajenos... Os revelaría, supongamos, la etimología de la palabra *hora,* no meramente en latín y en griego, sino también en sanscrito, en persa, en irlandés, en armoricano, en primitivo gótico, en escandinavo, en kurdo y en armenio, explicándoos con la mayor frescura las relaciones que existen, al decir de los que las han estudiado, entre los vocablos *hora, hôra, ôros, vâra, warah, bôr, heur, jêr, gear, jâr, ar* y *jahr*...—Podría discurrir como el más digno académico de Ciencias exactas sobre la hora *sideral,* la hora *media* y la hora *solar,* diciéndoos los kilómetros y hasta las pulgadas que recorre cada astro durante la *hora* verdadera...—Hablaría cuanto me diese la gana de la *hora de la pleamar,* asunto importantísimo, pues que todavía no hay acuerdo sobre el instante en que debe ser determinada: si cuando aparentemente deja de subir el Océano, si cuando principia á descender, ó si en el promedio del fenómeno, según las fases de la Luna, sus declinaciones y las del Sol, y la distancia á que cada día se hallan de la Tierra aquellos astros...—

Y, en fin, para lo tocante á *horas canónicas,* seguiría paso á paso los cambios que el tiempo, las costumbres... y los vicios han ido introduciendo en la liturgia de varias y distintas Iglesias, con relación al llamado *curso,* y luciría grandemente los conocimientos... de aquellos beneméritos autores que tratan á fondo acerca del rezo de *maitines* y *laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas* y *completas,* con distinción de siglos, pueblos, estaciones, climas, reglas más ó menos estrechas y otras circunstancias terrenales...

Pues ¡no digo nada, si me metiese á hablar de las *horas mitológicas* de la India, del Egipto, de Grecia, de Escandinavia y de otros países donde, en mejores tiempos, hubo dioses y diosas!...—Mi aparente erudición ó instrucción rayaría en lo maravilloso; con lo que me nombrarían individuo honorario de todas las Academias europeas, bien que irrogara gran perjuicio á los genuinamente sabios que han gastado las mejores *horas* de su vida en averiguar todas esas cosas falsas, pero raras, y tienen, por ende, perfecto dere-

cho á que se respete su propiedad científica y á que el público les compre sus divertidas obras cuando quiera saber tanto como ellos...

¡Nol no voy á escribir un artículo erudito acerca de las *horas* consideradas en abstracto... Ni tan siquiera pienso explicar las razones porque la plebe romana cuenta todavía de un solo tirón, pasando de las doce á las trece, y de las trece á las catorce, y así sucesivamente hasta llegar á la hora veinticuatro; ni mucho menos intento referir la historia del reloj de bolsillo que le gané al dominó á Narciso Serra en tiempos del general San Miguel; ni cómo me las compuse, hace pocos meses, para trazar yo mismo, con mis propias manos, un reloj de sol; ni quién inventó los relojes de agua y de arena; ni cómo, en opinión de otro gran poeta contemporáneo, le faltan precisamente al día las seis horas necesarias para escribir versos...—Lo único que me propongo hacer hoy es fantasear un poco, en la órbita de la vida común, real y positiva, acerca del empleo que solemos

dar á las *horas;* examinar el reparto de nuestros placeres, ocios y trabajos dentro de la unidad cronológica de cada día; mirar, en fin, bajo este aspecto los entretenimientos y sandeces que constituyen casi toda la llamada *existencia,* durante la breve temporada que reside en el globo terráqueo el raro y misterioso viajero llamado *hombre.*

Tal es la materia, nada recóndita ni peregrina, del presente artículo. Sin embargo, para mayor orden y claridad del discurso, dividiré en tres grupos ó secciones las veinticuatro horas diarias, por el orden ó método siguiente, cuya invención no me pertenece tampoco en manera alguna:

1.ª sección: *La Mañana.*

2.ª sección: *El Mediodía* y la *Tarde.*

3.ª sección: *La Noche.*

Aun de esta ingeniosa clasificación resultarán forzosamente, atendidas la diversidad de costumbres de cada clase social y la varia manera de ser de sus individuos, que, para muchas personas, no hay *mañana;* que, para otras, no hay *no-*

che, y que aun el *mediodía* y la *tarde* son á veces indeterminados, según la hora de almorzar y de comer de cada quisque...—Pero todo ello lo tendremos en cuenta en nuestra disertación, como vais á ver inmediatamente.

II.

LA MAÑANA.

¿A qué hora principia la *mañana?*

Dicho se está que principia á la variable hora del *amanecer;* y como hasta los más baratos *Almanaques* expresan el minuto y el segundo en que sale el sol cada día del año, según la longitud y la latitud del punto de que se trate, no tengo necesidad de entrar en más pormenores astronómicos...

Pero no hay que confundirse, caballeros. Todo esto se refiere á la *mañana natural.*—La *mañana convencional,* ó de cada hombre, depende de otras reglas menos seguras ó simétricas.

Comprobación: Para las buenas gentes del campo, y para las malas, que son algunillas, comienza la mañana antes del primer bostezo de la aurora... Cuando

Dios echa sus luces, ya sale humo por el cañón de toda rústica chimenea, pues ya están haciendo las migas ó las gachas en los hogares pastoriles y agrícolas, así como en las posadas, ventas y paradores... El repiqueteo del almirez suena, por consiguiente, antes que el canto de las aves, exceptuando al gallo y á las tórtolas y palomas, que toman las vísperas con más tiempo.

Y aquí me será lícito, y á vosotros muy agradable, traer á la memoria algunas de las cosas bellísimas, cuanto ciertas, que dice nuestro maestro Fr. Luis de León, en *La Perfecta Casada,* acerca de las ventajas y las delicias del madrugar. —Celebra primeramente con Salomón á la solícita labradora *que ganó por la mano al lucero y amaneció antes que el sol,* y añade que «ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo y ella el alma dél, y que, como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella, y las levanta y mueve á sus

obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama, y no la teniendo por testigo, es peor que madruguen; porque entonces la casa... es como pueblo sin rey ni ley, y como comunidad sin cabeza, y no se levantan á servir, sino á robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos...»—Discurre luego este fino amante de la Naturaleza acerca de lo saludable y grato que es levantarse *á aquella hora en que despierta el mundo todo junto* y en que *la luz nueva, saliendo, abre los ojos á los animales todos;* censura á los que *hacen honra y estado y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone... y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana,* y describe esta hora con los vivos, hermosos y naturales colores que vais á ver:—«...Entonces la luz, como viene después de las tinieblas, y se halla después de ser perdida, parece ser otra y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo, y el

colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer de la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente? Y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella... así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol, se alegran, y como para recibirle se hermosean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes... El fresco del aire entonces templa con gran deleite el humor calentado con el sueño; y cría salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera lo despierta á pensamientos divinos antes de que se ahogue en los negocios del día.»

Después de este himno al amanecer, tan propio del cantor de la vida en su huerto y de la noche serena, reanudo yo mi árida enumeración y declaro que otra

de las mayores complacencias matutinas es oir, en ásperos y extranjeros montes, al cabo de largas horas de obscuridad y desamparo, pasadas bajo militar tienda de lona, el toque de la *diana de campaña*...—¡Nada tan alegre y triunfante! ¡Nada tan gozoso y bendito! Resucítase juntamente á la vida y al afán de gloria, pareciendo dicha envidiable el morir de día, abrazado á la bandera de la patria, en comparación de la pasada noche de angustia y abandono...—De cuantos sueños se pueden dormir en tales campamentos, ninguno parece más dulce que el sueño de una honrosa muerte.

Pero dulce es también vivir; dulce es, entre los lances propios de la *mañana*, tomar, en tiempo de paz y de invierno, chocolate con pan recién salido del horno, y sentarse muy tempranito delante de la mesa del despacho, bien forrados de ropa y con muchos cigarrillos de papel al alcance de la mano, á escribir ensoñadas historias, sin miedo á visitas importunas de personajes de carne y hueso...

Dulce es, en tanto que ensillan vuestro caballo para que continuéis larga caminata por tierras moriscas no conquistadas del todo, tomar el aguardiente á la luz de un candil, aun no siendo arriero, y salir de lóbrega venta, como segundo D. Quijote, á entrar en posesión de un mundo que comienza á esclarecer las risas de la aurora...—Porque la verdad es que el alcohol, si bien implacable en lo de arruinar el sistema nervioso, despierta en el alma ideas é intuiciones de indefinible lucidez y atrevimiento, como lo demuestran las obras de Edgard Pöe y de algunos grandes poetas alemanes... y las aventuras de ciertos candidatos á la diputación por su país.

Y dulce es una *misa de pastores* en vísperas de Navidad, en Andalucía, con acompañamiento de zambombas y panderetas, cuando uno no ha descendido todavía de niño á hombre;—dulce el *toque del alba* en Granada la católica, ó sea aquellas tres majestuosas campanadas de la Catedral, que ponen ahora término á las señales con que durante toda

la noche sigue la vieja campana de *la Vela,* como en los tiempos de Boabdil, regulando los riegos de la extendida vega que fué de los moros;—dulce levantarse con estrellas y salirse traidoramente á los nativos campos, con vastísimas redes de hilo bramante, á cazar chamarines, alondras y otros pajarillos dormidos, que luego, al salir el sol, dan brincos bajo las tendidas mallas, como peces recién sacados del mar...;—dulce es, á propósito de esto último, la pesca de salmones, sorprendidos en sus madrigueras, al comienzo de las rías del Cantábrico, entre el agua marina y el agua fluvial, aunque al propio tiempo llueva sobre vosotros el agua del cielo...;—y dulces, en fin, son los paseos matutinos á la *Fuente de la Salud* que tiene cada pueblo del globo; paseos en que seguramente halláis por primavera infinidad de pálidas niñas, que á la vuelta son rozagantes mujeres, por resultas de haberse bebido cada una tres vasos de agua del acreditado manantial...

Todo esto ocurre en la primera ó segunda *hora* de la mañana, según la esta-

ción... Entre tanto, suenan ya los golpes del trabajo de artesanos y obreros, en cuyo concierto lleva la voz cantante el martillo del herrador; repican en las malsanas capitales muy populosas las campanillas de las burras de leche ó de los carros de la limpieza; ábrense las casas y salen las cocineras á la compra, mucho más peinadas que lavadas; grita el fatídico enterrador llamado trapero; bárrense las calles; tocan á misa en las pocas iglesias que van quedando (hablo de Madrid), y regresan á su domicilio los trasnochadores de todas clases, después de comerse al paso media docena de buñuelos ó una ensaimada aquéllos que no han perdido en el garito hasta el último ochavo...

Á las *siete* se levantan los niños, por muy principal que sea su familia, y á las *ocho* están ya camino del colegio, aunque llueva ó nieve, con sus bufanditas al cuello y la enorme carpeta de libros pendiente del hombro, en busca de la pícara sabiduría, que á tal ó cual de ellos podrá muy bien servirle de algo, pero que no es indispensable seguramente para llegar á

ser rico y poderoso, ni muchísimo menos para ser feliz...

Á las *nueve* tiene que estar de pie todo empleado del Gobierno ó de Empresa particular; con lo que, á las diez ó las once, se hallará cada uno en su respectiva oficina, medianamente almorzado y contento, y provisto de aquella manguilla de percalina negra que les sirve á todos estos eunucos pecuniarios para no estropear la levita propia en su contacto con los millones públicos ó ajenos...

Á las *diez* han entrado ya alevosamente por debajo de las puertas (seguimos en esta villa y corte) los periódicos de la mañana, como una notificación malévola de muchas más desgracias que venturas; comienzan á saltar del lecho las personas no desarregladas del todo, de las clases aristocrática ó eminentemente política, y entra á engañarlas en su cuarto de lavarse la madrugadora adulación, llevando á remolque la injustificada solicitud, sin considerar que en definitiva tiene más de escarnio que de premio la consiguiente largueza del vanidoso lisonjeado...; si-

guen durmiendo, en el ínterin, otros magnates de ambos sexos y los demás ciudadanos y ciudadanas que, de grado ó por fuerza, tienen trocadas las *horas,* y quién sueña todavía con el baile, quién con el juego, quién con la comedia ó novela que está escribiendo, quién con el robo, quién con la amorosa cita, quién con la orgía brutal de la noche anterior..., hasta que suenan las críticas *doce* y concluye la verdadera *mañana...*

Es el *mediodía,* aunque para estos últimos principie el día en aquel momento.

Es la hora del pasajero descanso, la hora de la tregua, la hora de...

Pero éstas son cosas que pertenecen ya á otro capítulo.

III.

EL MEDIODÍA Y LA TARDE.

Hemos dicho que las doce *suenan,* y ahora tenemos que añadir que en Madrid no son *oídas* sino por aquéllos que tienen péndula en su casa ó viven debajito del Ministerio de la Gobernación, de Palacio, de la Trinidad, de San Juan de Dios ó de cualquier otro edificio público. Muy al contrario, en provincias, del propio modo que ya *sonaron,* de nueve á diez, donde hay Catedral, las tres campanadas del *Credo,* con gran lucimiento de la campana gorda y dando ocasión á todos los fieles católicos para que, donde quiera que les pilla, recen el *símbolo de los Apóstoles...,* suenan también y son oídas las *doce,* y, además de las doce, las otras tres gordas campanadas que se llaman las *Ave-Marías,* que asi-

mismo reza piadosamente todo *pobre de espíritu,* como ya rezarían otras tres al *toque del alba* cuantos se hallasen despiertos, y como luego habrán de rezar las del *toque de oraciones...*

Y todo esto, ¿por qué?—¡Ah! Porque no se sabe fijamente á qué hora el arcángel San Gabriel anunció á María que concebiría por obra y gracia del Espíritu Santo.—Y ¿por qué lo otro? Quiero decir: ¿por qué termina la mañana al sonar las doce?—Porque en tal instante ha llegado el sol al respectivo meridiano (dado que no esté descompuesto el reloj que sirva de aviso); con lo que todos los jornaleros y peones sueltan las herramientas y se marchan á *comer,* mientras que los que viven á la francesa dicen al criado que les sirva el *almuerzo.*

Al llegar aquí reparo en que me he dejado atrás *las once,* dado que *las once* de que se trata representen una hora fija. Diré, pues, que *las once,* ó *tomar las once,* para las gentes que comían ó todavía comen el puchero al llegar el sol al cénit, es, genuinamente hablando, beberse con

una hora de anticipación el vino que luego se echa de menos en su comida... *¡El vino en la taberna!* ha dicho siempre toda *perfecta casada* á la antigua española, particularmente la andaluza, sin consentir que en la bendita mesa figure otro líquido que el agua clara, *regalo de Dios*... Para los canónigos, curiales y demás señores de provincias que comían (y aún siguen comiendo en muchos pueblos) á las dos de la tarde, la hora clásica de tomar *las once* es la una, con la circunstancia de que su vino es *de pulso,* quiero decir, añejo y más ó menos generoso, y va acompañado de un bizcochillo ó cosa tal... Y hay otras *once,* que se toman á las dos ó las tres, por la corrupción de los tiempos, ó sea por haberse almorzado *á las tantas* y no contar con caer sobre sopa hasta las cuatro; pero al fin acontece que, en fuerza de tardanzas y moratorias, estos piscolabis y trinquis vespertinos llegan á perder su denominación, y entonces usurpan la de *merienda,* en remembranza vergonzante de aquellas legítimas meriendas españolas que *se ha-*

cían á la puesta del sol (para mí todo esto es ya pretérito), y con las cuales se podía tirar hasta «las ánimas,» hora en que se servía la cena...

Pero volvamos al mediodía.

La misma diversidad y confusión que respecto de los almuerzos y de las comidas, existe respecto de la *siesta*. Muchos señores provincianos la duermen de doce á dos, antes de comer, y entonces se llama *la canóniga*. Indudablemente es la menos dañina, por cuanto se tiene el estómago desocupado, y estableciéronla los canónigos, como ya lo dice su nombre. Puede, sin embargo, ocurrir (yo no digo que ocurra) que algún Prebendado vuelva á dormirse en el coro de tres á cuatro, durante las Vísperas, especialmente en estos pícaros meses de estío. La gente obrera y labradora duerme también siesta desde Junio hasta Septiembre; pero es después de haber comido, y termina á las tres en punto, hora en que vuelve á sus faenas. Muchos seglares acomodados, y que por consiguiente comen más de lo preciso, la duermen, en fin, de tres

á seis, y se despiertan de muy mal humor, por no haber adelantado mucho en la digestión de los fideos, los garbanzos, las judías, el tocino, la carne, los tomates, los pimientos, las patatas, el revoltillo, el gazpacho, la fruta y el dulce que constituyen el ordinario banquete nacional en el verano...

Acerca de las carnívoras personas de Madrid que viven á la francesa ó á la inglesa y acaban de comer á las nueve ó diez de la noche, nada tenemos que revelar en punto á *siesta*... ¡Estos señores se lo duermen todo de un tirón antes de darse á luz por la mañana! Volvamos, pues, á nuestras provincias, y declaremos que pocas *horas* tan deliciosas pueden pasarse sobre la tierra como una siesta andaluza, de esas nocivas á la salud, y rayanas con la apoplejía, de tres á siete de la tarde, en una sala baja lindante con el patio; oyendo entre sueños el monótono susurro del caño de agua que vela mientras todos duermen; aspirando el aroma de las macetas de albahaca, adornos ó claveles, defendidos del sol por toldos y

cortinas; luchando con alguna mosca que burló vuestras precauciones y que os mantiene en cierto fantástico duerme-vela, ó sea entre la realidad de tan fresco y poético sitio y las orientales quimeras de la imaginación, poblada siempre de huríes en aquellas endiabladas zonas, cuando se es joven, como lo ha sido alguna vez todo el mundo... *Está aquí...* (dice el ensueño).—*No está aquí; que es la mosca; pero la veré á la noche...* (responde la vigilia).—*Me besa...* (murmura la ilusión).—*No me besa; que es la pícara mosca...* (contesta el discernimiento).—Y, entre tanto, suena allá, en la calle, en el mundo del sol de la canícula, algún grito de achicharrado vendedor de *agua helada* ó el enjaulado canario medio dormido tararea alguna trova de amor, hasta que el mundo despierta de su letargo, y descorren el toldo, y vuelven á formalizar su concierto las golondrinas, y corre el vientecillo de la tarde, y llegan el hermano ó el camarada, diciéndoos: *¡Arriba, perezoso!... ¡Vámonos á la viña, á la huerta ó á la era!... ¡Á la noche dormirás más!*

Saltemos otra vez de Madrid, y digamos algo de sus *tardes* de verano y de invierno, con perdón de los respetables lectores moratinianos que se hayan cansado de tanto viajar por el presente artículo, y echen de menos las unidades de acción, tiempo y lugar, que ya sólo se estilan dentro de la tumba...

Verdaderamente, en Madrid no hay verano para las personas de alto copete, supuesto que todas ellas y algunas sin copete ninguno se marchan á provincias ó á tierra extranjera, tan luego como aprieta el calor, y las restantes viven escondidas en los camarotes de su respectivo medio piso, con todos los balcones herméticamente cerrados, cuidando del botijo de agua fresca que constituye todas sus delicias, y defendiendo contra la polilla su equipaje de invierno, hasta que, cerca del obscurecer, se reunen en el Prado de San Jerónimo, donde continúan asfixiándose y aburriéndose, sin más recreo que ver alguna vez á tal ó cual amigo, también fastidiado, que les recuerda ó promete los placeres de la chimenea, del paletot, de

la capa, del abrigado Café lleno de humo, del caldeado Teatro Real, etc., etc.

Estos placeres del invierno de Madrid consisten, por la *tarde,* en dos cosas principalísimas: para los hombres ó caballeros, en hablar de política, ya sea en las Cortes, ya en los cafés, ya en los casinos, ya tomando el sol en los paseos públicos... (porque la política es todo ó el camino de todo en estos tiempos de régimen constitucional); y para las mujeres ó damas, en envidiar ó criticar las unas los vestidos y sombreros de las otras, ó sus carruajes y caballos, salvo el fugitivo momento que dedican á mirar al mozalbete favorito, cada vez que pasa por delante de ellas...—No negaré, empero, que, precisamente en los más crudos meses invernales, cuando hace buen tiempo, lo cual acontece largas temporadas, las tardes de paseo de Madrid son deleitosísimas, especialmente en el Buen Retiro, en la Fuente Castellana y en Atocha...—¡Qué cielo tan azul y diáfano! ¡Qué sol tan cariñoso! ¡Qué vista la del *Cerrillo de los Ángeles,* por ejemplo, desde el gran bal-

cón del Paseo de los Coches en el llamado Parque de Madrid! ¡Y qué madrileñas... no de mis pecados, sino de los vuestros, pues que vosotros estáis todavía en activo servicio! ¡qué madrileñas, siempre renovadas, ya por los afeites, ya por la reproducción ó sucesión natural! ¡qué madrileñas, digo, síntesis de las varias razas de la Península, y cruce, por consiguiente, de todas las hermosuras, discreciones y donaires en que es tan fecunda esta patria de eúskaros, godos, árabes y lemosines!

Por la inversa, nada más soso y aburrido que las *tardes* de invierno en provincias.—Desde que pasan las Ferias; desde que los veraneadores se reconcentran en Madrid ó en las grandes capitales, el tedio acampa en las ciudades de segundo ó tercer orden. Las *horas* parecen siglos; la incomunicación engendra la ictericia; toman el sol, de tres á cuatro, en distintos y solitarios andurriales, los hijos de aquellas sedentarias poblaciones, disgregados por intestinas guerras; la envidia, la impotencia y los rencores tradiciona-

les, cristalizados por el frío de la pereza y el desaliento, convierten la vida en páramo infernal, no ensoñado por el autor de *La Divina Comedia,* pero del cual hizo menudo análisis el autor de *La Comedia humana.*—Es, por tanto, un refrán de invierno aquél que aconseja á cuantos puedan disponer de sí propios: *Ó corte, ó cortijo.*

IV.

LA NOCHE.—LA VELADA.—EL SUEÑO.

Es de *noche.*

En Madrid, durante el invierno, comienza la gran vida; empieza el verdadero día social; principian las doradas *horas* en que el gas, el petróleo, la luz eléctrica ó la estearina hacen olvidar todos los decantados esplendores del sol.—Regresan á sus casas los que han sido paseantes en coche, á caballo ó á pie, así como los que han pasado la tarde en las Cortes, en la Bolsa, en el Bolsín, en las oficinas, en los escritorios particulares, en el *Velos-Club* ó en otros casinos más ó menos veloces...—Vístense por tercera vez las señoras (y aún se vestirán por cuarta, si es noche de baile); pónense el frac los caballeros, y, á cosa de las siete, acude á comer la mitad del personal co-

nocido á casa de la otra mitad. Es decir, que, en más de tres mil casas, la comida constituye una verdadera fiesta, casi un banquete, y hasta sin casi en muchísimas de ellas. La inimitable *conversación* de Madrid; esta conversación que, por su originalidad no buscada, por su variedad característica y por sus espontáneos primores, no tiene igual en el mundo y se deja cien leguas atrás la famosa *causserie* francesa, igual en todas las bocas, hija del calco y la imitación, árida como el egoísmo y llena de violentísimas paradojas; la conversación madrileña, repito, fluye entonces como un río de oro entre los comensales, y el chiste culto, el arranque de sentimiento, la inocente burla, el grito de verdadero entusiasmo, la ingeniosa agudeza, la genuína gracia, el donoso requiebro alegran ó conmueven á todos aquellos personajes de verdad, que realmente aman, creen, odian, sufren y opinan; que están dispuestos, no sólo á matarse, sino á morirse, en aras de los afectos que tan amena y festivamente dilucidan en sus chispeantes disputas...

De ocho y media á nueve, veinte ó treinta mil almas ocupan los teatros. El resto de la población de levita se disemina por cafés, casinos y tertulias, armándose en éstas los muchos millares de partidas de tresillo, de dominó ó de lotería en que olvidan los hombres todos los cuidados de la jornada, para no pensar más que en el valor de un naipe, en el palo de una ficha ó en el número de un boliche.

Estas *horas* de la *velada* madrileña, que se van como agua, aunque en realidad andan al mismo paso que todas, son también, en teatros ó tertulias, las del amor cortesano y las de la creación de la fama ó reputaciones.—Durante ellas, se reunen y se hablan, ó no se hablan y se miran, ó no se miran, pero se ven, los que con el tiempo han de ser mujer y marido. Entonces se juzgan los cuadros, las comedias, las batallas, los libros, los discursos, y se forman ó se deshacen las celebridades de la patria. Entonces la murmuración ó la alabanza dan ó quitan la honra... Entonces reciben el vano galar-

dón del aplauso ajeno, el dinero, el lujo, la elegancia, la querida costosa, la buena suerte en el desafío, la cartera (aunque sea inmerecida), el donativo (aunque proceda de dinero robado)... Entonces, para decirlo de una vez, hace sus balances y liquidaciones la sociedad, casi siempre con ligereza, error é injusticia.—Afortunadamente, además del tribunal público, existe el tribunal de la propia conciencia.

Á la *velada* de provincias llegan confusos ecos de la *velada* de Madrid, tergiversados más y más por falta de memoria ó de buena fe de tal ó cual viajero, ó por falta de entendimiento ó de caridad de tal ó cual periódico; con lo que la fama corre toda la nación, mudando continuamente de forma, como los acróbatas corren á caballo mudando continuamente de traje, y la llamada *gloria* es cosa fantástica y gratuita que no merecería grandes afanes, si no fuera acompañada, á veces, de *provecho*.—Pero siempre resulta, y es á lo que vamos en el presente artículo, que nada hay tan chistoso para un cortesano, cuando no se aburre, como

oir juzgar en una tertulia ó casino de provincias á los grandes hombres ó á las grandes mujeres de Madrid...—Recuerdo que en un cuento denominado *La Belleza ideal,* hablé ya de estas cosas...—¡Compradlo, y no lo habremos perdido todo!

Todavía, en pueblos subalternos, mucha gente comienza los quehaceres de la *velada* por ir al Rosario á la parroquia respectiva. Visítanse luego algunas comadres y hablan de los cuidados ajenos. Los novios formales entran en casa de sus suegros futuros, y, sentándose al brasero junto á la *niña boba,* señora de sus pensamientos (quien sabe más que todas las parisienses habidas y por haber), le habla al oído hasta la *hora de la queda,* mientras que el padre, la madre ó el hermano de la beldad dan cabezadas en el polo opuesto de la tarima, pidiendo á Dios que se case pronto el ya medio atontolinado pretendiente, y suspirando en el ínterin por que les deje aquella noche cenar y acostarse.

Resumiendo: la *velada* es la hora de la vida *ideal,* que no me atreveré á llamar

fingida, pues no considero mucho más real la de los afanes calificados de serios y positivos.—Quiero significar con esto, que, durante la velada, unos gastan las *horas* en el teatro, prestando suma atención á imaginarios lances inventados por embustero poeta; otros libran á los azares del juego, con mucha fe en la *judía,* la *contra-judía*, la *martingala* y otras cadenas de la suerte, la efectividad de su posición y de la de su familia; otros dedican largos discursos á la exposición de recetas políticas ó filosóficas con que labrar la dicha del género humano, sean cualesquiera las leyes naturales ó providenciales, y otros cifran en la posesión del cuerpo de su novia el talismán de la aventura de toda la vida...; por lo que hay algunos que prolongan la *velada* hasta el amanecer y pelan la pava y aun el pavo por la reja, hasta que el escudero de Marte da el grito de alarma...

Sigue la *danza de las horas,* aquella danza representada en un famoso cuadro por doce ninfas con alas de mariposa, que juegan al corro como unas devanaderas,

y llega, por fin, para todos, más tarde ó más temprano, la primera hora del *sueño,* que conduce al hombre á otra vida también ficticia...—Porque, una de dos: ó durmiendo *soñamos,* en cuyo caso vivimos en perpetua falsedad todo aquel tiempo, ó no soñamos, en cuyo caso no vivimos, sino que yacemos en muerte anticipada.—¡Ah! ¿qué es dormir con ensueños ó sin ellos? ¿qué es ese estado en que pasamos la tercera parte de la llamada existencia? ¿Difiere mucho de las otras dos terceras partes de nuestra vida? —¡Tal vez es una misma cosa! ¡tal vez se reduce todo á *matar* el tiempo, como lo mata, con cualquier distracción pueril, aquél que, á la mitad de penoso viaje, tiene que hacer alto en pobre ventorrillo!

Y, si no, decidme: ¿qué fuera la estancia sobre la tierra, sin esto que llamáis las *costumbres* y que yo he solido llamar *entretenimientos del ocio?* ¿Qué fuera la vida, sin las necesidades convencionales, arbitrarias y fútiles del lujo, de la erudición y de otras sandeces? ¿En qué emplearíamos las horas del destierro en este

planeta, ya demasiado conocido, si no hubiéramos inventado tantas prendas de ropa, tantas alhajas, tantas artes, tantas ciencias, tantas categorías, tantas condecoraciones, tantas ceremonias, tantos cumplidos y tantas palabras huecas?

Indudablemente, lo único grave y serio de la vida es la vida misma, ó sea el propio hecho de vivir; el hecho de éste nuestro incomprensible viaje; el hecho de encontrarnos de paso en el presente mundo, donde dijo Espronceda (y fué lo que mejor dijo):

«Que, siendo al alma la materia odiosa,
Aquí, para vivir en santa calma,
Ó sobra la materia, ó sobra el alma.»

Julio de 1884.

PROLOGO

Á LAS POESÍAS DEL GENERAL

ROS DE OLANO

I.

La celebridad literaria de Ros de Olano no tiene conexión próxima ni remota con las circunstancias (muy merecidas, pero al cabo externas) de ser Teniente General de los Ejércitos Nacionales, Conde de la Almina, Marqués de Guad-el-Jelú, Grande de España de primera clase, Senador vitalicio y diferentes cosas más de aquéllas que á otros próceres han solido valer cómodo asiento en nuestro Parnaso, no bien hicieron algún mimo á las patrias Musas.—Por el contrario: la índole esencialmente política de este poeta, lo mismo durante la primera guerra civil, que después como fino conspirador palaciego, que en 1854, como definidor y alma de la Unión

Liberal, que en todo tiempo como adalid parlamentario de largo alcance, lo han sujetado á perpetua contradicción de los partidos, avaros siempre de justicia, y mucho más de gracia, con los llamados hombres públicos.

Debería, pues, asegurarse que Ros de Olano, el familiar amigo de las Reinas Doña María Cristina y Doña Isabel II, uno de los *doce hombres de corazón* rebelados luego en Vicálvaro; el Director general de Infantería, que aleccionó en el Pardo á aquellos Cazadores de Madrid, terribles gimnastas, vulgarmente llamados *Monos sabios,* que tales travesuras hicieron en la contrarrevolución de 1856; el que dió su apellido al famoso chacó denominado *ros;* el Segundo del General O'Donnell en la Guerra de África; el apoderado del Vencedor de Alcolea durante aquel tremendo 29 de Septiembre de 1868, en que los revolucionarios madrileños se sobrepusieron á toda autoridad que no fuese la de D. Juan Prim, goza hoy de envidiable gloria literaria, *á pesar* de cuanto ha sido y hecho en su larga y fe-

cunda existencia militar y política, y meramente como resultado de sus primitivas cualidades poéticas.

Comenzó la popularidad de nuestro autor allá en los grandes tiempos del romanticismo, cuando el celebérrimo Espronceda lo eligió para prologuista del *Diablo Mundo.* Súpose entonces que aquel Comandante de Infantería, procedente de la Guardia Real, y D. Miguel de los Santos Álvarez, autor ya del renombrado poemita *María* y de la novela ingeniosísima *La protección de un sastre,* eran predilectos hermanos intelectuales del insigne cantor de *Teresa,* creador de *El Estudiante de Salamanca;* y juntos han atravesado sus nombres más de medio siglo, como identificados quedan siempre en el amor de los sectarios el glorioso maestro que muere y los camaradas y apóstoles que le sobreviven...

De D. Miguel de los Santos Álvarez los lectores recordarán que, catorce ó quince años después de la muerte de Espronceda, publicó una sentida y admirable continuación del *Diablo Mundo.*—Ros

de Olano tributa aquí, asimismo, cariñoso homenaje al malogrado genio, en el soneto titulado *Recordando el entierro de Espronceda,* donde dice:

«¡Cayó sin dar un ¡ay! en la primera
y última desventura de su vida!
¡Ya no asusta el cometa sin medida
que se apagó en mitad de la carrera!
Y en este llanto que moja mi severa,
rugosa faz en la vejez sumida,
es ya la última lágrima exprimida
de una fuente de amor que amor no espera.
¡Poeta del pesar!... De la clemente
tumba que de los vivos te separa,
rompe la losa con tu férrea mano...
Canta el *himno á la muerte* que inspirara
á tu virtud el infortunio humano,
y escupe al vulgo hipócrita en la cara.»

No estará de más que analicemos ahora un poco la índole de los *románticos,* por lo que respecta á sus amistades y á su gloria.—Lo he dicho en otra parte: estos innovadores literarios pudieron, lo mismo en España que en Francia, Alemania, etc., desconocer al sumo Dios; pero divinizaron á sus criaturas, con particularidad á las mujeres y á sí propios, alargándose también á incluir á los seres inani-

mados de la naturaleza, como el sol, la luna, las estrellas, el mar, y hasta los arroyuelos, en esta especie de panteísmo. Únicamente exceptuaban de semejante idolatría á los tenaces *clásicos,* como hoy se niega el agua y el fuego á los idealistas (ó espiritualistas) por los naturalistas (ó materialistas) de última moda. Mas, ellos entre ellos, los tales *románticos* se ensalzaban mutuamente con tanto exceso, que cuando, al cabo de pocos años, se hizo la paz entre ambas escuelas, tuvieron que esconderse en la penumbra de algún destinillo de poca monta varios de aquellos melenudos semidioses, avergonzados ya de su propia nombradía poética. Otros, en cambio, poseedores de verdadero genio, como el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Pastor Díaz, Hartzenbusch, etc. (observad que únicamente citamos á los muertos, á fin de que no se ofenda tal ó cual presuntuoso vivo, á quien por acaso dejáramos de mencionar entre los patriarcas de nuestra literatura) continuaron mostrándose dignos de su fama, no controvertida á la presente ni

tan siquiera por los que en 1842 eran todavía *clásicos* empedernidos.

Ros de Olano pertenece al número de los poetas románticos que subsisten por derecho propio en el aprecio de las Musas y en la admiración del pueblo español. Tiene hoy setenta y ocho años, y aún su noble lira es regocijo de los que le piden sus últimos acordes, como lo ha sido en todo tiempo, en medio de las continuas transformaciones del gusto; lo cual procede á todas luces de que, sin entender el *naturalismo* de la manera desaliñada y cruda que ahora suele preconizarse, no figura tampoco entre aquellos bienaventurados que únicamente conocen la *naturaleza escrita,* y sólo han visto amanecer y anochecer en los libros, cazado (supongo que ratones) en las bibliotecas, tratado pastoras en Belén ó en la Arcadia, y olido rosas y claveles en salamanquinos madrigales.—Ros se inspira directamente en los campos, en los verjeles y en los montes, en las personas de carne y hueso, en las costumbres reales y efectivas, como activo soldado, per-

petuo cazador, hombre de mundo, General, Ministro, viajero, galanteador y demás cosas que ha sido durante su peregrinación por este valle de lágrimas... y de risas.

Fúndase también la constante actualidad y fama de nuestro característico poeta, en la índole personalísima de sus versos. ¡Siempre es él! ¡Siempre resulta original y espontánea su forma! Y, del propio modo que *siente* por sí mismo y se abstiene de palabrear sensaciones ajenas, hace continua gala de un abstruso y peculiar estilo, que no se confunde con ningún otro.—En cuanto al género de sus composiciones, diremos, sin embargo, que muchas veces ostentan el realismo popular y terrible del pincel de Goya; otras la sangrienta ironía de Enrique Heine, y en más de una ocasión obscuridades y extravagancias que recuerdan al misterioso *Greco*. Su lenguaje, por lo general tan arcáico como el de Mariana ó Mendoza, hállase también plagado de voluntarios neologismos. Pero, en el fondo de cuanto dice, hay constantemente

fantasía grandiosa, sensibilidad delicada y una melancolía acerba y huraña, que llega al tedio del misántropo y del escéptico. ¡Hasta cuando ríe, nada hay más triste que Ros de Olano! Él y cuantos personajes nos retrata, chorrean sangre bajo los trazos de su pluma... ¡Él, sobre todo, infunde misericordia y lástima, cuando muestra las úlceras de su corazón; pues entonces parece, y acaso es, ascética negación del amor propio y víctima propiciatoria de su infortunado amor á los demás!

Bien claro nos lo dice en su soneto de la pág. 49:

.....

¡Fatal amor!... El corazón sin freno
triunfó del Hado... ¡mísera fortuna!
¡La Náyade de límpida laguna
fué Venus libre y me abismé en su seno!
Luego la ví en el féretro tendida,
pavorosa beldad de carne inerte,
astro apagado en luctuosa esfera...
Y ¡ay del deseo! Me atedió en la vida...
y amé el dolor con que me hirió su muerte,
¡vuelto al afán de mi ilusión primera!

II.

Puestos á copiar versos del inspirado vate, desistimos ya de discurrir acerca de ellos, y vamos á limitarnos á comprobar y justificar con citas cuanto dejamos dicho en su elogio.

Hemos hablado de *estudio directo* de la naturaleza, y el mismo General Ros acude á confesarlo en su famosa *Gallomagia,* cuando exclama humorísticamente:

Yo, para sacudir la pesadumbre
que el corazón del bueno despedaza,
trepé á caballo á la escarpada cumbre,
ó á pie en el monte fatigué la caza.
Ví nacer, ví morir del sol la lumbre,
solo en la soledad...; mas hoy rechaza
mi edad cansada fustigar caballos,
y para cazador me sobran callos.

De su constante amor al campo hablan también los cinco sonetos titulados *En la soledad*. Comienza el primero:

¡Santa naturaleza!... yo que un día,
prefiriendo mi daño á mi ventura,
dejé estos campos de feraz verdura
por la ciudad donde el placer hastía,
vuelvo á tí arrepentido, amada mía,
como quien de los brazos de la impura
vil publicana se desprende y jura
seguir el bien por la desierta vía.

En el segundo declara, con acentos propios de Fr. Luis de León:

Más precio en este valle y pobre aldea,
términos de mi vida peregrina,
despertar cuando el aura matutina
las copas de los árboles menea;
y, al volver de mi rústica tarea,
hora, en la tarde, cuando el sol declina,
mirar desde esta fuente cristalina
el humo de mi humilde chimenea,
que en la rodante máquina lanzado
cruzar como centella por los montes..., etc.

Alterna después soberanamente el canto del poeta con el de aquel ave, de quien dice en el tercer soneto:

Hay junto á la ventana de mi estancia
un laurel, de la sombra protegido,
en donde guarda un ruiseñor su nido,
apenas de mi mano á la distancia...

Y considerando, en fin, á Carlos V en Juste, escribe con severa melancolía:

Suele el que nace humilde en las cabañas
dejar su techo y olvidar su egido,
por el lucro del mar embravecido,
por el sangriento lauro en las campañas.
Mas al recto varón que honró su historia
sin codiciar fortuna envilecida,
ni envidiar de los Césares la gloria,
un apartado albergue le convida
á esperar sin tormento en la memoria
la breve muerte de su larga vida.

Prescindo aquí del conocidísimo soneto *El Simoún,* que encierra toda la triste poesía de los desiertos; paso también sobre el titulado *Progresión,* donde, siguiendo el curso del río Tajo, establece nuestro ilustre amigo esta gradación magistral:

Miradle de Aranjuez en los verjeles·
vedle desde la Cántara extremeña;
contempladle al llegar al Oceano...-

y llego al pie del *Cedro Deodara,* que se levantaba hace pocos días en la Plaza de las Cortes, y que fué arrancado de cuajo por el espantoso huracán de 12 de Mayo último. Muchísimas tardes, durante los años de su ancianidad, se ha visto al Ge-

neral Ros de Olano sentado bajo aquel arrogantísimo árbol extranjero, que le ha precedido en la muerte; y allí, recordando los tiempos del Madrid primitivo, aquellos tiempos en que la actual Carrera de San Jerónimo era un paraje montaraz poblado de caza, exclamaba inspiradamente:

¿En dónde estoy?—Un tiempo más remoto,
desde el inculto monte á la llanura
y del estrecho valle á las colinas,
el ágil gamo y la velluda fiera,
so el pabellón de próvidas encinas,
pacieron en la rústica pradera
que aquí ignorada de los hombres era.
Y tranquilos y en paz aquí vivieron,
sin que del cazador les acosara
ni venablo, ni jara,
ni alevoso arcabuz... Que nunca vieron
suelta de los lebreles la traílla
en *demanda* feroz ó á la carrera,
ni el aullido tenaz de su garganta
y el noble son de venatoria trompa
dentro del bosque plácido advirtieron
al jabalí ó á mansa cervatilla
el repentino trance en que murieron
traspasados del plomo ó la cuchilla.

¡Qué tonos! ¡Qué propiedad y energía en las palabras! ¡Cómo se ve al cazador

experimentado, dueño de todos los misterios de la Naturaleza!

Después, encarándose con el *Cedro,* le dirige esta melancólica despedida:

¡Noble Cedro doliente,
cautivo en suelo hispano;
gárrulo adorno de jardín urbano,
que no olvidas tu Reino del Oriente!
Falto de amor y del nativo ambiente,
con unas ramas tiendes alto vuelo
de aspiración divina,
misericordia demandando al cielo,
y otras abates al humilde suelo,
á do la muerte pálida te inclina...
—Pero no estarás solo, triste amigo,
en tal tribulación, mientras aliente
mi ancianidad, de tu dolor testigo...—
¡Todos los días que de vida cuente
vendré á la tarde á conversar contigo!

Pero donde más luce el Marqués de Guad-el-Jelú su conocimiento de las costumbres del campo y de los fenómenos naturales, es en la especie de poema titulado *Lenguaje de las Estaciones,* bien describa los sombríos cuadros del Invierno en el Monte ó en el Hogar, bien copie las galas de la Primavera, las asoladoras tempestades del Verano ó los fantásticos

celajes del Otoño.—Pasemos ligera revista á esta gran composición pastoral, sin argumento expreso y terminante, en que Ros prescinde de la formalidad clásica, un tanto monótona, de las *Cuatro Estaciones* de Pope, Tompson y Gessner, y se entrega á su romántica libertad, aunque tratando el asunto más á fondo que Alfredo de Musset en sus conocidas *Noches de Mayo, Agosto, Octubre y Diciembre.*

En pleno Invierno, un cazador (el mismísimo poeta, sin duda alguna), distingue en el monte á varios soldados, y grítales desenfadadamente:

¡Ah de la tropa que marcha,
en día tan borrascoso,
el hielo y el sudor juntos
en los azotados rostros!...
Lleváis perdida la senda...

Habla luego pintorescamente con aquellos soldados, y después con los propios malhechores á quienes persiguen, y tropieza al fin con una mujer que lleva en brazos dos niños

más desnudos que andrajosos;
mujer, cuyo llanto acusa

ser madre, mientras que el rostro
y los arrugados pechos
y los cabellos canosos

parecen ya de inútil anciana, la cual, al pedirle limosna, le habla en estos sentidísimos términos:

«¡Los hijos en las entrañas
»de la madre pesan poco!
»Como los parí desnudos,
»con mi cuerpo los arropo,
»pues á cubrirnos no bastan
»los harapos que recojo.—
»Hemos de andar el camino,
»y, aunque los alterno y pongo,
»á veces en mis caderas,
»á veces sobre mis lomos,
»nos rinden en la jornada
»el sol, la nieve ó el lodo.—
»Pocos dolores de madre
»sintió la que pare sólo...»

Hasta aquí el Invierno en el Monte: copiemos ahora algo del Invierno en el Hogar.

Hay en él un discurso en romance, dirigido por cierto caballero (supongo que también Ros de Olano) á una joven (hermana suya, por lo visto), en el cual abundan bellezas de primer orden...—Después

de hablarle piadosamente de sus difuntos padres, describe así el campesino Señor la rueca y el huso con que ella está hilando:

. . . . . .
Y la rueca, con sus flores
de siempreviva al extremo,
y el huso de plata fina,
con la inicial de su dueño;
ese infatigable huso
que tus delicados dedos,
tras levísimo chasquido,
lanzan con ágil gracejo,
y ese copo bien peinado
del lino de nuestro huerto,
que vas desatando en hebras
de finísimo cabello;
la rueca, el huso y el lino
son que allá en mejores tiempos,
al compás de las canciones
del ángel que guarda el sueño,
sirvieron á nuestra madre,
al arrimo de este fuego,
para hilar blancas madejas
de que luego se tejieron
las sábanas de tu cuna
y las de mi breve lecho.—

¡Qué delicadeza y exactitud de expresión! ¡Qué *levísimo chasquido* y qué *ágil gracejo!*—¡Parece que se ve hilar á una reina!

Este mismo discurso cambia luego de tono, y llega á competir con la famosa *Cena* de Baltasar de Alcázar.—No lo copio, por ser demasiado largo. Fijaos en él, y veréis primores de pensamiento y de dicción.

De la parte que se titula *En la Primavera*, tomaré algunos trozos que nada tienen que envidiar á las mejores poesías bucólicas de los siglos paganos.—Dice así el General Ros:

Ungida en blando rocío
despierta amorosa el alba,
tímida beldad que en sueños
su amante el Sol busca y llama.
Claros sus ojos azules
de luminosas pestañas,
al beber luz en los cielos,
la luz al suelo derraman.
Salúdala el Santuario
con la voz de la campana,
mientras le dice sus himnos
en los aires la calandria;
y al influjo cariñoso
de su espléndida mirada,
se esponja de amor la tierra,
la vida ríe en las plantas.
Ancha clámide de nieve
desprenden de sus espaldas

los cerros, al anunciarse
de Abril la augusta mañana;
y de las cumbres desciende
libre, saltadora el agua,
en elegantes, revueltas
cintas de cristal y plata.

.....

El labrador que abrió el surco,
y de sus trojes preciadas
arrojó fértil semilla
con mano atrevida y franca,
cela la espiga naciente
sobre campos de esmeralda,
mientras que, libres del yugo,
los tardos bueyes descansan.

Pero aún más admirable que todo esto es la descripción del *celo* de los toros y del ganado cabrío.—Escuchad á nuestro Teócrito, al insigne español enamorado de la realidad dentro de las convenciones del Arte:

Muge la esbelta novilla
desde el otero á distancia;
primer celo en que se enciende
al pacer la verde grama...
Suma de gala y de fuerza,
monstruo de fiereza y gracia;
el toro al clamor amante
la frente adusta levanta...
Por más saciar el olfato

las ondas fosas dilata:
enhiestas las finas puntas,
rueda la hirviente mirada;
juega la flexible cola
con ondulantes lazadas;
y, azotándose los flancos,
cual con serpiente irritada,
rayo que en trueno responde,
pronto al imán que le llama,
rápido como el relámpago,
parte, arrolla, triunfa ó mata.

.....
.....

En tanto, un eco distante,
que el viento interrumpe á ráfagas,
trae y lleva los acordes
de la primitiva flauta...
Son los de la edad de oro
trinos de la flauta pánica,
recreación de pastores,
mientras pacen sus manadas
y vense en libre careo
correr del monte á la falda
menudas, ágiles, limpias,
de vario color pintadas,
generación de Amaltea,
las mil esparcidas cabras...
Y, en medio al vario conjunto,
señor entre sus esclavas,
celoso barbón hirsuto,
de corona esparramada,
y olor genial, que denuncia
á los machos de su raza;

dispensador de favores,
dejando va por do marcha
vapor de naturaleza,
dulce á sus hembras ingrávidas.

En el romance que va impreso á continuación del de *La Mañana,* y que se titula *La Golondrina,* no hay cosa que omitir ni nada que preferir como mejor.—Leedlo íntegro en su correspondiente lugar (pág. 176), y conoceréis la infinita dulzura replegada en el fondo del alma de este amarguísimo poeta.

De la descripción del *Verano,* no nos permiten ya las dimensiones del presente Prólogo copiar otra cosa que un fragmento del magnífico romance titulado *La tempestad,* donde el poeta dice:

Y entonces fué cuando vino,
derramándose á torrentes,
copiosa lluvia; y en olas
despeñadas que al mar tienden,
iban las aves ahogadas,
é iban nadando las reses.
Á la mar iban los árboles,
con sus frutos aún pendientes...
Del labrador afanoso
los codiciados enseres
iban; y, á la par con ellos,

haces de acopiadas mieses,
y, arrancados de su base,
restos de pobres albergues...

Por último, citaremos de la pintura del *Otoño* aquel hermosísimo comienzo de la descripción de las nubes:

¡Breve tarde! En mar de púrpura
tórnase el azul velado
del horizonte, tendido
más allá del Oceano:
piélago es de luz inmensa,
do mis ojos beben ávidos
torrentes de llama viva;
piélago en que ven flotando
seculares monumentos,
arquitectura de encantos;
fortalezas y ciudades,
alcázares, templos, arcos,
pirámides, tiendas bíblicas,
misteriosos tabernáculos...
Y en las llanuras espléndidas
de aquel celaje fantástico,
hay peleas encendidas
de hombres y monstruos bizarros.
fieras, enanos, gigantes,
escuadrones de centauros
y carrozas con cuadrigas
de flamígeros penachos.

Indicamos también, más atrás, que la pluma de Ros de Olano llega á veces al

popular y terrible realismo del *pincel* de Goya, y aun debimos añadir que muy especialmente recuerda el *lápiz* con que el buen D. Francisco dibujó sus célebres cartones.—En comprobación de ello, léase toda la poesía concerniente á cierta graciosa *Gitanilla* (esbelta como las clásicas *Bailarinas* de Pompeya), que en la pág. 76 nos dice por boca del antiguo romántico:

. . . . . .
Hablan como cotorras
mis castañuelas...
Alzo el pandero;
me remonto en el aire,
y allí me cierno.

Igualmente son del estilo de Goya: la *Figura tomada del natural;* la poesía denominada *Sobre el banco* (este banco es el del patíbulo); la que lleva por nombre *El Penado;* la *Anacreóntica de nuestros días,* cuyo héroe es un viejo gaitero de Galicia, y, sobre todo, el festivo entierro del niño de una gitana (véase *Angelitos al Cielo,* pág. 97), donde, al regresar el alegre cortejo fúnebre, trayendo vacía

la cuna que acaba de hacer las veces de ataúd, el poeta se inmuta de pronto y traza la siguiente épica figura:

Águila de anchos ojos,
ávidos, fijos,
cuando llega y se lanza
sobre su nido;
leona enferma,
cuyo rostro tapaban
ásperas greñas;

la deshijada madre
del angelico,
de aquella pobre cuna
miró el vacío...—
Todos bailaban...
¡Y ella sola vertía
mares de lágrimas!

Tal vez habréis recordado, en la anterior enumeración de poesías del Marqués de Guad-el-Jelú, que el mismo Espronceda había tenido apego á los asuntos patibularios y á los pordioseros, manolos, gitanos y demás seres de ínfima clase; lo cual demuestra únicamente que el laureado cantor de *El Diablo Mundo, El Verdugo, El Mendigo, El Reo de muerte,* etc., era también, á fuer de ro-

mántico, adorador del inspiradísimo Goya; del pintor sin modelos ni precedentes académicos; del autor de escenas populares, ya festivas como las borracheras en el Canal, ya espantosas como los fusilamientos del Dos de Mayo; del que pintó, en fin, las níveas carnes de sus chulas ó de sus reinas con tanto vigor, intensidad y finura como Ticiano pudo emplear en sus mejores Venus.

La tradición infernal *Por pelar la Pava* (pág. 117) es asimismo del género de Goya, quien precisamente la tomó para argumento de su *Serenata*. Hay allí un sacerdote y un monaguillo que llevan el Viático por las obscuras calles de Sevilla, unos cantaores de saetas, una pícara bruja, y, sobre todo, tal chispa y gracejo para referir el célebre estallido de los dos cadáveres, que todo ello parece más bien dibujado por el D. Ramón de la Cruz de nuestros pintores que por la pluma de un vate byroniano.

Para justificar mi otra comparación de Ros con Enrique Heine, sólo necesito pedir que se lean los sonetos *El hombre*

ante Dios y *Fatalidad*, las estancias tituladas *Sueño*, la composición *Entre el cielo y la tierra,* las *Playeras,* y, muy especialmente, la desgarradora poesía *Sin el hijo,* donde un niño calenturiento muere hablando de cierto pajarito fantástico, representación de los deseos imposibles de esta vida.

Permítaseme copiarla.

Era la madre de un niño,
de un niño que deliraba:
eran sus ojos dos fuentes,
y los del hijo dos llamas.

—No rías, hijo, no rías,
¡que me partes las entrañas!...
¡llora para que se enjuguen,
al verte llorar, mis lágrimas!...

—«Aquel pajarito, madre,
»que tiene el pico de plata,
»el cuerpo de azul de cielo
»y de oro fino las alas...»

Callo el niño, y quedó quieto,
las pupilas apagadas,
como quedan en el nido
polluelos que el cierzo mata.

Y, dudando si dormía,
viendo que ya no lloraba,
besó la madre la boca
de un cuerpecito sin alma.

Desde entonces, cuando trinan
las aves en la alborada,
mientras que cantar las oye,
ella ríe, llora y canta:

«Aquel pajarito, madre,
»que tiene el pico de plata,
»el cuerpo de azul de cielo
»y de oro fino las alas...»

También parecen de Enrique Heine los siguientes versos que nuestro poeta (nacido en Caracas y recriado en Cataluña) escribe mirando las rotas nubes, después de la *Tempestad de Verano,* cuando imagina hallar en aquellas móviles y cambiantes figuras las visiones de su pasada historia.

Reconoce primero á su Padre y á su Madre, y luego cree ver un grupo de niños, á los cuales pregunta:

¿Quiénes sois, niños benditos?
Conoceros me parece...

Y los niños responden con ferocidad, largo tiempo disimulada y reprimida:

—Éramos amigos tuyos,
cuando niños inocentes...
Éramos tus condiscípulos
de la vida en los dinteles.—
Tus iguales nos juzgamos
en la edad adolescente;
¡y, si hoy favor te pedimos,
que, aceptado, nos ofende,
somos los que te abrazaban
para herirte y esconderse!...
¡Dejamos por nuestra prosa
de la fama los laureles,
virtudes que no nos caben,
ideas que nos exceden!...

Aunque muy amargado por aquella saña de las medianías, el poeta replica con indulgencia:

—¡Pasad, pasad, mis amigos...
La confesión os releve:
mi voluntad os disculpa
y la experiencia os absuelve!

Es menester haber leído las *Memorias* del judío Heine, á quien también *hirieron* muchos cuando muchacho, para graduar la pena con que se recuerdan estas

agresiones desde el pináculo de la gloria ó de la fortuna.

Fingen en seguida las nubes el contorno de cierta beldad, y el visionario exclama con horror:

¡Aparta, mujer hermosa!
¡Por donde viniste, vete!
¡Esconde aquesos collares,
arracadas y alfileres
con que adorné tu belleza
y prendí tu pecho aleve!
¡Aparta, mujer traidora,
que aun tus caricias me oferden!

En cambio, dice á continuación con la dulzura infinita de Dante cuando encuentra á Beatriz:

¿Quién eres tú que muy lejos,
tan lejos te me apareces,
que ya mis cansados ojos
dudan en reconocerte?
—Tu *primer amor* me llamo.
—¡Tu memoria me enternece!
Fuiste el ideal del alma,
la santidad de mis preces,
la diosa de mis sentidos,
la mujer hermosa y débil
que amor me brindó en la vida
y amor me brindó en la muerte.

Por término de aquellas visiones, aparécesele una á quien pregunta:

¡Oh, tú, el último en la hilera,
de tanto dolor el héroe!
¡De tí sólo ví un reflejo,
como mi sombra otras veces!
Fantasma, visión, que enseñas
la risa, y lágrimas bebes,
¿por qué escribes con la punta
del corazón y te dueles?—
Apenas ya te recuerdo...
Dime, por piedad, ¿quién eres?
—*Yo soy tú.*
—¡Maldita seas,
fascinación de mi mente!

Con esta imprecación ponemos fin á las citas de los innumerables rasgos en que nuestro autor recuerda al gran poeta alemán que se retrató en el *Libro de Lázaro.*

Acerca de sus frecuentes puntos de contacto con el singularísimo pintor Domenico Teotocopuli, generalmente denominado *El Greco,* llamaré la atención sobre el canto épico *La Gallomagia,* donde, á vueltas de felices recuerdos de *La Gatomaquia* y de *La Mosquea,* abundan rarezas y reconditeces que también ca-

racterizan la figura del *hidalgo,* en el *Lenguaje de las estaciones,* y que cubren de tintas grises y confusas las poesías intituladas *Sueño, Balada*, *En la orilla del mar, Nada más, La abuela viuda y la nieta huérfana,* y alguna otra...

Él las entiende, y nosotros también... Pero difícilmente las entenderán los que no sean antiguos y familiares amigos del taciturno Marqués de Guad-el-Jelú, como tampoco entendieron las lóbregas profundidades de *El doctor Lañuela;* de la *Historia verdadera ó cuento estrambótico, que da lo mismo, de Maese Cornelio Tácito;* del *Origen del apellido de los Palomino de Pan-Corvo,* y de otras obras en prosa que ha dado á luz.—Á la verdad, todavía no se sabe si él quiere ó no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende, y que se enoja con los que se dan por entendidos. Hay, pues, que oir y callar, ó que demostrar por señas, no con explicaciones, que aquellas excentricidades tienen muchísima substancia, como es indudable que

la tienen...—Y lo propio ocurre, y ha ocurrido desde que el mundo es mundo, con todos los poetas y novelistas sinceramente autobiográficos.

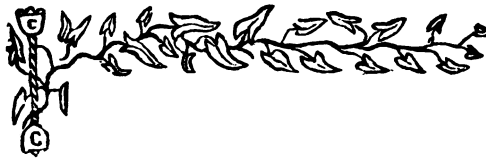
De la obra dramática *Galatea,* con que termina el tomo, sólo diré que puede considerarse *original,* aunque esté inspirada en argumento francés, por cuanto comprende un acto más y algunos personajes nuevos y hállase toda versificada libremente por el General Ros. Débese, pues, á su pluma el legítimo sabor clásico de caracteres, diálogos y descripciones, tanto más de apreciar cuanto que todo aquel helenismo de buena ley procede de la imaginación de un vate romántico.

Y con esto ponemos fin á nuestro voluntario estudio crítico, por ninguna manera fundado en presunciones pedagógicas, sino fruto del verdadero amor y extraordinaria admiración que hace ya treinta años profesamos al que fué nuestro General y segundo padre en la gloriosa Guerra de África.

MADRID 19 de Junio de 1885.

LA FUERZA FÍSICA

LA FUERZA SOCIAL Y LA FUERZA MORAL



La única *verdadera* dicha de los ricos, es poder dar limosna á los pobres. En todo lo restante puede haber pobres mucho más venturosos que los ricos.

P. A. DE ALARCÓN.

Qué mudable y perecedero es el mundo *físico,* en cuanto se relaciona con el hombre!—Un poco vapor subterráneo basta para destruir instantáneamente todo el escenario de su vida. Derrúmbase la antigua y célebre ciudad; desaparece el altivo monte; álzase encrespada la llanura; tuercen su curso ríos y torrentes; abren pavorosas fauces nuevos tajos y abismos; transfórmase, en suma, la faz de la tierra, y quedan en un momento como borradas y desmentidas la Geografía y la Historia.

No menos sujetas á mudanza hállanse

las leyes ó convenciones del mundo *social.*—Apenas la Naturaleza alza su poderosa voz, que solemos imaginar apagada, el espectáculo de accidental cataclismo recuerda á los más soberbios su pequeñez, y cambian en el acto las condiciones habituales de nuestra existencia colectiva. El rico y el dichoso desprecian su propia felicidad, y se apresuran reverentes á compartir las privaciones y el dolor de los desheredados y olvidados de ayer: la majestad de la miseria recobra su santa jerarquía: de las opulentas capitales acuden á las aldeas más míseras é ignoradas, diputaciones heróicas y benéficas, en busca de la altísima honra de abrazar y socorrer al caído, llamándole «hermano:» los últimos son los primeros (como anunció el divino *Mártir de la fraternidad),* y los primeros se afanan por ser los últimos: baja el Rey de su trono, y—¡ya lo habéis visto!—arrostrando las mayores inclemencias de los elementos, con un valor y una piedad que inmortalizarán el nombre de quien ha sabido dar ejemplo tan insigne, peregrina un día y

otro, entre la nieve y la ventisca, muchas veces á pie, sobre una tierra grieteada y convulsa, ansioso de visitar entre los escombros de hundidas ciudades, villas y cabañas, á sus más pobres súbditos, á los más infelices, á los más desgraciados; y, en fin (viniendo á la presente hora, que ya es de relativa consolación, gracias á tanto misericordioso esfuerzo), aquí, en este palacio de insignes próceres, en esta casa de Fernán-Núñez, donde la galantería, el arte y la opulencia brindaron siempre suntuosos festejos á todo lo noble, elegante y distinguido de la Villa y Corte de Madrid, vemos en esta noche memorable de qué modo y forma las más bellas é ilustres patricias, convertidas en humildes tenderas ó en vendedoras ambulantes, os piden como señalada merced que compréis... por *algo más* de su precio, tal ó cual mercancía (verbi-gracia, este número extraordinario de caritativo periódico), á fin de allegar nuevos auxilios para las víctimas de los terremotos de Granada y Málaga...

Milagros son los referidos que demues-

tran la infinita energía de la *Caridad,* fuerza natural é incontrastable del corazón del hombre, verdadera ley eterna, divina, providencial, por cuanto contiene arbitrios, consuelos, esperanzas y hasta alegrías para todos los dolores y desventuras del «Valle de Lágrimas.»

¡Ah! no lo dudemos... Si el continuo afán de gobernantes y gobernados fuera emular (como hoy acontece en España) en el ejercicio de tan eficaz y santa virtud; si el amor al prójimo, la abnegación fraternal, el sacrificio, la limosna, constituyeran incesantemente el principal empeño de cada hombre, de cada pueblo, de cada jefe de Estado, todos los problemas sociales quedarían resueltos, y las desdichas y miserias remediables de la familia humana, muy lejos de ser padrón de ignominia y tremenda amenaza para la llamada *civilización,* serían inextinguible venero de felicidad, paz y dulzura para los afligidos y para los bienhechores.

BALANCE.... Á POSTERIORI.

Cualquier hazaña bélica medianamente renombrada en las historias por lo sangrienta y decisiva (como el bombardeo y destrucción de una plaza fuerte, la entrada á sangre y fuego en sitiada ciudad, una batalla final de guerra sin cuartel, etc., etc.), costó de seguro más vidas, más estragos, más lágrimas y más oro que el temblor de tierra de 25 de Diciembre último; y sin embargo, ninguna de aquellas ferocidades guerreras, celebradas con jubilosas aclamaciones y con repique de campanas en todos los pueblos favorables al héroe, produjo casi nunca otro resultado que vengar rencores, alegrar fanatismos, satisfacer ambiciones políticas ó personales y empeorar por ende la naturaleza y sentimientos de vencedores y vencidos.

Comparadas, en cambio, todas las pérdidas y calamidades de Alhama, Albuñuelas, Arenas del Rey, etc., donde el

mal no ha sido efecto del *crimen,* con los tesoros morales que han producido sus espantosas desventuras, ó sea con tantos y tan sublimes rasgos de piedad, de heroísmo, de abnegación, de agradecimiento y de amor al prójimo, como hemos visto realizarse estos días, y con la bendita sumisión de ricos y pobres á misteriosas leyes eternas, independientes de la voluntad y superiores al juicio de los mortales, nadie negará que en el presente caso han salido muy gananciosos los intereses supremos y permanentes de la humanidad, la causa del bien, la dignidad y grandeza de nuestra especie, los únicos elementos de verdadera felicidad que hay en el mundo.

Este balance podrá no servir de ningún consuelo á las víctimas que aún alientan... Es natural. Pero consolará y animará de fijo á sus infatigables bienhechores, calmando la generosa angustia con que deploran no hallar completo remedio á tanta desolación é infortunio.

29 de Enero de 1885.

DON GREGORIO CRUZADA

VILLAAMIL

I.

NADIE que haya conocido á éste por tantas razones insigne personaje, cuya muerte ha causado en Madrid duelo tan espontáneo y general, dejará de conocer también á su más íntimo amigo de la vida privada, y constante secretario de la vida pública; al Sr. Don Francisco de P. Vázquez, autor de la primera de las cartas que publicamos á continuación.

Hermano del ilustre músico D. Mariano Vázquez, entró casi niño en el trato y confianza de Cruzada, quien era apasionadísimo del célebre Director de la So-

ciedad de Conciertos; y como, por otra parte, el joven que nos ocupa tenía emprendida la carrera de Telégrafos, hubo nueva razón y motivo para que, andando los años, su vida oficial corriese, del propio modo que la privada, por el mismo cauce que la del malogrado Director general de Correos y Telégrafos.

El Sr. D. Francisco de P. Vázquez ha sido, pues, quien nos ha proporcionado el trabajo necrológico que más abajo tenemos el honor de dar á luz. Tan luego como se enteró de nuestro deseo, escribió al eminente literato y académico Sr. Don Pedro Antonio de Alarcón, pidiéndole redactase la biografía del camarada de su juventud á quien tantos otros renombrados patricios lloran hoy; y nosotros, al leer la sentida carta de Vázquez y la admirable respuesta del autor de *El Sombrero de tres picos*, hemos creído que con ellas quedaba perfectamente hecha la característica semblanza que deseábamos publicar de D. Gregorio Cruzada Villaamil, del gran apasionado de las glorias españolas, autor de los libros

Los Tapices de Goya, Rubens y *Velázquez* (éste inédito).

He aquí, pues, ambas epístolas, fruto de la más recta justicia y envidiable amistad.

La Redacción.

II.

EXCMO. SR. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Mi muy querido amigo: Abrumado por el dolor, y alegándolo precisamente, á falta de otros títulos, como excusa de mi atrevimiento, escribo á V. estas líneas para manifestarle que *La Ilustración Española y Americana* desea publicar cuanto antes el retrato y la semblanza de nuestro Gregorio, habiéndome honrado con la misión de proporcionarle la mejor fotografía y el correspondiente artículo biográfico.

Sé lo muy atareado que está V. siempre y la apurada situación en que le voy á colocar con la presente carta; pero sé también que V. amaba entrañablemente al segundo padre que he perdido; sé que nos quiere muy de veras á sus paisanos y amigos los Vázquez, y sé, en fin, que

no me expongo á recibir una negativa, si yo le pido, en unión de mis hermanos y con toda la efusión de nuestra pena, que dedique algunos rasgos de su privilegiada pluma á retratar moralmente á aquél su inseparable compañero de la juventud, que tanto le estimó y quiso toda la vida.

Nadie como V. puede hacer esta pintura del Gregorio Cruzada, que desde la niñez fué tan extremado amante de las artes y de las letras patrias; entre otras razones, porque, habiendo muerto ó estando ausentes casi todos los demás literatos que vivieron hace veinticinco ó treinta años en la verdadera intimidad y fraternal confianza del antiguo fundador de *El Arte en España,* V. es el único que sabe hoy en Madrid, á fondo y con sus pormenores, la historia de aquella *Sala de armas,* de aquellos *Bustos de españoles célebres,* y de aquellos *Tes literarios,* que llenaron la vida de Gregorio antes de mi venida á la corte, puesto que V. y él se completaban: él era en unas cosas la iniciativa y V. la ejecución, y en otras

V. disponía y él ejecutaba; ambos eran el entusiasmo personificado, y de tal modo se entendieron siempre, que en muchas ocasiones le oí decir: «*Perico* (así solía nombrarle) *es uno de los pocos hombres de voluntad eficaz que hay entre nosotros.*»

Y ahora, no en son de lisonja, que á V. no le hacen falta mis aplausos, sino como recuerdo de esa misma identificación de V. con mi protector y amigo, y como estímulo para que acometa el dulce empeño que le propongo de sacarlo de la tumba y volver á presentárnoslo tal como era en aquellos tiempos de la plenitud de su carácter y de sus ilusiones, ocúrreme citar aquí algunos versos que Gregorio sabía de memoria, y que yo aprendí de sus propios labios. Son trozos de una *epístola* que le dirigió V. desde la Montaña de Santander el año 1858, cuando él, por su parte, hacía la primera visita á nuestra hermosa Granada y yo tuve la felicidad de conocer al que hoy me ha dejado.

Decíale V., á continuación de haber descrito la Vega de Pas:

Verte me finjo del Imperio moro
La historia descifrar, que sus rūinas
Guardan en letras de carmín y oro...
¡Aún de Alepo y Damasco peregrinas
Llegan las bendiciones del Profeta,
En alas de las fieles golondrinas!
¡Aún oirás, en tus sueños de poeta,
De Boabdil el patético suspiro
Resonar en las cumbres del Veleta!...
.....
Que así en los brazos de la Madre Historia
Ó de Natura en el regazo amante,
Sin esperanza tú, yo sin memoria,
Solos y ajenos al presente instante
Corremos lo futuro y lo pasado,
Tú mirando hacia atrás, yo hacia adelante.

Explicábame mi amigo y jefe que esto último se refería á la circunstancia de que en aquel entonces él era más retrógrado y V. más avanzado en ideas políticas de lo que ambos llegaron á ser al cabo de pocos meses, ó sea cuando estalló la guerra de África; fecha crítica y solemne en que se hallaron Vds. de pronto reunidos é identificados dentro de aquella Unión Liberal que presidió el memorable General O'Donnell.

Pero V., en 1858, no entrevefa sin duda la gloriosísima batalla de Tetuán, y por

eso exclamaba con noble furia, hablando de los marroquíes, de Gibraltar y de otros pueblos que á la sazón nos insultaban y provocaban impunemente:

¿Será que siempre nos aguarden fieros,
Sin que salten ¡oh Dios! á la venganza
Trémulos de la vaina los aceros?
¡Creyendo voy que sí, y aun se me alcanza
Que somos unos sabios, pues vivimos
Yo sin memoria, tú sin esperanza!
También nosotros nuestro tiempo hubimos
De falaz ilusión... (¿quién dijo miedo?)
¡Y acaso el mundo estremecer quisimos!
¡Con qué afición y militar denuedo
El manejo aprendimos y los trances
De las viejas espadas de Toledo!
¡Cuántos soñados y posibles lances!
¡Cuántos héroes trocados en molinos!
¡Qué ocasión de epopeyas y romances!

Necesario es haber conocido al intrépido tirador de armas Cruzada Villaamil, y tener idea de su carácter soñador y de su patriótico espíritu, para comprender el efecto que le harían estos amargos y generosos versos. Muchas veces aseguró en mi presencia que aquella alusión á Don Quijote, contenida en el verso de *los héroes trocados en molinos,* era el resu-

men de su propia historia, tan distante siempre de las primitivas aspiraciones al llegar los prosáicos resultados finales.

Pero aún he de copiar otro fragmento de la humorística y sangrienta epístola de V. — Desesperando con exagerada presteza de que volviesen para la patria los días de gloria que muy luego la rehabilitaron en ambos mundos, escribía V. donosamente, al final, los tercetos siguientes, que con tanta satisfacción leyó por primera vez en mi propia casa de las orillas del Darro, siendo yo mozo imberbe, el ilustrado madrileño á quien iban dirigidos:

¡Tú en Granada feliz! Ahí su estandarte
Clavó la ilustre Reina de Castilla
Del Moro en el hundido baluarte:
Ahí verás la primera maravilla
De la rica oriental arquitectura:
Ahí verás... ahí verás... (véase ZORRILLA).
Las de ojos negros y gentil cintura
Te recomiendo yo, pálidas diosas...
Etc., etc., etc.;

y terminaba V. diciendo:

¡Ah! goza, triunfa, de galán blasona:

Estudia, aprende, alégrate, olvida
La política vil en esa zona...
En tanto que, juguete de la vida,
Devorado de tedio y de pereza,
Yazgo, como Reinaldo en los de Armida,
En brazos de mi fiel Naturaleza.

Hasta aquí lo que entonces escribió V. en verso, con relación á nuestro Cruzada. Siga V. hoy en prosa, y se lo agradecerán vivísimamente todos los amantes de las artes y de las letras, y muy en particular sus apasionados amigos y paisanos,

LOS VÁZQUEZ.

Madrid 10 de Diciembre de 1884.

III.

Sr. D. Francisco de P. Vázquez.

Sí, mi querido Paco: cumpliré en seguida el honroso aunque triste encargo que, con tanto encarecimiento y excesiva súplica, me hace V. en su propio nombre y en el de sus hermanos Mariano y Manuel... ¡Habría sido siempre para mí una orden (sírvales de gobierno) la más sencilla indicación de cualquiera de los tres Vázquez, y mucho más lo es hoy, que se trata de honrar la memoria de un amigo como nuestro Gregorio, á quien tan de veras estimaba y quería!

Pero sepa V. desde ahora que la biografía que me piden no podrá resultar completa, si no se me ayuda con datos, explicaciones técnicas y otros permenores referentes á los estudios y trabajos artísticos, literarios y administrativos

del infatigable Cruzada, anteriores y posteriores á aquellos años en que fué mi inseparable compañero de letras, armas y otras aventuras... Además, estoy muy falto del tiempo y reposo necesarios para escribir ordenada y formalmente una necrología en toda regla, cual corresponde al carácter de pública solemnidad que ha revestido el entierro del malogrado Director general de Correos y Telégrafos... Habrán Vds., pues, de contetarse con que yo haga la parte en que realmente mi intervención puede ser más ó menos precisa; quiero decir, se contentarán con que exponga en la presente carta cuantos recuerdos guarde de la juventud de Cruzada y de la vida que hicimos juntos hace veinticinco ó treinta años, dejando que otro escritor los utilice en cabal y metódica biografía, donde se aprecien, por ejemplo, con la debida competencia, esas notabilísimas reformas postales, esas nuevas aplicaciones de la electricidad á la telefonía, esos tratados internacionales que estaba preparando, etc., etc.; cosas todas que yo no sabría ni tan

siquiera nombrar exactamente, y que, según pública voz y fama, harán inolvidable el paso de Gregorio por la Dirección de Comunicaciones.

Sí: voy á trasladar al papel, en espontánea y corriente forma, la historia de los tiempos más característicos del buen amigo á quien lloramos; voy á pintar su interesante y típica figura moral, muy más influyente de lo que él pudo nunca imaginarse en las letras y las artes de nuestra patria; voy á hablar de aquel Cruzada Villaamil que fué, sin saberlo, profesor eficacísimo y desinteresado de infinidad de jóvenes artistas y poetas de 1854 á 1868...

—Y en verdad, en verdad, todas aquellas predicaciones continuas, censuras, reyertas, recomendaciones y mercedes de todo género que nos parecían entonces genialidades privadas, constituyen lo más fecundo, importante y transcendental de la vida del que luego fué celoso diputado á Cortes, entendidísimo funcionario público, y capaz y esforzado hombre de partido.—Estos últimos méritos los co-

noce la nación entera, y supo estimarlos y premiarlos, con especialísima predilección, su distinguido jefe, el excelente amigo de sus amigos é incansable repúblico D. Francisco Romero Robledo, de quien siempre me han tenido á mí algo apartado (menos en la presente ocasión) las misteriosas leyes de una fatalidad, no sé si musulmana ó griega... Pero los servicios prestados por Gregorio á la madre España en aquel cuarto principal de la legendaria calle de Lope de Vega, cuando casi todos los hombres célebres de hoy contaban de veinte á veinticinco años de edad; su prodigiosa y múltiple acción en aquella especie de *ministerio del patriotismo* que tenía por alojamiento una *sala de armas,* no están recopilados ni consignados en ninguna parte, y dignos son por cierto de que los perpetúe en sus columnas *La Ilustración Española y Americana,* aunque sin más autoridad que los imperfectos, pero verídicos, trazos de mi pluma.

Comencemos, pues.

Cuando, en los primeros días de Sep-

tiembre de 1854, llegó á Madrid la bandada de literatos y artistas granadinos, compuesta del ameno escritor Castro y Serrano; de Pepe, su hermano de V., habilísimo pintor escenógrafo, ya difunto; de su otro hermano, Mariano, músico, que tanta gloria había de alcanzar en la corte; del poeta que escribe con cincel, Manuel del Palacio; del maestro nativo en letras y en artes, José Fernández Jiménez (indudablemente el más íntimo amigo de Gregorio); del discreto y agudo periodista Leandro Pérez Cossío, y de mi humilde y entonces revoltosísima persona,—ya hacía Cruzada Villaamil oficios de Mecenas en esta coronada villa, aunque sólo contaba veintidós años.

Había nacido á orillas del Manzanares, de una familia de comerciantes oriunda de Santander; debía gran parte de su educación literaria al famoso Colegio de Masarnau; considerábase protector por obligación, á fuer de rico y huérfano, de los ingenios españoles de punta, y era entonces su Horacio, quiero decir, su poeta favorito, el inolvidable Eulogio Flo-

rentino Sanz, quien ostentaba frescos sobre sus sienes los laureles ganados con el *Don Francisco de Quevedo*. Juntos vivían; y como quiera que Pepe Castro, verdadero *guión* de nuestra bandada, había ya residido anteriormente en el Madrid para nosotros nuevo, y conocía íntimamente á Florentino Sanz, pronto nos hizo á todos amigos de éste y de Cruzada.

Érase entonces el buen Gregorio un apuesto y elegante joven de mediana estatura y atlética complexión, blanco y pálido, con finos cabellos y sedosas barbas de color de oro mate, de facciones delicadas y altivas y con unos ojos azules en que alternaban las dulzuras del sentimiento con los relámpagos del valor y de la audacia. Tenía, en suma, lo que podría llamarse cara de ángel fuerte, y por ello, y por su carácter hidalgo y sencillo, cuadrábale muy bien el sobrenombre, ó especie de eufónico diminutivo, de *Glorio,* con que le requebraban en familia.

Gozaba ya reputación de consumado tirador de armas. El antiguo y desusado

manejo de la espada española, y también el de la *espada y daga,* eran sus preferidos ramos en la esgrima, según veremos luego. Todas sus demás aficiones ostentaban igual sello de no sé qué virilidad castiza, propia de un espíritu emprendedor y temerario. Contábase que en Santander, adonde poco antes de morir su acaudalado padre fué enviado para que unos parientes lo dedicasen á los negocios comerciales, Gregorio había malgastado mucho tiempo y mucho dinero construyendo en pequeña escala ensayos de embarcaciones *á la antigua,* no de papel ó de cartón, sino de madera y hierro, las cuales botaba al mar muy seriamente y gobernaba por sí propio como mejor podía, con ánimo sin duda de concluir por armar carabelas idénticas á las de Pinzón, y lanzarse en busca de epopeyas marítimas...

Porque vuelvo á decir que el *españolismo* constituía la nota sobresaliente del carácter de aquel héroe frustrado. Á fuer de legítimo madrileño, nacido en la mismísima Puerta del Sol, era lo que hoy

suelen muchos volver á llamar *chispero,* esto es, patriota del corte y estilo moral de aquéllos que el día 2 de Mayo de 1808 arremetieron con espadín, chuzo ó navaja á los granaderos de Napoleón el Grande: dijérase que Goya le había conocido, así como que él había conocido á Goya: en los cuadros y cartones de éste se ven figuras que recuerdan en lo físico y en lo ideal al Cruzada de 1854, mientras que Cruzada, por su parte, tenía ya entonces adoración al gran pintor popular, cuya gloria y renombre tanto había de enaltecer y difundir con sus descubrimientos y escritos.—Sin embargo, no se limitaba su españolismo incondicional á este género archi-madrileño, en el cual cada uno tenía que enseñarle los más asiduos concurrentes á la plaza de toros, á las verbenas, á las fiestas reales, al Canal y á las funciones cívicas y religiosas de esta complicadísima villa de San Isidro Labrador, de las Minervas, del Dios grande, del Dios chico, de San Eugenio, de Daoiz y Velarde, de San Antonio de la Florida y de la Virgen de la Paloma.—El si-

glo XVII, con su Parnaso del Buen Retiro y con aquellas continuas aventuras de *capa y espada,* era también parte en sus amores...—¡Y nada digamos de nuestro épico siglo, del siglo de Carlos V y de Felipe II; de los tiempos de nuestras glorias en todo el planeta; de la edad de oro del idioma castellano!...—Pero no adelantemos cosas de que pronto habremos de hablar más oportunamente. ¿Á qué preconizar *cualidades,* si las propias *acciones* no tardarán en demostrarlas?

Decía, pues, que cuando llegamos á Madrid los fundadores de ésta ya semidispersa *colonia granadina,* que todavía colea algunas noches en cierta casa de la calle de la Libertad y en el núm. 92 de la calle de Atocha, Eulogio Florentino Sanz (q. e. p. d.) era el *ídolo vivo* de Cruzada, ó sea la personificación militante de muchos de sus ídolos muertos. «Moderno Calderón,» «moderno Tirso,» «moderno Lope,» llamábanle, en efecto, los folletines. Á título de tal, el inspirado autor del *Quevedo* acababa de ser nombrado Secretario de la Legación de Es-

paña en Viena, y el fastuoso Cruzada se hizo nombrar, excuso añadir que *sin sueldo,* agregado á la misma, con el fin de no separarse de su dramaturgo.—Por eso (y vea V. si recuerdo nimios pormenores) recibió el augusto nombre de «Viena» la famosa gata que nos regalaron ambos diplomáticos al levantar su casa y disponer el viaje; nombre que hasta su muerte conservó aquel infeliz animal, condenado á tanto forzoso ayuno; y me fijo en que lo conservó; tendiendo á que, por resultas de un cambio de última hora, Florentino y Gregorio no fueron al cabo destinados á la Legación de Viena, sino á la de Berlín...—Ello es que se marcharon.

No tengo para qué indicar la razón *(ecco la cagione,* dice una vez Otelo, en la ópera de Rossini, señalando á Desdémona) de que el soñador y entusiasta agregado dejase muy pronto en Berlín á su querido poeta, y se volviese á Madrid en compañía de otra *gloria española* (que tampoco ya vive), á quien había conocido en no sé qué teatro de aquella Prusia de

sus pecados.—Baste saber que, á fines de 1855, tomó Gregorio dos pisos en la mencionada casa de la calle de Lope de Vega, y destinó todo el principal á lo que ya he calificado de *ministerio del patriotismo*.—Aquí principia la gran campaña literario-artística de nuestro hombre.

Por consecuencia de las últimas impresiones que había recibido en vísperas de su marcha, no bien regresó á Madrid, se fué en busca de la *Colonia Granadina*, y profesó y actuó desde luego en ella, cual si fuese también hijo de Sierra Nevada, y ya no se apartó nunca de nosotros, ni tan siquiera cuando la política de partido y los cargos oficiales absorbieron gran parte de su existencia...—¡Oh! Sí... Los granadinos y Romero Robledo seguían siendo los ejes de su vida social el día en que le ha sorprendido repentina muerte.

Pero volvamos al año de 1855.

Á su regreso de Berlín halló aumentada nuestra *Colonia* con la intimidad fraternal del profundo lexicólogo y discretísimo polemista, semi-cordobés, semi-

granadino, José Ruiz León *(el Ingeniero* por antonomasia); con las silenciosas visitas de José Joaquín Soler, poeta elegiaco y comisario de Guerra, hoy ya difunto, que temía como al diablo á nuestra informalidad; con las graciosas incursiones de los hermanos Rivero (egregio *parchista* el uno, ó sea restaurador de pinturas y de otros objetos de arte, y denodado aventurero el otro, á quien llamábamos *El Caballero de mi vida,* y de quien no se tiene noticia alguna hace veintiséis años), y, finalmente, con la anexión de un Pepe Luque, rey de los gacetilleros, que se volvió á Granada y se murió demasiado pronto: todos éstos nacidos también en las orillas del Genil.—Pasaban además luengas temporadas con nosotros, á su tránsito de Granada á San Petersburgo, ó de San Petersburgo á Granada, tres artistas rusos que habían sido socios nuestros de *la Cuerda* en la nunca olvidada ciudad de los Alhamares, y que ya no sabían vivir lejos de la Alhambra; y llamábanse aquellos tres inolvidables moscovitas, hoy también muertos, Pablo

Notbeck (¡el gran Pablo!), arquitecto, pintor, escultor y casi príncipe; Mikailoff, profundo bebedor de cerveza alemana y partidario hasta el *delirium tremens* de los cuadros de nuestro Ribera, y Sorokin, el dramático retratista, que hasta en las burlas era patético, á la manera de lord Byron.—Por razones de *vecindad* (pues se trataba de dos pícaros sotabancos, frontero el uno al otro, y con vistas á todos los tejados de la calle del Mesón de Paredes), esta *Colonia,* cuya bandera tremolaba sobre la casa núm. 2, y donde claro es que había internos y externos, tenía pactada alianza (defensiva de los peligros consiguientes á la falta de metales preciosos) con otro nido literario situado sobre la casa núm. 3, de la cual eran inquilinos legales Luis Eguílaz, hoy muerto, y su *alter ego* Diego Luque, y en donde hallábanse á todas horas Luis Mariano de Larra; Antonio Trueba, es decir, *Antón el de los Cantares;* los hermanos Antonio, Germán y Víctor Hernández Amores, y José Joaquín Villanueva (muerto), Agustín Bonnat (muerto)

y Carlos de Pravia (¡muerto también!)—Finalmente, en el café de la Esmeralda, me parece, habíamos contraído estrecha amistad con los redactores ó colaboradores de *La Iberia,* Carlos Rubio (muerto), Ventura Ruiz de Aguilera (muerto), Juan de la Rosa González (á quien he perdido de vista), Gaspar Núñez de Arce y Manuel de Llano y Persi.

Cruzada, que era hombre de pecho y había comprendido que todas aquellas fuerzas *aliadas,* pero casi nunca *reunidas,* necesitaban un hogar común, consultó con sus predilectos amigos, los de la célebre *Colonia,* y, después de maduro examen, exclamó valerosamente:—*¡Todo el mundo á mi casa!—¡Os cedo la parte delantera del piso principal!*

Pero ¿qué hacer allí?—fué la segunda cuestión que se propuso.

Gregorio la resolvió maravillosamente con esta idea, que al principio pareció inadecuada á nuestros vecinos del número 3:—*¡Aprenderéis el manejo de la espada española! Yo os enseñaré.—¡Después, ya iremos pensando!*

Poco tardaron en comprender los de Eguílaz que el pensamiento podía ser muy fecundo, por el patriótico y noble colorido que desde luego prestaba á nuestras juntas; y de todas maneras, como Gregorio y los granadinos estábamos de acuerdo, al día siguiente se fundó la *Sala de Rada.*—(RADA es un antiguo tratadista de esgrima, cuyo infolio se sabía de memoria y nos hizo leer á los más concienzudos nuestro formalísimo Mecenas.)

No dejó Cruzada de aportar á la nueva *sala de armas* su contingente de amigos de la niñez, madrileños como él casi todos, y también muy aficionados á las letras y á las artes.—Recuerdo ¿cómo no? al sumo gladiador y delicado vate Marqués de Heredia; á Eduardo Mariátegui, soldado, matemático y bibliófilo, cuya muerte lloramos hace cuatro años; y á Pío Gullón, que ha sido ministro; á Eugenio Molinero; á Paco Vicens (difunto); á Hipólito Fernández, que anda por Filipinas; á Carlos Bretón, á Pablo Ortiga y al escultor Grajera, autor de la estatua de Mendizábal que hay en la plazuela del

Progreso, modelada, entre nuestras juguescas de todas las tardes, en el antiguo *Casón* del Buen Retiro.

Simultáneamente había emprendido Gregorio con enormes gastos, que para él eran siempre infalibles pérdidas, una colección ó *Galería de bustos de Españoles célebres,* la cual, en poco más de un año, se enriqueció con ciento y pico de esculturas, representando escritores, artistas, guerreros, monjes, reyes, navegantes, etc.—Por cierto que algunos de estos personajes me están viendo escribir las presentes líneas, como yo los ví á ellos, hace veintiocho años, salir de moldes fabricados por Peña, Hermenegildo Rueda y otros escultores, casi todos hoy muertos...

Había, pues, entonces en casa de Cruzada todo lo siguiente:—En el piso bajo, vedado arábigamente á la gente profana, su vivienda propia, puesta con tanto gusto como lujo.—En el salón del piso principal, infinidad de panoplias con espadas de palo, sables de vara verde, caretas, petos, manoplas, floretes y bande-

ras...—En alcobas ó gabinetes contiguos, el catre, los libracos y los papeles de tres ó cuatro autores ó sabios, á quienes el ex-diplomático tenía cedidas siempre aquellas estancias, bajo condición de que á la noche le diesen cuenta de sus trabajos ó pensamientos del día...—En las habitaciones de adentro, todo un mundo de cabezas de yeso mate, de modelados en barro, de moldes cocidos y de estampas antiguas, donde se veían revueltas, como lo estarán el día de la resurrección de la carne, todas las glorias españolas de más de veinte siglos.—Y, en un cuarto especial, la oficina con biblioteca donde ya se estaba preparando otra notabilísima publicación, *El Arte en España,* empresa monumental que obligó á Cruzada Villaamil á hacerse fotógrafo, y que bastaría, aunque duró pocos años, á perpetuar su famoso nombre.

Al poco tiempo de establecida la *Sala de Rada,* y cuando ya nos habíamos molido bien á palos todos aquellos amantes ó simples amigos de las Musas, y algunos sabíamos tanto como el mismísimo Rada

acerca de *participios de uñas arriba* y *participios de uñas abajo,* y de *fintas, ságitas, paradas, quites* y otras lindezas, convinimos Cruzada y yo en que era menester dar algún pasto al alma de los terribles gladiadores, proporcionándoles al efecto, en aquel mismo campo de batallas fingidas, una *reunión literaria* semanal.

—«*¡Daré también pasto á sus cuerpos!...*» (concluyó diciendo Gregorio): «*¡Anúnciales te con pastas!*»

Yo lo abracé como á un semidiós.

Y la buena nueva cundió muy luego por el café Suizo, con espanto y dolor del incomparable D. Román (Q. S. G. H.), dueño del establecimiento, y aplauso y regocijo de la cuarta parte de sus parroquianos, ó sea de los 50 ó 60 socios de la *Sala de Rada.*

De aquellas veladas poéticas, que tuve yo la honra de inaugurar leyendo humorístico discurso (hace muy pocos meses roto, con otros manuscritos de chanza, por si es verdad que va á venir á Madrid el cólera), podría hablar aquí mucho más

de lo que me consienten la falta de salud y tiempo. Diré, pues, tan sólo que allí se dió á conocer como gran poeta, aunque con muy pequeñas obras, Gaspar Núñez de Arce, por lo que, cuando al cabo de largos años, después de escribir millares de artículos de periódico, se dedicó repentinamente y con tal éxito á la alta poesía, ninguno de los tertulianos de la calle de Lope de Vega pudo extrañar sus ruidosos triunfos. Allí también Florentino Sanz, á su regreso de Berlín, leyó interesantísimas traducciones de baladas de Henry Heine; allí Carlos Rubio...—Pero no puedo continuar esta enumeración... Me reclaman los méritos personales de Gregorio.

Resumiré, por tanto, todo lo dicho, manifestando que el más eminente servicio prestado á las Letras y á las Artes por aquél á quien acabamos de dar tierra en el cementerio de San Isidro, fué comunicar su españolismo puro y neto á la juventud de una época en que eran alumnos de la Academia de San Fernando, Cano, Puebla, Germán Hernández, Lo-

zano, Manzano, Casado, Vera, Gisbert, Rosales y Palmaroli...—Predominaba entonces en ciertas esferas, y muy especialmente en el público (sobrado de atractivas obras francesas ó afrancesadas, y falto de alimento nacional artístico y literario), un gusto que rayaba, por lo que á la pintura respecta, en idolatría á la escuela de Ingres y demás *formistas* transpirenáicos. Todo lo español iba pareciendo vulgar y pobre. No negaré que algunos literatos de buen instinto, afectos á la otra antigua Academia, llamada por antonomasia *la Española,* solían defender de tiempo en tiempo la buena causa, ya en el teatro, ya en el folletín de crítica, rindiendo culto á nuestros románticos genios de los siglos XVI y XVII; pero dejábanse oir poco sus voces, creo que por razones políticas, no del todo ajenas á las tristes causas y á los más tristes efectos de la Revolución de 1854. —Por otra parte, aun estos mismos conservadores de las patrias letras estaban imbuídos de no sé qué melancolía, comparable á la de los *milenarios,* en virtud

de la cual debía considerarse como definitivamente muerta á la raza española, de tal modo, que si nuestras antiguas proezas solían obtener hasta exageradas ponderaciones y alabanzas, era en el concepto de extinguidas felicidades que no volverían más. El ideal, en suma, estaba en lo pasado: habíamos sido arrojados para siempre del paraíso de las glorias terrenas. Cantar, llorando, la grandeza de otros tiempos, era el único papel reservado á los nuevos poetas de la patria del Gran Capitán y de Churruca. Y en cuanto á los pintores, si querían estar de moda, olvidáranse de nuestros héroes vestidos de hierro ó de paño burdo; olvidáranse de los asuntos y estilos inmortalizados por Murillo, Velázquez y Zurbarán, y redujéranse á parodiar, como los insubstanciales franceses, inspiraciones de la antigüedad gentílica, sin los sentimientos ni las ideas que dieron eterna vida y hermosura á las inimitables obras griegas y romanas.

Pues bien: Cruzada Villaamil, por temperamento, por carácter, por predestina-

ción, cayó en medio de la apocada juventud coetánea de la suya, para poner de moda el españolismo y hacer esperar á la Patria nuevas grandezas. Todo en él era varonil, esforzado, afirmativo, creyente. Rendía culto á Dios, á la Ciencia, á la Historia, á la Libertad, á la Fuerza, al Derecho, á la Caridad, á todo lo noble, grande y digno. No vaciaba los *bustos* de los *españoles célebres* con el fin de que nos asustaran ni acobardaran, sino para que excitasen nuestra emulación y nuestro celo. No colgaba en lindas panoplias las antiguas armas, como aquellos pusilánimes que las juzgan instrumentos curiosos y ya inútiles, sino que las descolgaba y blandía con fe y entusiasmo: ¡él, que no descendía de ricoshomes! ¡él, que descendía meramente de un hombre rico!

> ¡Faz cuenta, valiente espada,
> Que es de Mudarra mi brazo!

parecía decir cuando agitaba en el aire, como un García de Paredes, aquellas desmesuradas tizonas, que otros no po-

dían ni tan siquiera levantar del suelo.

En *El Arte en España,* en su libro *Los Tapices de Goya,* en el titulado *Rubens, diplomático español,* y en el inédito llamado *Velázquez,* su voluntad de hierro va progresivamente esperando, viendo llegar y proclamando al fin como hecho definitivo el renacimiento del castizo y genuíno arte español. Pregúntese á nuestros grandes pintores contemporáneos, sobre todo á los que hicieron sus primeras armas en la Exposición Nacional de 1858, á los precursores de Fortuny, Raimundo Madrazo, Pradilla y Villegas; pregúnteseles de cuándo data este renacimiento, y todos dirán que procede de aquellos días en que Cruzada, Fernández Jiménez y algunos amigos suyos enseñaron á los tímidos principiantes, ya con la predicación valerosa, ya con su cívica independencia, ya con su denuedo en la esfera social, que había llegado la hora de romper los antiguos moldes, ó más claro, de faltar al respeto á aquel neoclasicismo, ó clasicismo fiambre, que tenía como anquilosado el pincel y ané-

mica la paleta en esta patria de Murillo, Velázquez, Ribera, Zurbarán y Claudio Coello.

Requeriría muy extenso trabajo especial la historia de la campaña de Cruzada en 1865, cuando fué director del Museo Nacional ó de la Trinidad.—También sería digno objeto de minuciosa relación el viaje que Gregorio y yo hicimos á la villa de Ocaña, en galera, buscando los huesos de D. Alonso de Ercilla, hasta topar con ellos en el enterramiento de un convento de monjas, dentro de clausura.—Nada menos que un número entero de *La Ilustración* ocuparían los discursos que tuvimos que dirigir á la comunidad para convencerla de que debía consentir las excavaciones, que se hicieron en nuestra presencia, y por resultas de las cuales sacamos de entre las tumbas de las vírgenes del Señor los enormísimos huesos del guerrero Vasco, autor de *La Araucana.* —¡Pues nada digo de la otra gran campaña de nuestro Gregorio, en 1868 ó 1869, cuando descubrió en los sótanos del Real Palacio los cartones de los tapices de

Goya, é hizo estudio tan admirable y profundo de las obras del gran pintor madrileño!...—Pero crea V. que ya me faltan las fuerzas... Súplase, pues, con informes de otros lo que yo deje por decir, ó súplalo el propio español que leyere, dado que todas las cosas que omito en la historia de Cruzada son ya del número de las enteramente públicas, y no habrá nadie que las ignore.

Que dirigió en Italia la construcción del monumento sepulcral del ilustre general O'Donnell, destinado á nuestro hermoso templo de las Salesas; que en 1875 estuvo en Rusia como individuo de un Congreso telegráfico; que después asistió á otro postal celebrado en París; que fué director de Estadística en el Ministerio de Fomento; que desempeñó varias veces el cargo de diputado á Cortes... todo esto lo han recordado últimamente los periódicos diarios, y constará, de fijo, en la biografía ordenada y formal, que no dejará de redactarse, tal vez por algún compatriota nuestro residente en Italia, en loor y gloria del insigne amigo

á quien yo renuevo aquí mi triste adiós.

He concluído, por consiguiente.—Sabe V. y saben sus hermanos Mariano y Manuel cuánto los quiere y los querrá hasta la inevitable hora

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 14 de Diciembre de 1884.

LA REDACCIÓN DE «EL BELÉN»

ACTA

DE LA

JUNTA CELEBRADA ANOCHE

EN LA

REDACCIÓN DE «EL BELÉN.»

En Madrid, á las nueve de la noche del 24 de Diciembre de 1857, hallábanse reunidas en el salón de recibo del piso bajo, izquierda, de la casa núm. 28 de la calle del Prado, setenta personas de ambos sexos y de varias edades, á fin de conmemorar el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Morada aquella casa de un aristócrata de abolengo, al par que docto y exquisito poeta, casado con muy discreta y elegante dama (de cuya belleza no viene á cuento hablar ahora), el citado salón se distingue por su artístico ornato, tan severo como lujoso. Iluminábanlo en tal fiesta mil bujías; sonaba alguna vez mag-

nífico piano de cola; chisporroteaba alegre fuego en la chimenea; circulaba impaciente y animadísimo el concurso, y los grandes espejos reproducían, agrupadas, figuras tan insignes, que, de haber quedado impresas en el cristal, cada luna sería con el tiempo un cuadro histórico no menos interesante que el de la *Lectura de Zorrilla,* pintado por Esquivel.

Casa, personas, muebles y cuanto llevamos bosquejado constituían anoche lo que se suele llamar una *Redacción,* puesto que allí iba á *confeccionarse* (voz técnica) un periódico titulado *El Belén,* dedicado exclusivamente á defender las prerrogativas y gollerías de la Noche Buena; periódico *sin periodicidad,* dado que no publicará segundo número (y no ciertamente por culpa de la censura, allí secuestrada en la persona del Sr. Nocedal, Ministro de la Gobernación); pero muy político y transcendental periódico, por cuanto en él ó para él habían escrito muchos ex-Consejeros de la Corona, no pocos publicistas ministeriales, oposicionistas ó neutros, y hasta algunos prohom-

bres ya monumentales, como Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y Pacheco, que han personificado y dirigido en España partidos y escuelas.

Seré más claro: anoche celebraba *junta general* una Tertulia Literaria, que lleva ya muchos años de regocijar á las Musas españolas; ó, por mejor decir, anoche era la *Quinta Navidad* en que se reunía bajo aquel hospitalario techo la mayor parte de nuestros más acreditados poetas, á cantar aguinaldos y villancicos al Recién nacido de Belén. Dicho se está, por tanto, que hacían los honores de la casa, como dueños de ella, la Marquesa de Molíns, cuya delicada belleza (ahora viene á cuento el citarla), sumo ingenio y ameno trato son proverbiales en la Corte, y su esposo el célebre Marqués de Molíns, llamado también «el autor de *Doña María de Molina.*»

Directores natos del periódico en ciernes, y anfitriones que de *por fuerza* tenían que ser en la colación pascual *solemnemente prometida,* los Marqueses de Molíns compartían hasta cierto punto

el peso de tan graves cargos con las siguientes dignísimas personas, que, por pertenecer á la familia, ocupaban ya, material ó moralmente, la Presidencia de *El Belén:*

La señora Condesa de Villa-leal (madre del Marqués de Molíns),—el señor Obispo de Córdoba,—el Príncipe y la Princesa Pío,—la Duquesa de Uceda y sus hijos,—la señorita Doña Enriqueta Roca de Togores,—la señora de Roca y su hija,—la Condesa viuda de Berberana y su hija,—el Sr. D. Juan Roca,—y los tiernos hijos de los dueños de la casa.

Componíase la *Redacción* de *cincuenta* poetas y artistas, representantes de tres generaciones literarias, contemporáneos unos de Moratín, condiscípulos otros de Espronceda y Larra, y soldados nuevos algunos en las huestes del sempiterno Apolo.—Edades y categorías estaban allí subordinadas á fraternal compañerismo. Grandes de España, Ministros, Oradores de nota, Embajadores, Académicos, Próceres de todo linaje, presentaban humildemente al Director de *El Be-*

lén su gacetilla ó su artículo, ni más ni menos que los simples escritores de á pie.—En lo demás, aquellos cincuenta articulistas ó gacetilleros eran al propio tiempo autores de tantas y tantas obras célebres, que su catálogo no habría cabido en otro periódico mayor que *El Belén*. Poesías que se saben de memoria todos los españoles, novelas muy estimadas, comedias y dramas aplaudidísimos, famosos discursos, libros de historia y de didáctica, artículos de crítica y de costumbres, pinturas de gran reputación, constituciones, códigos, leyes orgánicas, y, por supuesto, centenares de periódicos políticos ó literarios habían brotado de aquellas cabezas...

Porque allí estaban los excelentísimos ó excelentes señores:

D. Antonio Alcalá Galiano,

D. Francisco Martínez de la Rosa,

D. Juan Eugenio Hartzenbusch,

Ventura de la Vega,

Conde de Cheste,

D. Mariano Roca de Togores, dueño de la casa,

Pastor Díaz,
Pacheco,
Miguel de los Santos Álvarez,
Conde de Guendulaín,
Ferrer del Río,
Gil y Zárate,
D. Modesto de Lafuente *(Fray Gerundio),*
Nocedal,
D. Fermín de la Puente Apezechea,
Campoamor,
Eulogio Florentino Sanz,
Fernández Jiménez (a) *Ivón,*
Amador de los Ríos,
Madrazo (D. Federico),
Madrazo (D. Pedro),
Segovia *(El Estudiante),*
Cueto,
Cañete,
Antonio Flores,
Navarro Villoslada,
Selgas,
Marqués de Auñón,
Carlos de Haës,
Juan Valera,
Luis Fernández-Guerra,

Barón de Andilla,
Eduardo González Pedroso,
Gabino Tejado,
D. Pedro F. Carrascosa,
Ramón de Navarrete,
Conde de Ezpeleta,
Ochoa (padre é hijo),
José Joaquín Cervino,
Cayetano Rossell,
Gabriel Estrella,
Rafael Ferraz,
Latorre (D. Luis),
Eulate,
Dacarrete,
González de Tejada,
Sánchez Ramos,
Ojeda y
Gutiérrez de los Ríos.

Y también estaba allí *el infrascrito,* que se nombra en capítulo aparte, para que no se le tache de inmodesto...

Pues bien: por poco filósofo que fuese ni pudiera ser quien, como yo, no ha cumplido todavía los veinticinco años de edad, el hecho es que anoche no pude menos de entrar en consideraciones bas-

tante graves al ver reproducidas y encuadradas en los amplísimos espejos las dichas cabezas, todas iluminadas por una inteligencia superior, todas creadoras, todas circuídas de la noble aureola de la fecundidad... y pensaba, no ya sólo en los seres ideales, las escenas fantásticas, los mundos imaginarios á que aquellos hombres ilustres habían dado vida, sino también en los seres de carne y hueso, en los hechos reales y positivos, en el mundo material por muchos de ellos agitado ó gobernado; en los acontecimientos de que habían sido colaboradores ó protagonistas; en los períodos históricos que representaban; en las revoluciones, en las guerras, en los golpes de Estado, en las luchas parlamentarias que traían á la memoria, y en la multitud de varones del siglo XVIII que los más ancianos, cuando jovenes, habrían conocido ya viejos, y visto luego devorados por la nunca saciada tumba... Y asimismo pensaba en los años y en las obras y en los hechos de que aún podrán ser autores ó héroes los que asistían á la reunión, sobre todo

aquéllos que todavía recorren la florida senda de la juventud...

En esto dió principio la lectura de los originales acopiados para el periódico *El Belén,* por el orden y en la manera siguientes:

I. El Marqués de Molíns leyó un romance, que contenía, por decirlo así, la *cabeza* del periódico, el título, los puntos de suscripción, las condiciones de la misma, etc., etc.

II. Pastor Díaz dió cuenta, en varios romances, de la *Parte oficial de la Gaceta,* á Decreto ó romance por cada Ministerio, todos relativos al gran acontecimiento del día, ó de la noche; esto es, al Nacimiento del Hijo de Su Divina Majestad.

III. D. Eugenio Ochoa comunicó, también en romance, una *Real Orden* sobre Instrucción Pública.

IV. Un servidor de Vds. presentó el extracto oficial en quintillas de la *Sesión de Cortes* celebrada anoche por la *Cámara de los Loros.*

V. Juan Valera transmitió las noti-

cias del *Correo extranjero* (en tercetos), todas referentes á grandes conflictos surgidos en tierras infieles como consecuencia del universal empeño de cenar ayer al uso cristiano.

VI. Cueto leyó una epístola en igual metro, por la que acabó de ponernos al corriente de cuanto ocurría fuera de España.

VII. Ventura de la Vega se descolgó con un *artículo de fondo,* de oposición, en quintillas, que tememos sea recogido!

VIII. Cañete leyó *otro artículo de fondo,* de esos llamados de *polémica.*

IX. Pedroso, un artículo (letrilla) sobre *Economía política,* que á todos nos llegó al corazón, cual si tratase de materia más ideal y santa.

X. Alcalá Galiano contribuyó con un *suelto* (en quintillas) sobre el turrón.

XI. Cervino había hecho en romance la *Crónica religiosa.*

XII. Hartzenbusch, una *Revista de Teatros,* en silva. (¡Buen metro!...—y perdóneseme la falta de ortografía de este equívoco.)

XIII. Nocedal, la *Revista de Toros,* en noble romance endecasílabo.

XIV. Florentino Sanz, la *Revista de Modas,* en variedad de metros.

XV. Pacheco (el Comentador del Código penal), una *Revista de Tribunales* en redondillas.

XVI. Segovia, una *Revista del año,* en silva.

XVII. El Marqués de Auñón, la *Revista Comercial,* en redondillas.

XVIII. Flores, un *Artículo necrológico del Besugo,* en romance endecasílabo.

XIX. Campoamor, una *Dolora* para el folletín.

XX. D. Pedro José Carrascosa, Presbítero [1], *El pie de Imprenta,* en quintillas.

Quedaban aún por leer muchas cosas; pero dieron las doce, hora del Misterio que se festejaba.—Abrióse entonces la puerta del Oratorio de la casa, en que por Breve de Su Santidad se permite cele-

(1) Hoy Obispo dimisionario de Ávila.

brar el Santo Sacrificio de la Misa, y apareció el señor Obispo de Córdoba delante del Altar, donde no faltaba el clásico *Nacimiento,* con sus pastores, sus reyes magos, su buey, su mula y demás indispensables accesorios.

La reunión cambió súbitamente de aspecto, como había cambiado de carácter. Á las risas y aplausos que arrancaban las composiciones poéticas, sucedió profundo y religioso silencio. Las damas ostentaban sendas mantillas, que salieron á relucir como por arte de magia; arrodillóse todo el mundo, y comenzó la *Misa del Gallo.*

El Sr. Ferraz, gran maestro de música, aunque sólo se titule aficionado, improvisó en un órgano expresivo místicas melodías, á que ponían letra las mudas preces del concurso. El alegre templo de las Musas fué, pues, durante media hora, severo templo del Dios humanado. El recogimiento y la oración habían trasladado al cielo todos los espíritus, y en verdad que ofrecían imponente espectáculo aquellas elegantes damas y lindas jóve-

nes, aquellos niños y aquellos ancianos, aquellos poetas y aquellos estadistas, aquellos grandes de la tierra y ministros de potestades humanas, humillados y confundidos ante el ara de la Inmortalidad.

Concluída la Misa, y visto lo avanzado de la hora, se decidió reservar para la próxima sesión *ordinaria* la lectura de otros originales. Lo cual quiere decir que se dió la voz de «*¡Á cenar!*»—Pero, en tanto que corrían las órdenes, examináronse los trabajos *artísticos* dedicados á *El Belén,* que eran los siguientes:

De Haës: una viñeta titulada *Aventura de Noche Buena.* (Lance de un viajero que la pasaba al raso, colgado de las ramas de un árbol y acechado por hambriento lobo.)

De D. Federico Madrazo: cuatro *Aleluyas* á la pluma, representando á unos pastores que, noticiosos del Nacimiento del Mesías, se trasladaban desde la Judea á las orillas del Manzanares, creyendo que la casa del Marqués de Molíns era el portal de Belén.

Del Sr. Ojeda: viñeta-anuncio de *Venta de turrones.*

Del Sr. Sánchez Ramos: boceto al óleo de un cuadro fantástico, donde se veía en el cielo la *Adoración de los pastores* y en la tierra la Cena de Navidad.

Admirando estábamos estos preciosos trabajos, cuando se abrió la puerta del Salón-comedor, y la reunión volvió á transfigurarse como por ensalmo.

Del propio modo que á la Academia literaria había sucedido la Ceremonia religiosa, á la Exposición artística sucedió el más espléndido banquete. Porque habéis de saber, ¡oh vosotros, desventurados mortales que allí no estuvísteis! que en el Salón-comedor nos aguardaba una interminable mesa cubierta de todo lo más sólido, exquisito y caro que puede comer el hombre, y de los mejores vinos que son alegría y honor del universo-mundo.

Bendíjolo todo el señor Obispo de Córdoba, no sin dirigir antes un breve y sentido discurso á la concurrencia, y particularmente á los redactores de *El Belén,* felicitándolos por el saludable espíritu

que aún anima á la literatura patria: con lo que Su Ilustrísima se retiró á descansar en aquel mismo domicilio (de donde era huésped), y comenzó la cena.

En ella los hijos de Apolo, y hasta los sobrinos y nietos, dieron muestra de una más que *sacra fames;* y (Dios se lo pague á los bienhechores Marqueses) hubo sobrado alimento para todos, y regocijo, y lícitas bromas, y brindis, y galanterías de damas y galanes y de viejos y jóvenes, y aun creo que se permitió á los incorregibles fumar en presencia de tan ilustres damas.

Acabó la cena... ¿Y creerán Vds. que nos marchamos á la calle?—¡No, señor! ¡Aún podía ir más lejos la bondad de nuestros huéspedes! ¡Aún podía mudarse otra vez la decoración de la fiesta!—El Liceo, el Templo, el Museo, el Triclinio... (esto es académico puro), ¡aún podían convertirse en salón de baile! ¡Después de leer versos, de oir Misa, de ver cuadros y de cenar como Dios manda y hasta prohibe, aún podíamos bailar la polka!—La bailamos, pues.

Y lo que ya reflejaron los grandes espejos, no fué calvas de estadistas, ni canas de poetas, ni arrugas de diplomáticos, sino talles flexibles, caras bonitas y pollos impertérritos; ya no sonaba la grave voz del órgano, sino la muy alegre del piano; ya no se leían versos ni se rezaba: ya se decían madrigales en prosa, vulgo piropos...

Eran las cuatro de la madrugada cuando salimos de aquella inolvidable fiesta, recordando versos de los *Decretos* leídos por Pastor Díaz, que, á juicio de todos los redactores de *El Belén,* fueron lo mejor que se oyó anoche en casa del Marqués de Molíns,—exceptuando la Misa.

1857.

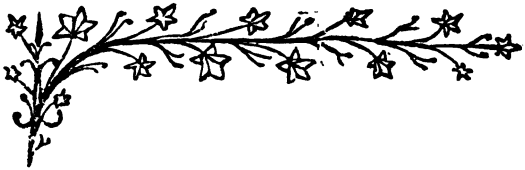
Post-Scriptum.—Á los pocos días del de Noche Buena se recibió en la redacción de *El Belén* una carta notabilísima del inmortal Duque de Rivas, nuestro Embajador en París, que publicamos ahora en la sección de *Correo extranjero,* ya que entonces, por no haber llegado á

tiempo, dejara de insertarse en el periódico. Dicha carta, que con el tiempo recordará muchísimo los retratos poéticos del *Viaje al Parnaso* de Cervantes, es una verdadera joya literaria.

También se inserta al final de este tomo otra carta, sumamente discreta, que Don Tomás Rodríguez Rubí dirigió al Marqués de Molíns el 24 de Diciembre de 1857, excusándose de asistir aquella noche á la cena de los redactores de *El Belén*.

AMISTADES

HISPANO-AMERICANAS



AMISTADES

HISPANO-AMERICANAS.

En nuestra hoja del *Lunes* publicamos hoy unas cartas de los Sres. D. Pedro Antonio de Alarcón, Senador del reino; D. Carlos Holguín, Ministro plenipotenciario de Colombia, y D. Miguel Antonio Caro, miembro fundador de la Academia Colombiana, que bien podrían aparecer también en esta otra hoja, por lo que tienen de políticas y de transcendentales para los intereses de la patria.

No necesita decir *La Época* el regocijo con que se asocia á las nobles y fecundas declaraciones de fraternidad hispano-americanas que contienen tan autorizadas epístolas, en cuyo espíritu ha escrito ya varios artículos y se propone seguir

trabajando, hasta lograr los altos fines, compatibles con la independencia de cada Estado, que tantos días de prosperidad y gloria han de valer á la raza ibera.

CORRIENTES DE SIMPATÍA.

SR. DIRECTOR DE «LA ÉPOCA.»

Mi muy querido amigo: Hace un mes que, con ocasión de algunas palabras que tuve la honra de pronunciar en el Senado, favorables á la concordia de todos los iberos de ambos mundos, publicó V. en su ilustre periódico un artículo titulado *Corrientes de simpatía,* que indudablemente habrá tenido gran resonancia en las vastas regiones hispanoamericanas, así como logró desde luego generales aplausos en la Península española.

No es otra la razón de que me atreva á remitir á V. el adjunto cuaderno de *El Repertorio Colombiano,* que acabo de recibir de Santa Fe de Bogotá, por si V. cree oportuno copiar las cartas que inserta bajo el título de *Bolívar y los Incas,* y en las cuales dos insignes ame-

ricanos del Sur rinden ferviente culto á los enunciados sentimientos de fraternidad ibérica.

Queda de V., como siempre, afectísimo amigo y atento servidor Q. S. M. B.,

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 22 de Agosto de 1884.

BOLÍVAR Y LOS INCAS.

CARTAS DE D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN, D. MIGUEL ANTONIO CARO Y D. CARLOS HOLGUÍN.

I.

CARTA DEL SEÑOR ALARCÓN AL REDACTOR DE «ESPAÑA Y AMÉRICA.»

En una publicación colombiana, destinada á festejar el centenario de Bolívar, leí hace poco tiempo ciertos gallardos versos en que el literato más distinguido de Bogotá menciona á tan famoso general y repúblico con el dictado de *Vengador de los Incas.*

Por mucho que lo pienso, no puedo discernir el significado de esta calificación. Antes bien, sigo preguntándome en son de protesta:—¿Qué era Bolívar? ¿español ó indio?—¿Á quiénes libertó de la tutela de Madrid? ¿á los quichuas, casapuchos y chiquitos del Perú y á otras razas indíge-

nas de la América meridional y central, ó á los descendientes de los mismísimos españoles que habían conquistado los imperios indios y derribaron sus tronos y altares, no restaurados todavía, que yo sepa?—¿Quién ejerce hoy el poder en el Perú? ¿los sucesores de Atahualpa y Tupac-Amaru, ó los herederos de aquellos Pizarro, Almagro, Martínez, Fernández, Pérez, López, etc., que acabaron con la dinastía y el pueblo de Manco-Capac? —¿En qué, pues, y cómo, y á qué título pudo *vengar Bolívar á los Incas,* al sustituir el Gobierno *español* con otros gobiernos de *españoles?*

Celebraría que la nueva publicación titulada *España y América,* cuyo propósito es tan noble y elevado, aclarase bien este asunto, á fin de que nunca renieguen de su sangre, creyéndose de raza india, ni desconozcan las glorias y responsabilidades que han heredado con su apellido, nuestros caros hermanos de aquellas tierras trasatlánticas que fueron colonias ó provincias españolas, los cuales, llegados luego á su mayor edad, dejaron la

casa paterna, se declararon independientes y pusieron casa aparte.—Esta separación (¿á qué negarlo?) irritó y dolió mucho durante algún tiempo á la severa madre España, tan celosa siempre de autoridad y poderío; pero hoy es un hecho inalterable y aceptado cordialísimamente, cuyas consecuencias vemos los españoles de Europa con el antiguo cariño de familia, pidiendo á Dios que haga prósperas y felices en su nuevo estado á todas aquellas naciones, hijas de nuestra patria, que siguen hablando la lengua de Castilla y cuya denominación general en el mundo entero es todavía la de *América española.*—No hay, por tanto, ni siquiera motivos de enojo para que el dicho poeta colombiano haya incluído á Bolívar entre los héroes Incas, ó sea entre los enemigos naturales de España.

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 19 de Noviembre de 1883.

II.

CARTA DEL SEÑOR CARO AL SEÑOR HOLGUÍN.

(Fragmento.)

Hacienda de Palermo, Enero 17 de 1884.

Veo que el Sr. Alarcón, y otros á quienes no menciona V., han extrañado en una oda firmada por mí aquel verso

Tu diestra de los Incas vengadora,

y quedo aguardando la carta que sobre este punto iba á dirigir el mismo señor Alarcón á no sé qué periódico. Cosa buena será y sabrosa de leer, como de ingenio tan feliz; y de todas suertes mis versos quedarán muy honrados con la crítica de un escritor de alta nombradía, que aunque haya de pronunciar fallo adverso, de hecho ha estado cortés con ellos haciéndoles materia de examen, amén de tratarlos, como no dudo que los habrá tratado, con generosa benevolencia.

Pero no me conformo con la inteligencia que da él, según colijo, al verso copiado, porque esto me da á entender que ha parado mientes en un pormenor insignificante más bien que en el espíritu y tendencias de la oda tomada en conjunto. Me figuro que el Sr. Alarcón se ha desentendido del contexto, no sólo de la misma pieza, sino del himno á la Reconciliación que se publicó al mismo tiempo *(Romancero Colombiano)* y que le sirve de complemento.

Aunque no he visto las razones que alega el Sr. Alarcón, yo hago mi composición de lugar, y en desahogo confidencial con V. anticiparé algunas de las que me asisten para defender el asendereado renglón métrico. Yo dividiría mi sermón apologético en partes y probaría tres proposiciones:

1.ª *La frase que yo empleé está sancionada por los mejores poetas, y recibida por todo el mundo como un modo poético de aludir á la emancipación del Perú.*

Como en este campo no tengo libros,

pondré á prueba mi memoria para traer algunas citas.

Baralt dice en un soneto á Bolívar:

> Y al ver la antigua afrenta ya *vengada*,
> De los soberbios Andes en la cumbre,
> Las sombras de los Incas sonrieron.

Bello, refiriéndose á las armas colombianas:

> La cuna de los Incas libertaron.

Y Bolívar mismo, en uno de aquellos rasgos hiperbólicos tan frecuentes en su estilo, dijo que el vencedor de Ayacucho debía ser representado sobre los Andes, tendiendo los pasos de cumbre á cumbre, y llevando en sus brazos la cuna de los Incas.

También hablamos de los hijos del Sol refiriéndonos en lenguaje poético á los peruanos, y la imagen del astro padre de la luz se conserva en los emblemas de aquella nacionalidad, sin que impliquen idolatría estas figuras de una mitología hipotética ó simbólica.

2.ª *La frase de que se trata no sólo es poética, sino moralmente verdadera.*

La alusión á los Incas es, en general, un recuerdo poético. Decir que los sangrientos hechos de armas que trajeron la independencia del Perú dieron venganza á la memoria de los Incas, es una afirmación conforme, además, con la filosofía de la historia.

Si aquellos soberanos indígenas hubieran resucitado, y si prestamos á sus sombras sentimientos consecuentes con lo que ellos fueron en vida, seguramente que se habrían regocijado de ver abatidos y arrojados del territorio á los sucesores de Pizarro.

Y aun sin eso, bajo cualquier concepto que se contemple la guerra de independencia, los Incas se habrían gozado en ver la raza conquistadora dividida en bandos y despedazándose en mortal contienda.

De una y otra parte la sangre que corría en aquellos campos era, toda casi, española; así que dicen más de lo que su autor pensó aquellos versos de Bello:

Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Motezuma.

¿Fué nuestra guerra de independencia espantable destrozo intestino de la raza conquistadora? Si lo fué, debió también de ser grande (aunque tardío) desagravio para la raza conquistada.

¿Cuál es la nación santa, inmaculada, que no mereció castigo? Castigo grande es la guerra civil. Pero una cosa es el castigo y otra la repudiación. Pudo Dios castigar á la nación española, sin quitar á la raza hispana el cetro que le confió sobre el Nuevo Mundo.

La conquista fué obra providencial, y Dios no se ha arrepentido de su obra.

El error de Olmedo, que yo mismo he censurado con la mayor energía, está en no haber hecho esta distinción; en decir que no hubo más español honrado que Las Casas, y que por ello mereció ir al cielo de los Incas; en no ver en la conquista sino matanzas y robos, y no el triunfo y dilatación de la civilización cristiana; en confundir la emancipación política con la restauración de la antigua barbarie é idolatría.

En suma, y concretándome á una sola

idea, el error de Olmedo no consiste en hablar de venganza y castigo, sino en añadir reparación y gloria.

Venganza *y gloria* nos darán los cielos.

3.ª *Cualquiera que sea el valor intrínseco de la proposición discutida, el autor de la oda á la estatua de Bolívar no la consignó en estilo directo como suya, sino en estilo indirecto como pensamiento de Olmedo.*

El plan de la oda se reduce á enumerar varios puntos de vista en que ha sido admirado el libertador y que no fijaron, empero, la atención del estatuario; y en indicar luego el aspecto que Teneranni eligió como glorioso y como punto de partida de su creación artística.

Es evidente que el poeta aprueba la intención del escultor, ó mejor dicho, la intención que al escultor, con fundamento ó sin él, atribuye, y por lo mismo desecha, sin aprobar ni desaprobar, los puntos de vista de otros admiradores del libertador. Parece que el Sr. Alarcón no se habrá fijado en esta consideración.

La primera estrofa expresa el género de admiración de Olmedo, y es una condensación del *Canto á Bolívar*.

Hay allí un verso copiado literalmente de Olmedo como para indicar al lector que aquella estrofa está, en cierto modo, entre comillas. Traducida en prosa, diría:

Bolívar: hay varios modos de admirarte, de que no participó tu escultor.— Uno de ellos, el de Olmedo. El cantor de Junin te contempla como á semidiós tonante y vengador de los Incas...

¿Es esto estilo directo ó indirecto?

Y yo extraño muchísimo que un escritor como Alarcón, maestro en el arte de dialogar y de decir las cosas de un modo rápido y sugestivo, no haya apreciado el sentido indirecto de la primera estrofa de mi oda. Allí hay un diálogo, una discusión implícita, y el primero que habla es Olmedo.

.....

MIGUEL ANTONIO CARO.

III.

CARTA DEL SEÑOR ALARCÓN AL SEÑOR HOLGUÍN.

Madrid 30 de Marzo de 1884.

EXCMO. SR. D. CARLOS HOLGUÍN.

Mi muy querido amigo y compañero: Por formalidad cancilleresca, le devuelvo la carta de su hermano político, el ilustre miembro fundador de la Academia Colombiana, que tuvo V. la bondad de entregarme para que la leyese; pero, al propio tiempo, le suplico me envíe, cuando menos, copia de ella, para guardarla entre mis mejores papeles literarios. Y, ahora, prepárese á resistir mi verbosidad, si por acaso resulto más extenso de lo que conviene á sus muchas ocupaciones.

Ante todo y sobre todo, me complazco infinito en que tan profundo literato y digna persona como el sabio prologuista de las obras de Bello, me dé las señala-

das pruebas de benevolencia que hallo en la indulgente carta á que respondo, y agradecería muchísimo á V. que se lo escribiera de mi parte, ofreciéndole juntamente las *seguridades,* que decimos hoy, de mi sincera admiración y pobre amistad.

También desearía que el Sr. Caro me perdonase si en algo le han molestado las líneas que escribí en *España y América,* más atento al bien que pudieran proporcionar ciertas publicaciones á los iberos de ambos continentes, que á consideraciones de compañerismo y respeto, de lo que no habría prescindido mi pluma en ningún otro caso.

Quiere esto decir que juzgué desde luego, y sigo juzgando, que el asunto en cuestión llegará á ser muy útil, si una persona tan distinguida é influyente como el Sr. Caro reconoce, publicándolo por de contado, que los *españoles* de ambos hemisferios no debemos considerar esta palabra *españoles* como signo político de la pasada dominación de un determinado Gobierno en ciertos países de América,

sino como un apellido de familia que todos llevamos con igual título; ¡como el apellido de la familia que descubrió, conquistó y civilizó las Indias occidentales! Los colombianos, por ejemplo, son en conjunto uno de los hijos del conquistador: emancipóse este hijo al llegar á la mayor edad, y puso casa aparte, no sin que precediera gran reyerta con sus progenitores, como la habrá siempre que ocurra una de estas separaciones, y como yo deseo que la haya hasta correr nuevos mares de sangre el día que Cuba, Puerto Rico y las Filipinas quieran abandonar á España por la fuerza y en pro de nuestros enemigos comunes. Pero se hicieron las paces entre España y Colombia, y reconocida y aceptada la emancipación en términos amistosos, hemos vuelto á ser una sola y verdadera familia, establecida en dos hogares distintos; de tal modo que nosotros, los padres ó abuelos, nos complacemos en visitar y abrazar á Vds., que son nuestros hijos ó nietos, deseándoles mil prosperidades en esa su ya propia morada, donde tienen independencia, li-

bertad, autonomía, bolsillo aparte, etc., etc., bien que siempre el mismo apellido, la misma sangre y la misma historia que los que políticamente ó por antonomasia continuamos llamándonos meramente *españoles*.

En lo demás, si Bello, Baralt, Bolívar y otros á quienes también admiro ó respeto con la debida *sindéresis,* han dicho lo mismo que el Sr. Caro, sancionando poéticamente la especie inexacta comprendida en el verso

Tu diestra de los Incas vengadora,

esto significa únicamente que, en vez de ser *uno,* han sido *varios* los que han incurrido en error... disculpable durante la lucha y el enojo, é indisculpable después de la paz y la amistad. Nada más común, en efecto, que oir á los mencionados hijos, cuando desean casarse y los padres se oponen y luchan con éstos por consiguiente, hablar pestes hasta del heredado *apellido* y de los *blasones* de su ascendencia, dando la razón á los antiguos adversarios de la casa, etc., etc.; y

también los padres suelen en tales circunstancias propalar horrores contra los mismos hijos á quienes adoran...—Pero, como ya he dicho, vienen luego la celebración del matrimonio, el nacimiento de los nietos, la reconciliación, los intereses mutuos, y reaparece con más brío que nunca el amor de familia, jamás extinguido en el fondo...—que es lo que hoy pasa, y de lo cual, Sr. D. Carlos de mis pecados, recibe V. diarias muestras en Madrid, donde todos, chicos y grandes, académicos y próceres, pollos y viejos, estamos prendados de usted... ¡y hasta le toleramos que nos gane el dinero al tresillo!—¡Entonces, el antes atufado hijo se arrepiente de todo lo que habló contra sus padres y abuelos, y riñe de nuevo con todos los tradicionales enemigos de la casa!...—Por eso dice sabiamente el refrán: «Entre padre y hermanos no metas tus manos.»

Confiese, pues, el insigne Sr. Caro haber sido arrastrado á *error de expresión* por los precedentes poéticos del segundo período de discordias (meto en cuenta las

del tiempo de Pizarro), y diga al esclarecido Baralt (cuando le vea dentro de muchísimos años en los Campos Elíseos) que no tuvo fundamento alguno para figurarse que

> Al ver la antigua afrenta *ya vengada*,
> Las sombras de los Incas sonrieron...

puesto que Bolívar y sus compañeros de gloria y fortuna eran tan españoles como Pizarro y Almagro, y siguieron, y siguen en su descendencia, teniendo bajo sus pies á los Incas.

Diga asimismo á Bello, al egregio Bello, al autor de la *Silva* que recuerdo todos los días mientras tomo café ó chocolate, que se equivocó al asegurar que los enemigos de Fernando VII

> La cuna de los Incas libertaron,

dado que esa cuna no ha sido nunca *libertada* por nadie, y sigue y debe seguir siete estados debajo de tierra.

Y al propio Bolívar (que tenía todas las cualidades y virtudes de un gran caudillo español), dígale, igualmente, que nadie guerreó en su tiempo «llevando en sus

brazos la cuna de los Incas,» supuesto que aquellos insurgentes no tremolaban la bandera de Manco-Capac, ni los herederos de Atahualpa y Tupac-Amaru pensaron entonces en restaurar su raza, sus leyes ni su religión...—Por el contrario, todavía hoy...—Pero doblemos la hoja.

Borre, en fin, por su parte el docto señor Caro aquel párrafo de la carta á que contesto en que asegura *que las sombras de los Incas se habrían regocijado de ver abatidos y arrojados del territorio á los sucesores de Pizarro*... y debe borrarlo inmediatamente con magnanimidad, porque jamás han acontecido semejantes hechos; porque los sucesores de Pizarro siguen dentro del Perú; porque son los gobernantes de hoy; porque continúan imperando allí sobre los Incas; porque representan la misma, mismísima conquista del siglo XVI que suponen caducada y *vengada* aquellos poetas, olvidándose de que se llaman *Pérez, López, Rodríguez,* ó BELLO, CARO, OLMEDO... etc., etc., sin contar á HOLGUÍN... apellido cuya cuna está asimismo en España.

Cuando únicamente acierta su hermano político de V. y expresa la verdad con terrible elocuencia, es cuando indica en la mencionada carta que *las sombras de los Incas gozarían y se creerían vengadas al ver la división y lucha de la raza conquistadora.*—¡Oh sí! ¡Eso sí! ¡De tal modo solamente hemos vengado todos á los Incas!—Pero ¡por Dios, que no se repita el caso! ¡No los venguemos nunca más! ¡No volvamos á reñir los iberos de uno y otro continente!

Ni hay para qué. Ni sucederá.—Lejos de eso, con hombres como Caro, como V., como los Presidentes de las repúblicas americanas que nos honran ingresando en la Academia Española y como tantos otros esclarecidos varones que ya recuerdan con amor y veneración á la noble madre que dejaron en el hogar paterno y á la cual bendicen desde el propio hogar, no puede reproducirse la discordia cuya última sangrienta página fué el Callao...—Antes bien, esos nuevos pueblos y el pueblo secular que los engendró; Vds. y nosotros unidos, como apre-

tada falanje de deudos, podremos hacer muy grandes cosas en la paz (¡quiera el cielo que sea en la paz!) ó en guerra contra otros...; quiero decir, en guerra contra los Incas de ahora; contra los que actualmente nos disputan la preponderancia en América; contra los enemigos comunes que hoy tenemos en ambos mundos; contra Londres y contra Washington...—¡Por mi parte pierdo muchas noches el sueño pensando en los filibusteros de Nueva York y en la usurpación de Gibraltar!

Adiós, amigo, y compañero.—Perdone que le haya calentado tanto la cabeza, y mande á su afmo. servidor Q. B. S. M.

P. A. DE ALARCÓN.

IV.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR HOLGUÍN AL SEÑOR ALARCÓN.

Madrid, Abril 12 de 1884.

EXCMO. SR. D. PEDRO A. DE ALARCÓN.

Mi querido amigo: Tengo el gusto de enviar á V. la copia de la carta de mi hermano político D. Miguel A. Caro, que me dice V. desea conservar; y á nombre de Caro y anticipándome á sus deseos, le doy mil gracias por los benévolos conceptos con que V. le honra.

Mucho celebro que á Caro se le hubiese ocurrido reproducir en su inmortal oda á la estatua de Bolívar la idea aquélla de Olmedo:

Tu diestra de los Incas *vengadora*,

que les ha dado ocasión á V. y á él para escribir esas páginas llenas de gracia,

erudición é ingenio, que así harán las delicias de cuantos las lean, como darán testimonio del sentimiento patriótico y del amor fraternal que nos ligan hoy á los españoles de ambos continentes.

Ahora, si V. me permite decir dos palabras en la materia por Vds. dos discutida, diré que, á mi juicio, en ésta, como en casi todas las cuestiones que se debaten, ambos tienen razón. ¡Qué raro es tropezar con alguna controversia en que una de las partes tenga toda la razón y la otra carezca de ella en absoluto!

Los hispano-americanos tenemos en realidad dos nacionalidades: la del nacimiento, que es América, donde hemos visto la luz primera; y la de extracción, España, donde se mecieron las cunas de nuestros padres.

Con ambos países nos ligan vínculos de amor sagrado, aunque naturalmente en casos de conflicto se manifieste más intenso y prevalezca el que sentimos por el suelo en donde vimos correr los primeros años, cuyos recuerdos conservan su color de rosa y su aroma por todo el resto

de nuestra vida. La humanidad ha sentido siempre del mismo modo, y hace ya siglos que Ovidio decía:

> Nescio qua natale solum dulcedine cunctos
> Ducit, et inmemores non sinit esse sui.

La guerra que nuestros padres sostuvieron en la segunda década del presente siglo con el objeto de fundar un Gobierno propio independiente de la Península, se resintió de esa especie de dualidad de nuestro modo de ser político. De suerte que si por un lado aquélla fué una guerra civil y fratricida desde el punto de vista de la raza á que pertenecían ambos beligerantes, por otro era internacional, si se tiene en cuenta su objeto y las condiciones geográficas de los dos países. Considerándola en su primer aspecto, V. tiene razón, y mucha fuerza cuanto expresa en su carta de fecha 30 del mes pasado.

Pero si se atiende al objeto de aquella colosal contienda, que en el fondo era la afirmación, por parte de los españoles nacidos en América, de su derecho á gober-

narse á sí mismos, independientemente de todo poder constituído fuera de su territorio, hay que reconocer que Bolívar y los que sus estandartes seguían eran herederos y representantes del derecho que habían sustentado Manco-Capac y Motezuma contra Pizarro y Hernán Cortés.

Y de que aquello no era una mera ficción, hallará V. la prueba en el hecho de gozar los indios, después de la independencia, entre nosotros, de *todos y los mismos derechos* de que gozan los blancos y de estarles igualmente abiertas todas las carreras ¿Se figura V. que las listas de hombres que se distinguen por allá, así en las armas como en las letras, en la política como en la magistratura, son todas listas de hombres blancos? Pues ha de saber V. que en ellas figuran muchísimos indios que han ocupado todos los puestos de la república, hasta los más eminentes, sin exceptuar la presidencia.

Siendo todo esto así, es indudable que los ejércitos que arrojaron del territorio americano á las huestes peninsulares y á

las autoridades españolas europeas por ellas sostenidas, vengaban (y siento muchísimo no encontrar otra palabra menos malsonante) á los primitivos americanos que, sustentando con las armas aquel mismo derecho, habían sucumbido tres siglos antes en las batallas de la conquista. Y prueba evidente de que esta idea ha estado en el fondo de todas las conciencias americanas, es que el pensamiento de Olmedo se halla reproducido bajo diferentes formas por hombres que, como Baralt y Caro, no han desmentido un solo día su amor á España, y antes bien han sido celosos adoradores y preconizadores brillantísimos de sus glorias, de su grandeza y de sus inmortales tradiciones.

Pero hay en el punto de que tratamos dos circunstancias que, en mi concepto—y perdóneme V. esta franqueza que puede revestir humos de pedantería,—ofuscan hasta cierto punto la clara inteligencia de V., hiriendo, tal vez por no haber parado mientes en ellas, su susceptibilidad nacional. Es la primera el uso del verbo *vengar,* que, sobre ser en sí odio-

so, parece implicar el concepto de una repudiación de los beneficios de la conquista. Pero aquí la falta es imputable al idioma, más bien que á la intención del escritor. He pensado mucho en ello, y no acierto con otro verbo que pudiera sustituirse con propiedad, aun explicando el pensamiento del verso como yo lo entiendo. Que por lo demás sería hasta ridículo ensayar decir nada en abono de los que emplearon aquel verbo, cuando América toda, por el órgano de ellos y de otros muchos oradores y poetas, canta un himno eterno de alabanza y gracias á la nación española que nos envió con la luz del Evangelio sus leyes, su hermosa lengua, su gran civilización; que nos dió carne de su carne y vida de su vida, y que, infundiéndonos su espíritu caballeresco, nos enseñó también, con el ejemplo de sus egregias virtudes, el amor á la libertad... ¿Cree V. que pueblos que hoy gozan de aquellos beneficios pudieran, ni por un momento, renegar de la obra cristiana y civilizadora del descubrimiento y colonización de América por España?

Permítame ya que hablo de esto, y como un desahogo personal, citar aquí una página de un estudio histórico mío sobre la Independencia, publicado en 1878, cuando no existían entre Colombia y España las relaciones de cordial amistad que hoy cultivamos, y que á nombre de mi Gobierno tuve el alto honor de iniciar y reanudar en 1882. Dice así:

«La conquista de América se manchó con excesos y crímenes que acaso no estuvo en manos de nadie impedir; pero es innegable que sacar un continente del caos á la vida, de la barbarie á la civilización, darle forma, leyes, lengua, religión, fué hacerle un inmenso beneficio, casi tanto como haberle dado la existencia. Y de ese beneficio somos deudores á España. La palabra *madre patria* no era simplemente una metáfora tratándose de nosotros, pues nada menos que madre fué España para estas regiones. Crecimos amamantados á sus pechos, aprendimos su idioma, nos enseñó á conocer y amar á Dios: nos dió cuanto tenía. Para nosotros fundó ciudades, Universidades, co-

legios y escuelas; erigió templos, abrió caminos, echó puentes, envió misioneros, introdujo el régimen municipal y fomentó el desarrollo de todas las industrias. Con solicitud y tino admirables determinó las diversas producciones espontáneas de nuestro suelo, y fijó reglas inapelables para la aclimatación de las industrias, sin que nosotros hayamos podido después hacer otra cosa que continuar su labor. Algunos se quejan de que no nos dejó ferrocarriles ni telégrafos; otros de que nos trasmitió su fanatismo religioso, y muchos de que se llevaba el oro y la plata de nuestras minas; en una palabra, se quejan de que no trastornó las leyes morales y físicas que rigen el mundo, de que no hizo milagros como Jesucristo.

»Sería más que injusticia, ingratitud, no reconocer la previsión y sabiduría con que España legisló para estos países; las providencias saludables que dictó para salvarlos de la rapacidad voraz de los aventureros; y el incomparable beneficio de haberles legado tres unidades que pueden ser salvadoras para todas las re-

públicas de este continente: unidad de religión, unidad de lengua y unidad de legislación.»

Dije antes á V. que iba á citar mi propia autoridad en son de desahogo personal, porque el escrito de donde tomo esta página me fué devuelto una vez por nuestro amigo Moraza con una cartita en que me decía que no podía continuar aquella lectura porque, estando enfermo, le agravaba el ver apasionados conceptos lanzados contra España por escritores *extranjeros*. Y vuelvo á la cuestión.

La otra circunstancia á que enantes me refería, como perturbadora de su clara visión de V., es el error harto común aquí y allá de considerarnos á los sur-americanos de hoy hijos de Vds. Este mismo error que se ha deslizado en su sabrosa carta de V., y se trasluce en los ejemplos en ella aducidos, prevalecía indudablemente á principios del siglo y contribuyó no poco á prolongar y encrudecer la guerra de la Independencia. Si V. relee los documentos públicos de aquella época, notará que no escaseaban

frases como las de «hijos desnaturalizados,» «hijos ingratos,» «hijos que querían sacudir el suave yugo de la santa autoridad paterna,» y otras por el mismo estilo.

Tan evidente me parece aquel error, que lo que no comprendo es cómo ha podido medrar y arraigarse. Jamás, fuera de nuestro caso, he oído sostener á nadie que los descendientes de hermanos que se establecen en casas, lugares ó provincias apartadas, vengan después, en ninguna de las generaciones subsiguientes, á considerarse, unos respecto de otros, hijos, padres ó abuelos. Primos ó parientes es todo lo que pueden ser, y primos ó parientes es lo que en realidad Vds. y nosotros somos. Nuestros antepasados eran hermanos de los de Vds.: los nuestros se fueron para América, y los de Vds. se quedaron aquí. Las primeras generaciones que se siguieron fueron naturalmente primas hermanas; luego primas en segundo y en tercer grado, y así sucesivamente, hasta que al fin ha quedado una masa de individuos de común origen, pa-

rientes por supuesto, llenos de recuerdos de familia, pero viviendo los de cada rama en su casa, en regiones apartadísimas.

No veo en nada de esto las relaciones que se suponen de padres á hijos, y mucho menos derecho en ninguna de las dos agrupaciones de gobernar á la otra á título de autoridad paterna. No hace á mi propósito discutir ahora los títulos con que España gobernaba en América, que probablemente eran los mismos con que todos los Gobiernos gobiernan en el mundo, ni qué títulos asisten á los Gobiernos cuando no tienen la fuerza, aunque no gobiernen con la fuerza.

Lo único que sostengo, y que creo que V. no me negará, es que la autoridad de España no imperaba en América sobre el principio de la constitución de la familia cristiana con que V. gobierna á la suya y yo á la mía. Por eso cuanto V. dice sobre efectos desastrosos que han de seguirse, y mares de sangre que deben correr el día en que los hijos, por haber llegado á la mayor edad, quieren poner casa apar-

te, se me antoja ininteligible y consecuencia de aquel erróneo concepto, único que ha podido engendrar criterio tan inseguro para apreciar las relaciones de pueblos de común origen.

Vea V. las cosas como en realidad son, y convendrá conmigo en que á este respecto se ha llevado la ficción demasiado lejos. Á menudo decimos nosotros, siempre que la ocasión lo requiere, y con mezcla de gratitud y orgullo, que España es nuestra madre, y madre patria la llamamos, como V. lo ha visto en los párrafos de mi escrito antes citado. Usted comprende que con esto queremos decir que reconocemos en España la casa solariega de la familia, la heredad de nuestros mayores, y por eso venimos aquí á no considerarnos extranjeros y á ver en cada español un hermano nuestro. Pero ni á V., ni á Catalina, ni á Menéndez Pelayo, ni á Moraza, voy á considerarlos por ende padres ni abuelos míos, ni cosa que se parezca; ni fué muy fraternal que digamos el recibimiento que les merecí el día que nos conocimos en el Monaste-

rio de Piedra, de donde me hicieron ustedes venir *cantando.* Y no que no sea muy sincero y muy grande el amor de familia que me une á Vds. y á muchos otros que V. conoce, del cual es una prueba lo pronto que olvidé aquel desaguisado, y lo á menudo que me siento á compartir la sal y el pan en su mesa de V., en donde, si no ya aquel amor, me lo habrían hecho olvidar con su exquisita amabilidad la señora Doña Paulina y la encantadora Paulinita con toda su gracia.

Prescinda V., pues, mi amigo, de esas dos preocupaciones; no insista en ver la acepción odiosa del verbo «vengar;» déjese de estar creyendo que la guerra de nuestra independencia fué el alzamiento de unos hijos desnaturalizados en rebelión contra la autoridad de sus padres, y verá que el verso

Tu diestra de los Incas *vengadora*

no pasa de ser, como muy bien ha dicho Caro, una frase hecha, especie de medalla acuñada con el consentimiento universal de todos los escritores america-

nos, para aludir en forma poética á la guerra de emancipación.

Y si todavía el más delicado oído español europeo percibe algo de malsonante en aquella frase, debe tener en cuenta, para apreciar su verdadero significado y alcance, las opiniones y sentimientos notorios de quienes la emplean.

De Bello y de Baralt, así como de Caro y de mí, que también la he usado, y que sólo por esa consideración me permito unir al de ellos mi obscuro nombre, puedo afirmar que hay muchas pruebas preconstituídas de que jamás hemos desconocido ni dejado de agradecer y ensalzar los títulos que á la gratitud americana tiene nuestra madre España; que para nosotros la independencia jamás ha significado otra cosa que un mero accidente en las transformaciones políticas por que están llamados á pasar todos los pueblos. Pues por lo demás, aquéllos estuvieron y nosotros estamos hoy más unidos á España por relaciones de familia, por simpatías de raza, por comunidad de sentimientos, por aficiones literarias y por

idéntica aspiración á ver crecer y prosperar y ser felices á cuantos pueblos llevan en sus venas sangre española, que no lo estaban nuestros padres el siglo pasado, cuando sólo los ligaban á ella lazos de fuerza que la fuerza pudo romper tan fácilmente.

Y si esta carta, en que mi pluma ha corrido con tanta libertad, ha resultado demasiado larga y va á causarle á V. demasiada fatiga su lectura, llévelo V. en amor de Dios, que para eso estamos en Semana Santa, y justo es que de cuando en cuando haga V. alguna penitencia.

Su buen amigo y estimador sincero, Q. B. S. M.,

CARLOS HOLGUÍN.

POSTDATA.

SR. DIRECTOR DE «LA ÉPOCA.»

Se extrañará acaso que dejara yo sin contestación la sutil y amable carta del Ministro plenipotenciario de Colombia, Excmo. Sr. D. Carlos Holguín; y como

ya no exista el riesgo patriótico que entonces quise evitar á toda costa, pues recientes manifestaciones políticas y literarias impedirán hoy cualquier interpretación torcida, debo explicar la causa de mi repentino silencio en aquella controversia, del propio modo que se la expliqué oportunamente de palabra al distinguido diplomático de Bogotá en la antesala de la Real Academia Española.

—«Ha llegado (le dije) nuestra discusión á un punto de cordialidad y claridad tan apetecibles, que no me conviene llevar más adelante la polémica, por temor á que fuésemos menos útiles á España y Colombia en sucesivas argumentaciones. —Prescindiendo, pues, de la complacencia de amor propio que tendría al demostrar á V. por escrito cuán erróneo es todo aquel párrafo de su carta en que se propone convencerme de que Colombia no es *hija* de la España actual, sino *prima* más ó menos remota, fundándose en la especiosidad ó inadecuada alegación de que á nadie ha oído V. sostener que *los descendientes de hermanos que se es-*

tablecen en casas, lugares ó provincias apartadas vengan después, en ninguna de las generaciones sucesivas, á considerarse, unos respecto de otros, hijos, padres ó abuelos. Contestaría yo á esto diciéndole á V. que el ejemplo fuera oportuno, si España hubiese muerto como nación, y sólo existieran hoy *descendientes* de ella, establecidos en tal ó cual parte del globo... ¡Ciertamente, el único vínculo que habría ya entre nosotros sería ese parentesco *divergente* ó colateral, que la multiplicación debilita y extingue, y comparable al que pueda existir entre los israelitas de Tetuán y los de Liorna!... Pero la nacionalidad española no ha perecido, como pereció la antigua nacionalidad hebrea: España vive; España actúa; España es el propio Estado europeo, la mismísima nación de hace cuatro siglos ó de hace sesenta años, y, por consecuencia, ni las repúblicas ibero-americanas están huérfanas en la Historia, ni son parientas *colaterales* de ninguna huérfana europea de la antigua España. Podrán esas repúblicas españolas de América ser *primas*

ó *sobrinas* unas de otras; pero de España, de la constante España, de la España de antes y después, son hijas, nietas, biznietas, tataranietas, lo que V. guste, en grado sucesivo; pero siempre sus descendientes directas, siempre sus retoños, siempre sus crías: todo lo cual, en buena literatura de *nuestra casa* (señor académico correspondiente), se llama *hijas* de un modo genérico, y exige amor y respeto y hasta *obediencia*.:. en cuanto no pugne con la autonomía conquistada.—Por eso Vds., señores colombianos (lo mismo que los mejicanos, y los chilenos, y los del Perú, y los de Venezuela y tantos otros), á fuer de piadosos hijos, y pasados ya los días de discordia, siguen diciendo que *España es su madre,* y *madre patria* la apellidan, según que V. propio lo reconoce y confiesa noblemente, tres párrafos después, como la cosa más natural del mundo.—Repito, sin embargo, que no quiero dilucidar hoy esta cuestión en epístolas que, según parece, van á publicarse, bastando como basta á mi propósito el que americanos tan insignes como

V. y como el Sr. Caro hayan hecho las cordialísimas declaraciones que á todos nos aconseja un interés común, muy compatible con la forma y con la independencia de cada Gobierno.»

Como el Sr. Holguín es tan discreto y tan justo, éste mi raciocinio, fundado en la subsistencia ó permanencia de aquella Nación Española que descubrió y conquistó las Indias Occidentales, debió de sacarle de su error, pues dió otro giro á nuestro diálogo y comenzó á hablarme en muy dignos términos de la definitiva personalidad propia y autonómica de cada república hispano-americana; terreno á que yo le seguí sin esfuerzo alguno (dado que no son devoluciones de territorio, sino progresos de amor y amistad los que deseo para España desde la frontera de los Estados Unidos hasta el Cabo de Hornos); con lo que nuestra conversación terminó, como siempre, entre fraternales apretones de manos y con una cita para jugar al tresillo.

Es, señor Director de *La Época,* cuanto tenía que añadir para completar la

presente historia; así como por lo tocante á mi querido amigo el Sr. Moraza, me cumple indicar el recelo de si el *Estudio histórico* que le dió á leer el Sr. Holguín, escrito en América, allá en los tiempos de incomunicación y discordia, contendría algún párrafo no tan dulce como los copiados y que explicase el genial arranque de amistosa franqueza y puntilloso patriotismo del antiguo Director de *La España*...—Sea como quiera, ha llegado el caso de olvidar cuanto pueda separarnos á los iberos de ambos continentes, sabiendo dar á cada tiempo lo que fué suyo y dedicándonos todos ahora á preparar ó aconsejar tratados de *unidad profesional, literaria y aduanera,* que conviertan en una poderosa *familia de Estados independientes* á tantos y tantos pueblos como antes constituyeron un solo Estado.

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 22 de Agosto de 1884.

EXCMO. SR. D. PEDRO A. DE ALARCÓN.

Muy distinguido señor y amigo: Una catástrofe espantosa acaba de envolver en luto á un pedazo de mi patria: la provincia de Buenos Aires—rica y floreciente—ha sido inundada de una manera que no se conocía en aquel país, quedando sin techo y sin pan millares de familias, arruinadas en las corrientes de tan lamentable desgracia.

Para mitigarla en lo posible, las almas nobles inician allá suscripciones populares; y no pudiendo yo aquí imitar el ejemplo de mis compatriotas, siento el deber y el deseo de asociarme á ese hermoso sentimiento de la caridad.

Con este fin he resuelto hacer un número especial de mi periódico *España y América,* cuyo producto se destine á las suscripciones de que acabo de hablar.

Al concebir esta idea, no cuento tanto con el producto material de lo que será, sin duda, una joya literaria, sino con el

efecto moral que producirá en mi patria el saber que sus infortunios y dolores han encontrado eco generoso en el corazón de los escritores y poetas españoles, agregando así un anillo de oro á la cadena de simpatía que hoy liga á los hijos del Nuevo Mundo con la heróica y caballeresca madre de su raza.

¿Me quiere V., señor, mandar unas líneas para este número especial de mi periódico?

No seré yo únicamente quien lo agradezca á V., sino mi patria, y aquellos desgraciados en cuyas mejillas abatidas vaya quizás la inspiración española á enjugar una de las lágrimas que las humedezca.

Hasta el día 31 del corriente esperaré con ansia el valioso contingente que, en nombre de la más dulce fraternidad, me permito pedir al hombre de talento y de gran corazón.

Acepte V., señor, la expresión respetuosa de mi profunda simpatía.

HÉCTOR F. VARELA.

Madrid 23 de Octubre de 1884.

P. A. DE ALARCÓN

SENADOR DEL REINO

B. L. M.

á su querido amigo el Excmo. Sr. Don Héctor F. Varela, y tiene el gusto de enviarle los renglones que desea, agradeciéndole el amistoso recuerdo y aprovechando esta oportunidad para reiterarle las seguridades de su más distinguida consideración y aprecio.

Madrid 26 de Octubre de 1884.

LA MEJOR AMIGA.

¿Quién es esa interesante beldad, independiente y valerosa, cubierta hoy de repentino luto, que, rodeada de amigos y deudos de ambos continentes, llora los estragos de espantosa catástrofe y excita la compasión de todos los pueblos generosos?—Es la *provincia de Buenos Aires,* una de las estrellas de la constelación argentina.

¿Y quién es esa noble y siempre bella Matrona, de altiva faz y soberano aspecto, que, profundamente conmovida, penetra en el Palacio de la gentil americana, y á cuya presencia todos se inclinan con respeto y veneración?—Es la inmortal España; la excelsa madre de la afligida Princesa; la antigua Emperatriz de dos Mundos que acude del otro lado del Océano á estrechar contra su corazón á aquella amadísima y atribulada prenda.

Dejémoslas hablar á solas, en la intimidad del más sagrado y tierno cariño. ¡No hay para tamaños infortunios consuelos como los maternales! —Además, cosas muy dulces, en medio del llanto, tienen que contarse las dos reinas, y seguro es que no habrá prueba de amor que la magnánima y piadosa madre no dé á la angustiada hija, aun siendo tantas sus desventuras propias...

¡Bendito el dolor, cuando de ese modo contribuye á renovar sentimientos de familia, por cuya virtud la forzosa separación en que habrán de seguir viviendo gentes que ayer tuvieron un solo hogar,

será en adelante, no ya motivo de rencor ni de tibieza, sino razón de más solícito afecto y de recíproca confianza!

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 25 de Octubre de 1884.

Felicito cordialísimamente á la Revista titulada *Los dos Mundos* por el noble empeño á que se ha dedicado de fomentar inteligencias y alianzas entre la Nación ibera de Europa y sus amadas descendientes las naciones iberas de América.

Urge, sobre todo (no lo olviden Vds., estimadísimos compañeros), la celebración de fraternales *Tratados literarios,* que tanto contribuirían en ambos hemisferios á la ilustración y cultura, y, consiguientemente, á la prosperidad y bienandanza de cuantos pueblos bendicen al Creador en la incomparable lengua de Castilla...

Por lo que á nosotros, los escritores de oficio, toca peculiarmente, baste decir,

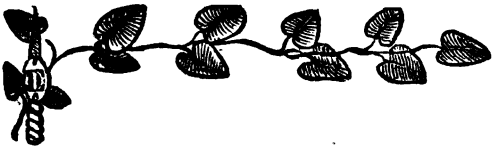
aunque á primera vista parezca algo contradictoria la especie, que esos convenios producirían al par dos faustos resultados correlativos, que hoy envidiamos á Francia y á Inglaterra: abaratar la librería hispano-americana, y enriquecer á todos los buenos literatos que escriben en español á uno y otro lado del mar de Atlante.

P. A. DE ALARCÓN.

Diciembre de 1884.

LOS LUNES

DE «EL IMPARCIAL»



Sr. D. José Ortega y Munilla.

Mi distinguido amigo y compañero: El libro titulado *Los Lunes de El Imparcial,* que ha tenido V. la bondad de enviarme, renueva, y como que resume melancólicamente en mi corazón, el placer semanal que había experimentado durante algunos años al leer cada uno de los artículos que ahora veo juntos en confusa y pintoresca amalgama.—No otra emoción se siente cuando, después de recorrer con *cicerone* las calles y plazas de alguna gran ciudad—sus iglesias, fábricas, palacios, puentes y paseos,—sube uno al más alto campanario que la domina, y ve de golpe, reunidas en apretado y gracioso grupo, tantas y tantas cosas como allá abajo le entre-

tuvieron horas y horas y le interesaron diversa y separadamente.

«¡Cómo se condensa lo pasado! ¡Cómo se borran las líneas divisorias de los hechos! (he exclamado yo, al mirar este precioso volumen, lo mismo que al abarcar toda una ciudad de una sola ojeada). ¡Cómo las desiguales y caprichosas partidas se convierten en inalterables sumas! ¡Cuántos pormenores dejan ya de apreciarse! ¡Cuántos desaparecen por decantación en el mudo fondo del olvido! ¡Qué abismo es el mar de nuestra común ó individual historia!...»

Pero no se refiere á semejantes melancolías lo que yo pienso decirle á V. No ha sido para eso para lo que me he valido de la citada imagen, sino, muy á la inversa, para comparar el jubiloso efecto que causa el nuevo libro con la delectación y alegría que nos produce el pintoresco y abigarrado panorama de Valencia ó Murcia... (fijémonos en Murcia), visto desde la altísima torre de su catedral...—¡Qué variedad y riqueza de colores! ¡Cuánta luz y cuántas risas en el cie-

le! ¡Cuánta animación y lozanía en el campo! ¡Qué filigrana pérsica la de aquel apelmazado caserío! ¡Cómo se dibujan las palmeras en el azul de la atmósfera! ¡Cómo reluce el río entre el arbolado de las huertas! ¡Qué elegantes líneas las de los malecones y caminos! ¡Cuánta colorada naranja y cuánto dorado limón, rivalizando con las flores de los verjeles! ¡Qué eterna juventud en todo, hasta en los tugurios, que, vistos de cerca, serán feos y viejos! ¡Cuán lisas y limpias parecen callès y plazas! ¡Cuán diminutas é inofensivas las gentes! ¡Cuán armonioso el conjunto de sus pregones y de sus ayes!... ¡Cuánto gozarán los zánganos de aquella colmena! ¡Qué dulce es vivir! ¿Quién habló de la desaparición del Paraíso Terrenal? ¿En dónde mejor edén que el de las orillas del Segura?

Mas tampoco debería yo expresarme así para analizar su libro de V. en una carta con honores de artículo, probablemente destinada á la publicidad... ¡Tal vez sería preferible dejarme de hipérboles y metáforas, á fin de que los *natura-*

listas en crudo no extrañasen que los literatos cultivemos la literatura, que los artistas amemos el arte y que los poetas usemos el lenguaje de la poesía! Quizás pareciera más *real, verdadero* y *positivo* el que también yo prescindiese de que tengo *alma,* ó como ahora se llame, y de lo más noble y puro que en ella siento, y del aspecto ideal de las cosas, y de los espontáneos entusiasmos de mi imaginación, reduciéndome á copiar los fenómenos que no se ocultaron ni al mismo Sancho Panza, la parte vulgar y pedestre de la vida, las miserias que tiene olvidadas cualquier practicante de hospital, lo que copia la máquina de cualquier fotógrafo. —Sin embargo, prefiero cierta impopularidad entre los iconoclastas de moda á cierta degradación ante mi fuero interno, y continuaré hablándole á V. en el tono y de los asuntos que son y han sido siempre propios del Arte, aunque haya musas, afortunadamente repulsivas al público distinguido y de gusto, que apelliden *romántico, falso* y *sentimental* todo lo que sobresale algo

del nivel de lo cursi, ramplón y grosero.

Torno, pues, á mi tan repetida metáfora, y digo, en elogio de V., que por la prontitud y viveza del discurso, por el fulgor del calificativo, por la concisión de la sentencia, por la voluptuosidad del sentimiento y por la variedad y subido tono de las galas retóricas, *Los Lunes de El Imparcial* pertenecen al género semítico, en su matiz más caliente ó vistoso; al estilo natural de África, que es el mismo de Murcia; al de las muchas y muy enérgicas y contrastadas tintas; al de las mantas, zaragüelles y monteras que allí constituyen la hermosa vestimenta del indígena, y al del exaltado y espléndido lenguaje que usan todos aquellos paisanos de la seda, de los dátiles y de las rosas.—No será V. oriental en *Los Lunes* al modo de los árabes místicos y taciturnos, vestidos únicamente de blanco, ó de blanco y negro, que plantaron sus tiendas y luego sus ciudades al extremo del Atlas, por el lado de Tetuán, Fez y Tafilete; pero lo es V. al modo de aquellos lujosos y alegres argelinos (y aún me ex-

tiendo á los opulentos moros de Túnez y de Trípoli), cuyo traje luce todos los colores del arco iris y en cuyo adorno entran todos los metales y todas las piedras preciosas.

Así es que, pintando las maravillas de la naturaleza, las obras del arte, las costumbres de la vida, las creaciones del ingenio, todo ese mundo *real,* pero no siempre *material,* y nunca *ordinario* ni *antiartístico,* que palpita en sus animadas crónicas, da V. constantes muestras de ser algo mucho más alto y lúcido que el afanado noticiero de otras secciones del periódico; es V. á todas horas el buscador de oro y el buzo de perlas; es V, el instruído artífice, cincelador de primorosas frases; es V. el elegante mago que viste con fantásticos atavíos la triste *verdad,* para hacerla más grata y recomendable; es V., en fin, el poeta de los tropos y las figuras, como los autores de esas kásidas y odas que nos han traducido Gayangos, Lafuente Alcántara y Simonet, donde pocas cosas aparecen con su adocenado nombre ó con su ruín estatura,

sino idealizadas y agrandadas por el arte. —¡Sí! V. pertenece á aquella raza de escritores, esencialmente pintorescos y parafrásticos (refiérome á Ibn Aljathib, Abulwalid, Almaccari, etc.), que dieron noventa y nueve nombres á Dios; que llamaron á la vega granadina *cuento de los viajeros y conversación de las veladas, ó mar de trigo y mina de azúcar y seda;* que denominaron á sus jóvenes hermosuras *lunas nuevas ó lunas llenas, según la precocidad;* que apellidaron á Málaga *ciudad de la salud, rival de los astros, frente de mujer seductora, reparo de contratiempos;* á Granada *esposa que sale á vistas, y cuyas regiones son su dote,* y á Guadix *tierra en que nadie languidece, excepto el aura de la primavera;* poetas insignes, en medio de su propio sensualismo hiperbólico, que escribieron en el Patio de los Arrayanes de la Alhambra: *Si la luz de las estrellas es trémula, sólo lo es por miedo al rey Mohammed V,* y en la Fuente del Patio de los Leones: *Confúndense á la vista el agua y el mármol, y no sabemos*

cuál de los dos es el que se desliza, y para quienes los habitantes de Cártama eran *gentes sin resignación en las calamidades, cuyas manos se veían atadas por la avaricia, y cuyas espadas estaban siempre desnudas para las mutuas reyertas.*

De aquí, mi buen amigo, el que sea usted tan admirado y envidiado generalmente, y de aquí también el que sirva V. como nadie para la literatura rápida, vivaz, conceptuosa y espléndida del folletín á lo Jules Janin, al propio tiempo que acredita V. meditación más sosegada y estilo más diserto en sus famosas novelas, de que no necesito hablar en esta carta, pues que ya sabe V. cuánto me deleitan y complacen, no obstante mi fama de intransigente y el pasajero culto que ha rendido V. en algunas, á fuer de joven, á la pícara y variable moda... ¡No se advierten estos resabios en *Los Lunes,* ni aun en los casos en que V. se lo propone deliberadamente ó lo exige aquello mismo que elogia! Siempre es V. en ellos *idealista:* no hay fenómeno *positivo* del

espíritu humano, por quimérico ó soñado que parezca, que se escape á la atención y al respeto de V. Comprende, por elevación de instinto, que *lo extraordinario* es el adecuado patrimonio de la *poesía;* que, ni aun en casera tertulia, cuenta nunca nadie lo *insignificante* y *trivial* en que sólo intervienen medianías *vulgares;* que el cuadro, la estatua, el drama, la novela, siempre versaron acerca de lo *excepcional, heróico* y *peregrino,* y que si alguna vez el genio, en sus humoradas, trata lo *feo* y lo *sucio,* lo hace monumentalmente y por contraste, como Víctor Hugo en *Cuasimodo,* para lucimiento de la propia potencia artística, ó en son despectivo y burlesco, sin más transcendencia que la de toda caricatura, como nuestro Quevedo en *El Gran Tacaño* y en otras de sus inmortales obras.

Pero nadie pensó nunca en hacer una *heroína* de tal ó cual desaseada maritornes ó pobre señora de cuarto tercero, á quien nada de *particular* ocurre.—¡Fuera demasiado fácil la tarea de *crear* estos

tipos para que pudiesen constituir título de gloria! Ó la literatura y el arte no son nada, ó son algo distinto de la prosáica *realidad conocida por todos.*—Porque hay otra *realidad:* la de las regiones *superiores* del alma y de las cosas, tan *verdadera* y tan *humana* como la no *cantable* ni *contable.*—Quédese, pues, para la estadística, para las clínicas y para los juzgados de primera instancia el estudio y censura de lo simplemente atroz ó sangriento. El arte sólo registra parricidios como el de Guzmán el Bueno ó el de Lucio Junio Bruto, trances amorosos como el de Francesca ó el de Cleopatra, ferocidades como las del Tetrarca de Jerusalén, demencias como la de D. Quijote, suicidios como el de Lucrecia; pero los crímenes del Canal ó de las Vistillas, resultado de móviles mezquinos ó despreciables, no salen de la esfera de la causa criminal de oficio, á la cual ya se ha dado la necesaria solemnidad con el juicio oral y público.

Voy á concluir. En la amable carta á que contesto me pregunta V. por qué no

escribo. No es, como V. se imagina, según las bondadosas frases que me dirige, porque el público me parezca definitivamente pervertido. En primer lugar, nunca he dejado de tener sólidas razones para entender lo contrario. En segundo lugar, veo ya claramente que el ciclón pasa. La avenida de cieno, de aquel cieno que oportunamente anegó á mi cuitado héroe de *La Pródiga,* baja, y baja hace ya algún tiempo. El clásico y profundo Cañete y el denonado y elegante Luis Alfonso (sé que V. se alegrará de ello) están á punto de cantar victoria en su brillante campaña crítica contra el naturalismo sin conciencia y sin blasón estético... ¡Pronto volverá á reconocerse universalmente que no sólo de pan vive el hombre, y que hay en nuestra alma *realidades* más *positivas* y hermosas que las que ven los ojos de la cara de un cualquiera en la mujer ó en el dinero de su prójimo!

Si no escribo es por falta de tiempo; pero podré volver á escribir, después que Dios, Nuestro Señor *(¡qué tonte-*

ría! exclamarán no pocos sabios al leer este saludo), sea servido de procurarme arbitrios y medios para que mis hijos no tengan que meterse á literatos el día que yo les falte. ¡Harto siento, entre tanto, el que la literatura no produzca en España lo suficiente para el sostén de dos generaciones de una familia, ni aun gozando el metido á escritor, como yo he gozado hasta ahora, de la más decidida protección del indulgente público; protección que, dicho sea por lo que valga, sigue prestándome en estos días de prueba para las letras, no obstante la prodigiosa actividad con que algunos pobres hombres han dado hace tiempo en la flor de aconsejar á nobles publicistas, indiferentes á nuestras luchas, que se guarden y abstengan de seguir anunciando en sus periódicos (aunque sea sin ninguna alabanza, como yo se lo pido) la incesante reimpresión de mis inofensivas y afortunadas obras!...—¡Uf! ¡qué asco! ¡Esto sí que es *naturalismo* de la envidia y la impotencia! ¡Esto sí que pertenece á la escuela *pornográfica!*—Afortunadamente,

los mencionados publicistas no obedecen, por lo regular, á sus consejeros, ni consideran que hay razones de patriotismo para estorbar la expendición de novelas en que no se deshonra al género humano.

Con que adiós, mi buen compañero. Reciba V. mil plácemes y mande á su afectísimo amigo, que de veras le quiere,

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 27 de Marzo de 1884.

PENSAMIENTOS SUELTOS

PENSAMIENTOS SUELTOS.

(DE UN LEGAJO DE NOTAS Y APUNTES PARA LIBROS QUE NO LLEGÓ Á ESCRIBIR.)

Los melancólicos, por natural instinto, semejante al que designa á los irracionales las medicinas de sus dolencias, se complacen en el estudio de la Historia y en la contemplación de las ruínas.—El espectáculo de tanta muerte y de tanto olvido les hace más llevadera la propia amargura, por cuanto su tristeza pierde en profundidad todo lo que gana en extensión.—Dijérase que han dilatado su herida para mejor curarla.

Los exámenes de imaginación son tan útiles como los exámenes de conciencia.

Y aún más, porque tan luego como descubre uno la raíz ó fuente de sus propios errores, puede prevenirlos y evitarlos, en lugar de verse obligado á correcciones y enmiendas, muchas veces tardías.

La felicidad de los tontos consiste en que no saben ni pueden saber que lo son. —En cambio los medio tontos, quiero decir, aquéllos que simultáneamente tienen conciencia de sus pocas luces y la bastante necedad para pretender que se los crea listos, pasan una vida de perros. ¡Los hay literatos y artistas, y hasta profesores, ministros y jueces!—Pero terminan como principiaron, despreciados por unos, compadecidos por otros y avergonzados de sí mismos.

¡Cómo se arrepentirán los cobardes de haberlo sido, cuando vean que irremediablemente va á matarlos, sin devolverles la perdida honra, un cólico, un cáncer ó cualquiera otra repugnante enfermedad, más dolorosa casi siempre que el temido golpe del hierro ó del plomo!

Cuando los filántropos europeos os hablen de las crueldades cometidas por los españoles en América, recordadles las espantosas piraterías que durante más de un siglo (todo el XVII y parte del XVIII) consintieron franceses é ingleses á los *bucaneros* que asolaban el Istmo de Panamá, si ya no es que aquellas naciones las fomentaban secretamente, como aseguran algunos historiadores de Indias.

Tenemos tal afición los españoles, desde que el mundo es mundo, á rompernos unos á otros la crisma (sin perjuicio de rompérsela también al vecino, y al no vecino, tan luego como criamos una poca sangre ó reunimos un poco dinero), que todos los sucesos algo dramáticos ocurridos en nuestro país, de que pueden aprovecharse los aficionados á composiciones históricas, resultan coetáneos ó dependientes de alguna *guerra civil,* ya sea entre magnates y magnates, ya entre los magnates y el rey, ya entre el rey y las comunidades ó municipios, ya entre los varios reinos en que casi siempre ha es-

tado dividida la Península española, ya entre moros y cristianos, ya entre inquisidores y herejes, ya entre absolutistas y liberales, ya entre monárquicos y republicanos, ya entre republicanos y federales, ya entre federales y petroleros. —Dijérase que los nacidos en esta tierra de garbanzos somos capaces de todas las virtudes cívicas y de todos los afectos privados, de todas las grandezas y de todos los heroísmos, excepto del amor fraternal.

—¿Qué es mejor?—suelen preguntarse los casados:—¿tener hijos ó tener hijas?

Yo he creído siempre que lo mejor es tener hijas, por más que todo buen padre deba amar igualmente, en el fondo del alma, á los varones y á las hembras que Dios le envíe.

Explicaré lo que tengo visto y entendido en el particular.

Los varones de la desgraciadísima época á que hemos llegado dan señales muy luego del siniestro espíritu de rebeldía contra la autoridad paterna (y, por

supuesto, contra toda otra autoridad divina ó humana), que acabará harto pronto con nuestra decantada *civilización.* Tiembla uno, pues, desde que se casa, al pensar en las cosas que cuentan muchísimos padres acerca de ingratitudes, desobediencia, recriminaciones y hasta desmanes con que suelen afligirles sus hijos, no bien les apunta á éstos el pícaro bozo. Y no tiembla sólo presintiendo iguales amarguras para sí mismo, sino pensando en el triste porvenir de sus descendientes, condenados á toda una vida sin temores, respetos ni vínculos morales.

Con las hijas, rarísima vez acontecen estos horrores. — Las mujeres, por su constante proximidad á las madres, conservan todavía, y han de conservar aún durante mucho tiempo, especialmente fuera de Francia, la bendita religiosidad y todos los puros afectos que de ella proceden, única base de las felicidades posibles en la tierra, así para las propias afortunadas hembras como para cuantos viven en su amor y compaña.

Quiero decir que las hijas son más pia-

dosas, más obedientes, más tiernas, más temerosas de Dios y más apegadas á sus padres que los aventureros hijos. La madre viuda hallará en ellas la protección y asiduidad que son tan raras en los varones, y aun el mismo padre se sentirá siempre más jefe y tutor de sus hijas que de sus hijos. Porque los mozuelos de ahora adquieren pronto, ó creen adquirir, tanta personalidad como su progenitor, aumentada (presumen los muy cándidos) por no sé qué soñado progreso continuo del alma humana; de donde acontece que, mientras el padre suele vivir y morir siendo perpetuo novio de sus hijas, así cuando las ve en la cuna como cuando las halla casadas y con hijos y aun nietos, los tales varones, no bien empiezan á ser aguiluchos, vuelan ya por las regiones de la ingratitud y la autonomía, sin procurar ninguna dulzura al corazón paterno—á lo menos deliberadamente.

Se dirá que no hablo tanto de la conveniencia de las hijas como de la de los padres, y que esto es discurrir con feroz egoísmo...—No hay tal cosa. En primer

lugar, ya indiqué antes las ventajas que á las mismas hembras les proporcionan siempre su religiosidad y consiguiente apego á sus padres, á la virtud y al hogar doméstico... Pues añádase que, por estas razones y por otras, toda mujer puede llegar á considerarse feliz, sin ser rica, mucho más fácilmente que su hermano en igualdad de circunstancias.—La ambición es demonio que tienta casi exclusivamente á los varones.

Por último, las mujeres dignas de este santo nombre, las nobles depositarias del pudor y de la piedad, no han incurrido todavía en la simpleza de querer ser *fiscalas, ministras, polizontas, soldadas* ni *verdugas,* ni están expuestas, por consiguiente, á las tragedias, locuras y crueldades que llenan la vida de los magistrados, de los héroes y de los tribunos.

DICIEMBRE

I.

ASPECTO NATURAL.

Con sobradísima razón dejó de ser *Diciembre* el *décimo* mes del año, como lo era en la antigua Roma, según nos advierte su misma etimología, y con harta razón también, aunque ya con impropio nombre, descendió al puesto de duodécimo ó último de los meses.

Dígolo, atendiendo á que, tras la melancólica agonía del Otoño, la Naturaleza llega en los postrimeros días de Diciembre al extremo grado de empobrecimiento y fealdad,—por lo menos, si se la mira desde ésta nuestra viejísima Europa que, durante miles de años, fué (¡vergüenza da pensar en ello!) el único *mundo conocido* en unión de tales ó cuales regiones del

Sudoeste de Asia y de las costas del Norte y Nordeste de África...

Ocasión oportuna parecería la actual para discurrir horas y horas acerca de lo muy reciente que es nuestro aún no entero conocimiento del globo terráqueo... ¡Menos de tres siglos hace que toda América, desde los Esquimales hasta el Cabo de Hornos, y casi todo el Continente de África, y toda la Oceanía, y por ende la inmensidad del Atlántico y la aún más extensa del Pacífico, es decir, casi toda la redondez del Planeta habitado por la humana especie, era un profundo *misterio geográfico* que ni tan siquiera se presumían las orgullosas Universidades cristianas, como tampoco lo habían presumido las soñadoras Academias gentílicas!...—Pero dejemos tan humillantes consideraciones, que en nuestra modestia y humildad nunca olvidamos los verdaderos filósofos de este pobre átomo del Universo, y fijemos la espantada vista en el aspecto físico de la Naturaleza europea durante el mencionado mes de Diciembre.

Con sobradísima razón, vuelvo á decir, se ha establecido en nuestros almanaques que entonces es cuando verdaderamente termina el año; pues no me negaréis que, si careciéramos de experiencia y de memoria, únicos fundamentos de la esperanza, todos juzgaríamos llegado el fin y remate del mundo, al ver el suelo cubierto de nieve, helados los ríos, sin hojas los árboles, muertas las flores y ausentes ó callados los pájaros...—«El Sol se va... La Tierra se enfría... El agua se convierte en piedra... La vegetación desaparece... Se acerca el día del Juicio final...» gritaríamos con hondo pavor, creyéndonos en la situación descrita por lord Byron en *Las Tinieblas,* á no saber, como sabemos, que, habiendo emprendido el Sol la vuelta á nuestra zona desde el Trópico de Capricornio, por donde anduvo los días del mal llamado *solsticio,* muy luego tendremos nuevas violetas en las umbrías y naranjas y limones en las solanas.

Entre tanto ¡oh dolor! la inopia de los hijos de Adán, en punto á postres para

sus almuerzos y comidas, no puede ir más lejos... El dórico mantel parece cubierto de pastas momias... El tieso orejón y la arrugada ciruela-pasa, la cautiva nuez y la tostada almendra, el proscrito dátil y los enfadosos dulces de la confitería, reemplazan en los fruteros sin adjetivo á las alegres fresas de Mayo, á las brillantes cerezas y guindas de Junio, á las hinchadas brevas de Julio, al vistoso albérchigo de Agosto, al aromático melón de Septiembre, á la sazonada uva de Octubre y á la amarilla pera de Noviembre, salvo el abuso de aquellos sacrílegos tragaldabas que, aun en los meses denominados *mayores,* se atreven á hincar el diente á semicadavéricos frutos de cuelga, milagrosamente escapados de la natural podredumbre, bien que á costa de su color y de su fragancia!

En cuanto á los *irracionales domésticos* (caballos, bueyes, bestias de carga y ganados), sabido es que, á falta del menudo verde del otoño ó de las yerbas largas primaverales, tienen que apechugar en Diciembre con la fría paja ó con el

heno seco, que de seguro les desagradarán tanto como á nosotros las lentejas y demás semillas cuaresmales, máxime cuando ellos no van ganando cielo ninguno en su abstinencia y sacrificio... — Pero prescindamos también de reflexiones tan estrafalarias, que podrían ser muy del gusto de los evolucionistas á la moda, y continuemos pintando la fisonomía natural del pugústulo de los meses, ó sea de aquél en que *el Sol le tiene vuelta la espalda á la Tierra,* si no miente el placer con que solemos decir al llegar Enero: «¡Éste es otro mundo! ¡Ya se conoce que alargan los días! *¡Ya viene el Sol de cara!*»

Todos reconoceréis, en efecto, que la cortedad de los días representa el más característico rasgo de los *Diciembres* del hemisferio boreal;—y divido con la línea del Ecuador los *Diciembres,* por cuanto sé que nuestros escritos de Europa son ya también leídos en el hemisferio austral, donde naturalmente todos los fenómenos astronómicos ocurren en época inversa á la de por aquí, y resultan el día

de Noche Buena en pleno verano y el día de San Juan en pleno invierno; cosa que, dicho sea con perdón, no suelen saber todos, enteramente todos los literatos almanaqueros de la Península.

Digo, pues, que aquí, en nuestra decrépita Europa, los días llegan en Diciembre al *mínimum* de su duración, así como las noches al *máximum,* lo cual es otra de las causas de que, al acabar el año, parezca que se va acabando el mundo...— ¡Y qué tristes son esos días tan cortos! ¡qué negras esas noches tan largas! Ni el sol ni la luna suelen lograr impedirlo, aunque á las veces se lo proponen... Espesas nieblas roban su diafanidad al aire, ó densas nubes encapotan el cielo, y sólo se sabe algo de la luna y del sol por conjeturas del calendario de Castilla la Nueva... Silba entre tanto lúgubremente el viento diurno y nocturno; y como consecuencia de ello, el mar, el proceloso mar, henchido de náufragas barcas, da formidables embestidas á la tierra...

¡Declaremos, señores, aunque sea fuera de propósito, que raya en herejía pedir,

como en Madrid pedimos por Navidad, que con tiempo tan espantoso estén baratos los besugos! ¡Y, sin embargo, lo están, —dicho sea en loor de la intrepidez de nuestros pescadores, cuyo debido elogio no había yo tenido ocasión de hacer antes de ahora!

Con que basta por hoy de Historia Natural.

II.

ASPECTO SOCIAL.

Diciembre tiene de común con los demás meses de Invierno una porción de cosas interesantes: las pieles de Marta del rico; los ulcerados sabañones del pobre; las noches de moda en el Teatro Real; las pasadas sin lumbre ni lecho en desmantelada buhardilla; las escandalosas sesiones de Cortes, en que Ministros y Diputados se ponen como hoja de perejil, tratando asuntos de moralidad; la indignación del infortunado obrero que, falto de jornal y con el hambre consiguiente, se pasa la tarde en la Tribuna pública aprendiendo todas aquellas historias...

Pero no creo deber continuar hablando en semejante tono; pues no están los tiempos para que nadie se divierta en la contemplación y pintura de esos fieros contrastes, demasiado sabidos ya de todo

el mundo y harto utilizados ahora en contra de la paz social, según diré más adelante...—Abandono, por consecuencia, la pluma del escritor pesimista y sarcástico, y voy á coger otra más suave y consoladora que preste aliento á los caídos y contribuya al honesto recreo del alma humana.

Diciembre es el mes en que con mayor afición y empeño funcionan los centros literarios y artísticos, ó sea los Ateneos, los clubs, los teatros, las Academias, etc. Allí pasan la noche, bastante abrigados, cuantos anhelan la vida del alma y buscan en el culto de lo ideal compensaciones á las desventuras del mundo de la materia... ¡Imagínemonos, pues, el desencanto de los pobres y de los inocentes, y sobre todo de los jóvenes que entran en la vida con los ojos cerrados, si en esos centros se les enseña que el espiritualismo es una locura; que no hay más realidad que la triste prosa; que el más grosero *naturalismo* constituye la única *verdad,* patrimonio digno del Arte, y que urge renegar de aquel otro natu-

ralismo sublime, absurdamente denominado hoy *romántico,* que reconoce en la especie humana nobilísimas facultades y aptitudes superiores y extrañas al mundo físico, ó sea la capacidad de sentir lo heróico, la de sacrificarse generosamente, la de ejercer la santa caridad, la de creer en un sumo Dios y la de preferir el fallo de la conciencia propia á toda sanción externa de nuestras acciones!

¡Dichosamente para la dignidad de las Letras y de las Artes, asegúrase ya, hasta en el degradado París, según nos han dicho en reciente sesión pública de la Academia Francesa, que en el mes de *Diciembre* del actual año de 1887 terminará el pontificado de los Zola, Goncourt y demás profanadores del buen gusto, por haberse verificado ya la deseada reacción contra lo vulgar, lo indecente, lo feo, lo pornográfico, lo sucio en todos sentidos, y haber vuelto la mismísima Francia á tener hambre y sed de poesía, limpieza, castidad é idealismo!—¡De ver será, pues, en Enero próximo, lo chafa-

dos y mustios que se quedarán aquellos escritores que en naciones tradicionalmente soñadoras, como la nuestra, han gastado el tiempo y el papel plagiando desabrida y desgarbadamente las porquerías, algo ingeniosas en medio de todo, de las más infames novelas de París, ó sea tomando los caprichos de la voluble moda francesa por cristalización y forma definitiva de la Literatura contemporánea!

Pero hablemos también un poco de las Academias y del Teatro.—De las Academias, especialmente de la *Española* y de la de *Bellas Artes,* que son las relativas al punto de que tratamos, sólo cosas buenas tengo que decir, puesto que guardan los debidos respetos á la espiritualidad del hombre, y no tendrán nunca que arrepentirse de haber transigido ni tan siquiera un día con las abominaciones mencionadas.—Mas, por lo que toca al Teatro, si bien nuestro público lo ha contenido, en fuerza de un consuetudinario pudor, dentro de los límites de la pulcritud, no negaremos que ha delinquido

contra exigencias más elevadas de la Moral, rindiendo tributo á teorías disolventes en lo respectivo á las leyes sociales, y olvidando los nobles ejemplos dados por Ventura de la Vega, Ayala y Tamayo en *El Hombre de mundo, El Tejado de vidrio* y *La Bola de nieve,* para entregarse á la promulgación de todo género de absurdos, basados en el crimen y la impiedad.

Y dicho esto, volvamos á nuestro primitivo tema, que es, según recordaréis, el mes de *Diciembre,* y estudiémoslo, si no lo lleváis á mal, bajo su

III.

ASPECTO RELIGIOSO.

No se tema que, llegado á este punto, me deje arrastrar de ciertos sentimientos propios y parafrasee lo que ya escribí hace muchos años respecto de la *Noche Buena,* ni menos se recele que vaya á comentar devotamente el *Año cristiano* en lo relativo á otras festividades eclesiásticas.—Me reduciré, por el contrario, á lo meramente popular y nacional, para hablaros de la forma y modo en que se celebran algunos santos de Diciembre; con lo que mucho ganará, cuando menos, la originalidad del presente artículo.

El día 4 es *Santa Bárbara,* virgen y mártir, que, por una sucesión de hechos meritorios, pero incoherentes, ha venido á ser en España patrona y abogada de los Artilleros. Dedícanla, pues, solemne función los Jefes y Oficiales de este

Arma, y en el sermón correspondiente salen á relucir, como es natural, Daoiz y Velarde, ínclitos héroes del 2 de Mayo de 1808, y honor y gloria de nuestra Artillería.—Por ésta y otras razones, durante el resto de Diciembre, menudean las visitas del público al Museo del benemérito Cuerpo, donde hay mucho que ver y que admirar, distinguiéndose, entre otras cosas auténticas, la tienda de campaña del Emperador Carlos V y la que fué del Príncipe Muley-el-Abbas durante nuestra última guerra en Marruecos.

Es cuanto puede interesaros saber ahora sobre la vida milagrosa de Santa Bárbara.—No diréis que he abusado de vuestra paciencia y patriotismo.

Y á propósito de Artillería:—El 8 de Diciembre, al amanecer, despierta á los madrileños el estampido del cañón, cual si á las puertas de la Corte se riñese alguna batalla campal. Pero no es eso: es que comienza el día de la Purísima Concepción, *Patrona de las Españas,* que se decía cuando había en el mundo más

de una España, como se dice hoy en la *Guía de forasteros* «Emperador de *todas las Rusias.*»

Por lo demás, y reduciéndonos á la España de la Península, fuerza es reconocer que lo del patronato ó padrinazgo no está mal discurrido, dado que siempre hubo grandes concomitancias entre la Santa Virgen y nuestra Nación. Recuerdo, por ejemplo, que la Virgen del Pilar de Zaragoza tiene los tres entorchados de *Capitán General;* que la Virgen de los Desamparados de Valencia está condecorada con el Toisón de Oro y posee el bastón de mando de D. Alfonso XII, y que otras célebres Vírgenes españolas llevan la Banda de María Luisa...—¡Pues nada digo de las advocaciones de la Virgen del Carmen y de la Guadalupe y de la Montserrat!... ¡Tuviera yo á mi lado quien refrescara mi memoria, y mucho más diría acerca del asunto!—Pero, sea como fuere, quede establecido que la Virgen María, ya que no es natural de España, está *naturalizada* en nuestro patrio suelo, cuya parte más es-

plendorosa y bella se llama por algo *la tierra de María Santísima.*

Continúo.—Desde el día de la Concepción en adelante, principian los anuncios de la Noche Buena, ó sea principia el *Adviento* popular, y los muchachos callejeros, á quienes Dios bendiga, tocan tambores mañana y tarde, mientras que, en tiendas fijas ó improvisadas, comienza el mercado de especiales juguetes y baratijas, de dulces y frutos, de nacimientos y de otras cosas propias de la Pascua de Navidad.

Como la Purísima Concepción es también Patrona de las escuelas, los niños de los colegios y los alumnos de las Universidades sólo piensan desde el día 8 en las futuras vacaciones, por donde en los pueblos pequeños y hogares campesinos tampoco se sueña con otra cosa que con la próxima llegada de los estudiantes.

Así pasa la medio fiesta de *Santa Lucía,* abogada de la vista (fecha de gran importancia en las patriarcales casas de otros tiempos, por los amasijos y otras tareas que se empezaban entonces para

surtir de roscos, mantecados, alajú y tortas las respectivas despensas), y así llega el gran día de vigilia, que es á la par el de la comilona clásica del año; así llega, en suma, el celebérrimo día de Noche Buena, tan festejado hoy por muchos pueblos á pesar de todos los pesares, como se festejaba en los más devotos siglos del antiguo régimen.

IV.

LAS PASCUAS.

Varias son las solemnidades que se celebran bajo este nombre.

Celébrase en primer lugar el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, durante cuatro días, que principian en el mencionado de Noche Buena, víspera de primera clase, y continúan el 25, 26 y 27, por más que de último estado, y á petición del comercio español, el intransigente Sumo Pontífice Pío IX redujera al día 25 la obligación ó precepto de oir Misa. Óyenla, sin embargo, el 26 y el 27 las *cristianas* viejas (lo cual no es lo mismo que las *viejas* cristianas), y surgen de aquí ciertas disensiones con los maridos de manga ancha (que yo llamaría de *manga perdida),* quienes las acusan de querer enmendar la plana á Su Santidad; pero ellas saben que las dispensas no son obligatorias, y resulta de todo ello que el

propio marido tiene que oir también las dispensadas Misas, si no quiere que su casa se vuelva un infierno.

Lo mismo estos días que los siguientes hasta fin de año, y que los del año nuevo hasta después del de los Santos Reyes, todos los buenos españoles *se dan las Pascuas* unos á otros, por el correo aquéllos á quienes separa la ausencia, y en persona los que residen en un mismo pueblo. Las cartas que llegan á Madrid ó á tal ó cual ciudad de relativa importancia, vienen acompañadas del correspondiente *aguinaldo;* pero estos regalos no se pagan nunca con otros que vayan de las capitales á los pueblos pequeños... ¡Tal es el constante privilegio de los superiores!—En las visitas *de presente* reina más igualdad, y todo el que *da las Pascuas* tiene opción, por ley de añeja costumbre, á recibir algún ligero obsequio en bandeja preparada para estos casos desde el amanecer de cada día.

Por las mañanas, mucho antes de rayar la aurora, hay en las Iglesias, especialmente en las de poblaciones agrícolas,

función de *Pastorela,* ó sea Misa de Pastores, con acompañamiento de zambombas, panderos y villancicos...—Son como anuncios ó recuerdos de la *Misa del Gallo* de la Noche Buena, que duran desde mediados de Diciembre hasta el 6 de Enero... y los viejos, los niños y los novios se despepitan por ir á tales funciones y aun por tomar parte en ellas...—Los casados prefieren oir Misa más tarde.

Pero íbamos por el tercer día de Pascua.—Celébrase después el de los *Santos Inocentes,* fecha temible en que todas las personas de buen humor se dan la *inocentada,* reducida á bromas ó chascos más ó menos soportables. En los teatros suelen cambiar de ropa las actrices y los actores, y también los periódicos han heredado la gracia de divertirse este día con el público.—La noche es muy aparente para bailar: de confianza, en Madrid; con buñolada, en los pueblos, y, en todas partes, con el fin de darse cuenta y explicación de las *inocentadas* que salieron bien ó de las que se frustraron desdichadamente.

Llega después otra gran fiesta popular, que es la de *San Silvestre,* la del último día del año, la de la *Noche Buena de año nuevo,* así como al cabo de cinco días vendrá la denominada *Noche Buena de Reyes,* según ya os habrá referido el escritor encargado de la monografía del mes de Enero...—Pues bien: en la velada melancólica de San Silvestre se echan los *años* para el futuro ejercicio, y los jóvenes, sobre todo, se afanan mucho por ver *con quién salen* y por *salir bien,* cual si hubiesen jugado á la loteria su mano y su felicidad...

En esto principian á dar las doce, y todo el mundo cuenta religiosamente las campanadas, término de un día, de un mes y de un año, cuando no lo son también de un siglo, y disuélvese la habitual tertulia, diciéndose unos á otros: — «*¡Feliz año nuevo! ¡Salud para verlo acabar!*»

V.

EL FIN DEL MUNDO.

Como la sociedad actual tiene por distintivo y carácter la melancolía, cual si toda ella presintiese la próxima hora de su disolución, os habrán parecido insubstanciales y pueriles los recreos públicos ó domésticos á que hemos pasado revista en los capítulos anteriores. — ¡Es muy verdad! Esas alegrías y esas solemnidades se han hecho ya antiguas para muchísimos españoles, y hasta podría decir que para todos, si la Nación se redujese á Madrid, Barcelona, Sevilla y Valencia, cuyos infortunados hijos seguramente no las conocen sino de oídas.

¡Ah! ya no hay costumbres; ya no hay más que intereses. Todo lo tradicional ha venido en desuso, y únicamente se piensa hoy en la utilidad real de las cosas. ¡Caducaron los más sagrados respetos ideales, y el mundo va convirtiéndose en

un campo de batalla, donde sólo se disputa el dinero!

Considerando, pues, que el presente artículo ha de ser el último del tomo en que verá la luz pública, juzgo convenientísimo insistir sobre estas sumarias consideraciones para que la obra de *los doce meses* no carezca de una especie de recapitulación, que tendrá por tema, no precisamente *el fin del mundo físico,* sino *el fin del mundo civilizado,* ó sea lo que pudiéramos llamar mes de Diciembre de la actual sociedad europea.

Tiempo hace ya (por lo menos veinticinco años) que comencé á enunciar la apocalíptica profecía de que ese *Diciembre de los últimos diez y nueve siglos* está ya muy cercano; profecía de que hallaréis terminantes indicaciones en mis libros *De Madrid á Nápoles* y *La Alpujarra,* sin contar con otros pronósticos que figuran en las restantes obras mías.—Creo yo, con efecto, aunque el vaticinio parezca exagerado, que nos hallamos en una época sólo comparable á la caída de la civilización pagana, aunque

mucho más grave y peligrosa, por cuanto entonces había ya echado raíces el Cristianismo en varios pueblos de Oriente y de Occidente, mientras que ahora no se vislumbra ni se cree posible ó natural que ninguna creencia nueva sustituya en bastante tiempo al régimen moral cristiano.

Porque no perdamos de vista que la primitiva causa, la principal, la única del gran trastorno que hoy ocurre en nuestra sociedad, es el descreimiento religioso de la plebe. No los sabios ni los filósofos, sino la masa más ignorante del pueblo, influída por los impíos del siglo XVIII y por los materialistas del siglo actual, que halagan insensatamente sus pasiones, ha dejado de tener fe en Dios y en otra vida y hasta noción de la existencia del alma, proclamando el derecho animal á todo linaje de goces físicos, á la propiedad antes llamada *ajena,* á lo heredado ó adquirido por otros seres más felices, y, en la previsión de que esto no pueda lograrse mediante un ordenado cambio en las Leyes, anuncia, predica la anarquía, la liquidación social, el nihilismo...

¿Qué falta para el triunfo de esta falanje de bárbaros, perfectamente organizada en todos los pueblos de Europa y en los Estados Unidos de América? ¿Qué falta para que venzan universalmente los enemigos de toda autoridad y de toda ley, que ya son millonadas de hombres, según los recientes censos y estadísticas publicados por todos los periódicos? ¡Pues falta únicamente la *simultaneidad* en el movimiento de ataque; falta que el virus corrosivo de la disolvente doctrina acabe de transcender á los jornaleros del campo; falta que los soldados de todos los ejércitos del mundo ingresen en las filas con el propósito de volver sus armas, en un momento dado, contra todo lo constituído, contra sus Jefes, contra los legisladores, contra los Gobiernos, contra las personas ricas ó meramente acomodadas, y de esta *simultaneidad,* aterradora por lo incontrastable, se encargarán los clubs, los periódicos, el correo diario, el telégrafo, todos los elementos y recursos de la propia civilización!

Ferozmente lógico será tan pavoroso

cataclismo: si no hay más vida que la terrenal, ¿cómo desconocer la justicia con que el desheredado pedirá su cubierto en el banquete de la vida, ó procurará acelerar á todos los europeos el día de la muerte? Podrá acontecer, y acontecerá de seguro, que, interviniendo de pronto en el conflicto razas salvajes, ora africanas, ora asiáticas, atraídas por la miseria y disolución consiguientes á tales horrores, se reconstruya en cierto modo Europa; pero esa reconstrucción se verificará en nombre de ideales distintos de los de la cultura moderna y á costa de las más preciosas conquistas del mundo cristiano.

«¡Exageración! ¡locura! ¡delirio!...» exclamarán los optimistas y los superficiales al leer estos negros pronósticos...— ¡Ah, señores! ¡lo mismo, exactamente lo mismo, pudieron exclamar los sibaritas del Bajo Imperio, la víspera del tremendo día en que los Bárbaros del Norte acabaron con todas las Instituciones de la Gentilidad y convirtieron el viejo Continente en un mar de sangre y en un mon-

tón de ruínas!—La única diferencia consistirá ahora en que la primera falanje de Bárbaros, los más terribles, los iniciadores de la demolición, no vendrán de remotos países, sino que surgirán de entre nosotros, brotarán del suelo que pisamos, saldrán de nuestras fábricas y de nuestras minas, acudirán de nuestros campos y montañas, serán, para decirlo de una vez, esos que hoy figuran taimadamente en las huelgas, ó aquéllos que ya se atrevieron un día del presente año á lanzarse contra las tiendas y hoteles de Londres.

VI.

JUSTIFICACIÓN.

Conque ahí tienen Vds. todo lo que á éste novelista retirado se le ocurre pensar y decir á propósito del mes de *Diciembre*. Ahí tienen bosquejadas en breves rasgos desde las inocentísimas fiestas y alegrías de mi primera edad hasta las más lúgubres alarmas de mi vejez. Quisiera que mis ideas sobre el porvenir hubiesen sido menos aterradoras; pero esas había dentro de mi alma, é indeliberadamente han resultado estampadas sobre el papel. Por fortuna, mi encargo se reducía á pintar el mes de los hielos y de la casi perpetua noche, y desde este punto de vista no desconoceréis que el retrato tiene algún parecido.

P. A. DE ALARCÓN.

1887

VERSOS

Á LA MARQUESA DE VADILLO.

Oye, cristiano tesoro,
Las cosas que el otro día
Pensaba de tí aquel Moro,
Cuando versos te ofrecía
Entre Pinto y Valdemoro:

«Dice que nació en Granada,
Y á Aranjuez va acompañada
De sus hijos y su esposo,
Salud buscando y reposo
Para su prole adorada.

»¡La debí reconocer
Cuando aún no la conocía;
Pues tan gallarda mujer,
Discreta, amorosa y pía,
De Granada había de ser!

»Porque sólo allí se hermana
La virtud con la dulzura,
Y el cielo en hacer se ufana
Un ángel de una criatura
Mixta de mora y cristiana.

»Que allí es linda la piedad.
Graciosa la devoción,
Bonita la santidad,
Y plácida diversión
La sublime caridad.

»De allí, pues, es la gentil
Madre y modelo de esposas
Que marcha en ferrocarril
Cubierta de frescas rosas,
Como el rosal en Abril...

»¡La debí reconocer
Cuando aún no la conocía;
Y, pues lo llego á saber,
Bendigo á la patria mía
En tan gallarda mujer!»

Tales, cristiano tesoro,
Los conceptos singulares
Eran de este viejo Moro,
Cuando te ofreció cantares
Entre Pinto y Valdemoro...

Y si aquí te los confiesa
Es por cumplir su promesa,
Poniéndolos á tus pies,
Encantadora Marquesa,
Con permiso del Marqués.

Mayo, 1886.

LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS.

(RECUERDO DE GRANADA.)

Allí donde cercada
De perlas y de aromas
Yació vilipendiada
Y esclava la Mujer;
Allí donde los Moros
Gozaron sus amores
Y alzaron entre flores
El Templo del Placer:

Al pie de la colina
Que aún muestra por corona
La Alhambra granadina
Palacio del Amor,
Alzaron los Cristianos
Morada más divina,
La casa de la Virgen,
El Templo del Dolor.

En él está la Madre
De todos los que lloran...
Rendidos á sus plantas,
Extáticos la adoran...
La tímida doncella
La busca por dechado:
Perdón aguarda de ella
La triste que ha pecado.
La lluvia providente
Le pide el campesino;
La vuelta del ausente
La esposa del marino:
Salud el pobre enfermo,
Victoria el campeón:
El huérfano infelice
Fiado en su amor santo,
«¡Ampárame (le dice)
Debajo de tu manto!»
Demándale el pechero
Que postre á su enemigo,
Justicia el caballero,
Consuelos el mendigo,
Puerto seguro el náufrago,
El vate inspiración.

Y al ver aquellas lágrimas
Que en las mejillas mustias
De la celeste Madre
Revelan sus Angustias,
Todos los tristes hallan
Alivio á su penar.
Que es el dolor la fuent
Del bien y la alegría;
Y de la cruz pendiente
El Hijo de María,
Trocó en mérito y gloria
La dicha de llorar.

Lúbrica siempre, corazón de piedra,
Formidable mujer, bella y temida,
Imagen eres de la aciaga hiedra,
Cuyo abrazo mortal roba la vida.
Libres ya de tus garras, aún arredra
Á tus amantes, en su larga huída,
Pensar que navegaron con tal furia
Por el aciago mar de la lujuria.

OTRA CARTA

ESCRITA DOS AÑOS DESPUÉS Á LOS POETAS QUE EN ELLA SE MENCIONAN, LOS CUALES ME HABÍAN DADO LOS DÍAS EN UNOS PRECIOSOS VERSOS COJOS, HECHOS MANCOMUNADAMENTE.

Valdemoro 30 de Junio de 1880.

Mis muy queridos Velarde,
Campo, Herranz, Palacio y Grilo:
Que el cielo benigno os guarde
Y que estrenéis cada tarde
Un traje entero de hilo.

Que paséis todo el verano
Tomando horchata de chufas
Las horas del meridiano,
Y cuando el sol dé de mano,
Jamón y pavo con trufas.

Que os bañéis donde queráis,
Vayáis donde proyectéis,
Muy lindas cosas veáis,
Con pocos tontos habléis
Y muchos versos hagáis.

Que llegada otra estación
Traigáis cada levitón
Que le diga á Dios de tú
Y debajo del *surtout*
Muy alegre el corazón.

Que si os faltase dinero
No os falten amor ni calma;
Que viváis un siglo entero
Sin arrugas en el alma
Y sin gasa en el sombrero.

Que así os sorprenda la muerte,
Pues que preciso es morir;
Pero que muráis de suerte
Que entre vivir y morir
El mundo á escoger no acierte.

Tales cosas os deseo,
Hermanos del alma mía,
Cada vez que ufano leo
Vuestra gallarda poesía
Que ayer me trajo el correo.

En ella, insignes cantores,
De vuestro diverso numen,
Juntáronse los fulgores
Como en la luz se resumen
Del iris los resplandores.

Mas, como herido el cristal
Hace que la luz deshecha
Muestre su vario caudal,
Así mi mente sospecha
Lo que escribió cada cual.

De Herranz la austera expresion,
De Grilo el canto suave,
De Campo la inspiración,
De Velarde la pasión,
De Palacio el genio grave.

Del uno el sano consejo,
Del otro el afecto niño,
De cuál el dulce gracejo,
De éste el naciente cariño,
De aquél el cariño viejo.

Todo lo discierne y ve
Con inefable alegría
De mi gratitud la fe
En esos versos de un pie
Con que me obsequiáis mi día.

Y cuando yo vuelva á Madrid, que será dentro de tres ó cuatro días, trataremos de arreglar el que vengáis por aquí á comeros un arroz á la granadina con vuestro afectísimo amigo

P. A. DE ALARCÓN.

Me parece que esta última quintilla es la que me ha salido mejor.

Á LOS SEÑORES

D. GUILLERMO ESCRIBÁ DE ROMANÍ

Y DOÑA RAMONA QUINTANA,

SU ESPOSA,

EN LA CONSAGRACIÓN DEL TEMPLO ERIGIDO Á SUS EXPENSAS PARA RESTABLECER EL CULTO PÚBLICO DE LA ANTIGUA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA BLANCA.

¡Mal haya el desalmado,
Maldito el monstruo sea
Que al mundo viene armado
Del hacha ó de la tea
Y en los paternos bosques
Se ensaña sin piedad!
¡Mal haya quien aterra
Los cedros seculares!
¡Mal haya quien destierra
Sus sombras tutelares!
¡Mal haya quien destruye
Su pompa y majestad!

¡Y, en cambio, Dios bendiga
Las ansias y el anhelo
De quien la sombra amiga
Del bosque vuelve al suelo
Y trueca yermo páramo
En próspero plantel!
¡Bendito quien sustenta
La planta decaída!
¡Bendito quien aumenta
Las flores de la vida,
Y el valle de las lágrimas
Convierte en un verjel!

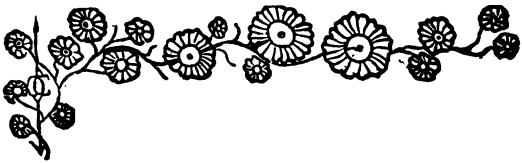
¡Mal haya el que inclemente
Destruye ó aminora
La dicha del creyente,
Las fuerzas del que llora,
Los sueños del espíritu,
La fe del corazón;
Y en pago nos da sólo
Rencores y tristeza,
La vida como un dolo
Que en el nacer empieza,
La muerte como término,
La nada en conclusión!

¡Y bien haya del cielo
Y amor y venturanza
Quien siembra en este suelo
Semillas de esperanza
Y aliento da á los míseros
Proscritos del Edén!
¡Bien haya quien mitiga,
Tras luengos despoblados,
La sed y la fatiga,
Mostrando á los Cruzados
Las palmas y las torres
De la eternal Salem!

¡Benditos, sí, benditos
Vosotros que, en la senda
De males infinitos,
Plantásteis vuestra tienda
Donde cayó en ruínas
La Casa del Señor!
¡Vosotros, que á su gloria
Alzáis nuevos altares,
Do, en nombre y en memoria
De sus antiguos lares,
Reine la Santa Efigie
Del Maternal Amor!

¡Benditos, sí, del cielo
Seáis y vuestros hijos,
En premio de desvelo
Y afanes tan prolijos
Y tanto amor al prójimo
Y fe tan ejemplar,
Vosotros que á María
(La madre del que llora,
Del que en su amor confía,
Del que su ayuda implora,
Del huérfano y del náufrago)
Volvéis su sacro altar!

1883.



ÍNDICE.

	Páginas.
Más viajes por España	9
Las horas	71
Prólogo á las Poesías del General Ros de Olano	109
La fuerza física, la fuerza social y la fuerza moral	143
D. Gregorio Cruzada Villaamil	151
La Redacción de «El Belén»	189
Amistades hispano-americanas	209
Los Lunes de «El Imparcial»	261
Pensamientos sueltos	277
Diciembre	287
Versos	317

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

JAN 29 1966 7 6

JAN 31 Rec'd

LD 21A-60m-10,'65
(F7763s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

U.C. BERKELEY LIBRARIES

B003009103

YB 43202

343835

Alarcón

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY